MATHIAS ENARD

Remontando el Orinoco

RANDOM HOUSE

Remontando el Orinoco

MATHIAS ENARD

Traducción de
Juan Trejo

LITERATURA RANDOM HOUSE

Descifro mi dolor con la poesía
y el resultado es especialmente doloroso.
Voces que anuncian: ahí vienen tus angustias.
Voces quebradas: pasaron ya tus días.
La poesía es la única compañera
acostúmbrate a sus cuchillos
que es la única.

RAÚL GÓMEZ JATTIN

No soy yo quien te engendra. Son los muertos.

JORGE LUIS BORGES

1

Sentado en mi silla, me dije que él tenía razón: lo que les espera a los cuerpos es la putrefacción silenciosa, el olvido, a pesar de que el alma sobreviva a todo ello más allá de los papeles y los registros, de los certificados y los formularios, los mármoles y las imágenes. El embalsamamiento ya no se lleva, los cadáveres deben desaparecer, son entregados a los profesionales encargados de ocultarlos, a los responsables de almacenarlos, de manipularlos, de acumularlos, de destruirlos enterrándolos bajo tierra o entregándolos a las llamas: enteros o mutilados, jóvenes que han sufrido un accidente o viejos carcomidos por la enfermedad; lo que hay que hacer es esconderlos. Nada de pieles ajadas por el viento, de ojos hundidos, de barbas peladas; los ataúdes abiertos, los muertos expuestos a la vista, la mirada clavada en su más hermosa chaqueta, su vestido negro, ya no se estila. Ahora se encajonan en roble o en pino, se apartan cuanto antes de la agonía de la mirada de los vivos, se los llevan, los ocultan a toda prisa en un ascensor que los baja al sótano, donde ya nadie podrá cruzarse con ellos, vaciados y limpios, extirpados de un mundo que ya no quiere volver a verlos, de un entorno al que le incomoda no saber qué pensar, que se tranquilizará mirando fotografías, testimonios digitales o en celuloide, hasta que los difuntos inmateriales dejen de ser carne y pasen a engrosar las filas de los espectros que llenan los armarios que todos nosotros tenemos.

Sentado en mi silla, pensé en las instrucciones que debemos seguir los miembros del personal sanitario: desenchufarlo todo,

retirar cualquier rastro de medicina, apartar las máquinas, elevar ligeramente la parte superior del cuerpo para evitar la afluencia de flujos corporales hacia la cabeza, relajar de inmediato los miembros del cadáver, cerrarle la boca, arreglar las sábanas. Una lista de procedimientos totalmente banales, pero es lo que hay que hacer cuando un paciente pierde la vida en nuestro centro antes de que lleguen las visitas, los formularios, las disposiciones, los desplazamientos silenciosos en una cama con ruedas, el ascensor, el sótano y la desaparición. Los muertos ya no son personas, dan miedo, en cuanto se convierten en muertos se les esconde a toda prisa. Los familiares los observan desde lejos, sin saber qué hacer, desconcertados, estupefactos, desamparados ante esa carne que el fin de la vida convierte en algo extraño, ajeno. Ahí donde segundos, minutos antes había un ser querido, ligado a aquel que se ve obligado a afrontar la pérdida, se encuentra ahora un simulacro, una máscara frágil y cerúlea que se ha convertido en el espejo de la angustia, la fría materialización del miedo. Los cadáveres, pensé sentado en mi silla, también cumplen, por lo tanto, su función, al igual que yo, que lucho contra ellos. Yo los combato, discuto, sin ser siquiera consciente, con futuros cadáveres, no escatimo mi tiempo ni mi pena para preservar el movimiento, la indecisión que caracteriza a los vivos, para curar, temporalmente, algo irremediable que nos empeñamos en olvidar, por la necesidad, precisamente, de oponer movimiento a la inmovilidad. Y hay días en que no resulta fácil, nada fácil, aceptar el fracaso, admitir, a pesar de que la mayor parte del tiempo uno simplemente se resigna, que el reposo es el estado natural de las almas, y de los cuerpos; o sea, la putrefacción.

Mi trabajo acaba aquí, sentado en mi silla, en este umbral, en esta antecámara, junto al instrumental esterilizado ordenado en sus correspondientes estuches, clasificado según el tipo de

operación: pinzas, láser, sondas; de lo más antiguo a lo más moderno. Mi misión finaliza en este punto, en cuanto ordeno el instrumental, me saco los guantes y tiro la mascarilla (la mascarilla nos oculta, decía Yuri, de una improbable mirada del paciente, en el hospital todos somos idénticos, ya seamos monjes o soldados), entonces controlo de reojo al principiante de turno mientras cose los puntos de sutura, detrás del cristal, punto a punto, dispuesto, concentrado, silencioso. No sabe lo que está haciendo, pienso. No tardará mucho en aprenderlo. Por lo que a mí respecta, ¿es que acaso conozco lo que hago, realmente soy consciente? Por fortuna, no comprendo en absoluto lo que manipulo, aquello que late bajo mis manos. De hecho, ignoro el sentido del procedimiento, me quedo en la superficie: la carne no es la persona; esta palpitación moribunda ya no es más que una casualidad genética; esos ojos, que yo he visto despojados de la córnea, cuidadosamente separados del rostro, no son sino globos oculares; y esa espalda desgarrada, esos riñones abiertos, un receptáculo carente de sentido.

Sumido en el difuso sentimiento de la pérdida, que insufla en todos los miembros una insuperable indolencia, sentado en mi silla, me pregunto qué es lo que queda en esos cuerpos tendidos, recosidos hasta el absurdo por todos esos estudiantes en prácticas. Y una ola, a un tiempo tranquila y poderosa, me transporta hacia un gran río paciente.

Sin embargo, sé que debo recoger mis cosas, como siempre. Me cambiaré, me pondré el sombrero, bajaré al aparcamiento, saludaré al conserje, después saldré, atravesaré París, entraré en mi casa. No encontraré a nadie a estas horas, Aude estará en su consulta, mi hija está todavía de vacaciones, me sentaré confortablemente, es posible que ponga algo de música, un ligero sonido de fondo, apoyaré la cabeza sobre una de las grandes orejas del sillón, esperaré a que me venga el sueño y,

lo sé muy bien, no tardaré, a pesar de lo que podrían hacer creer las circunstancias, en dormirme sin dificultad alguna.

2

Ya está hecho, por fin soy yo misma, aquella que siempre he querido ser, dentro de este cuchitril semejante a una bodega, mecido por la inmensidad de agua tormentosa ante la que se abre el ojo de buey, agua verde y fangosa, cercada por el manglar y la indolencia, así dirijo mi mirada hacia la lejanía, hacia una orilla tan alejada que lleva a preguntarse si es posible que un río sea tan ancho, con las manos sobre el vientre, balanceada dulcemente como si me encontrase en el centro del mundo, protegida, aquí es donde siempre he querido estar, pensó ella, estoy preparada para encaminarme hacia los monos, hacia los osos hormigueros y las cataratas, hacia los buscadores de oro, los aventureros, los contrabandistas y los guerrilleros, bamboleada tranquilamente por el río, en el interior de un barco amarrado en el muelle, sintiendo la vibración del motor, el olor a moho y a gasoil, el calor húmedo, que finalmente ha alcanzado ese camarote asfixiante, la maleta a los pies de la cama, la partida inminente, habiéndose ya despedido, en el muelle, de esa prima y de esa familia temporal, recién descubierta, querida como el inicio de un viaje un tanto atemorizador, a toda prisa, cuánto tiempo, diez, quince días de transición entre una partida y otra, dos semanas de espera, de indecisión, de dudas y de recuerdos. Un puerto es el lugar más adecuado para esperar, para dejar que el cuerpo se acople poco a poco a la idea del viaje, un lugar a un tiempo terrestre, marítimo y fluvial, una roca, una fortaleza americana fundada por el propio Cristóbal Colón, un lugar de cuya existencia se podría dudar de no ser por el movimiento de los

buques de carga, los pontones, los contenedores y las grúas que los cargan, de sol a sol en un baile incesante. Los largos barcos cargados de minerales parecen ballenas entre los amarillentos remolinos de la desembocadura del Gran Río, los remolcadores hacen piruetas, los contenedores de múltiples colores que se amontonan en la orilla no dejan adivinar las riquezas que guardan en su interior: el café, las frutas, las conservas, el oro, las armas, el ron o la cocaína se esconden sin destilar perfume alguno y las únicas embarcaciones que huelen a algo son las de los vendedores de aves, donde las innumerables jaulas de metal, incapaces de disimular los aterrorizados chillidos de los pollos, esparcen un pestilente hedor en lugar de humo.

Nadie me encontrará en este camarote preñado de la húmeda insulsez del río, piensa ella, y lo cierto es que no sabe si estar triste o dichosa, con el corazón suspendido entre dos partidas, acorralada en ese exiguo rincón que se ha asegurado de cerrar con llave… el catre y el estrecho lavabo, el minúsculo armario, este es ahora mi mundo, con la única abertura de ese ojo de buey, un metro y medio por encima del agua, inundado por los reflejos verdosos del río que, con la primera tormenta, se lanzará al asalto del casco y golpeará con fuerza digna de un océano el sucio cristal de bordes oxidados que protege mi fuga, ella piensa que se trata de una fuga, pero de qué podría estar huyendo, lo lleva todo consigo, las manos sobre el vientre, los tres libros que guarda en la maleta y los recuerdos –espectros, fantasmas, placeres y dolores– bien aferrados a su corazón junto a la repentina angustia que la oprime en las profundidades de ese barco, atenazada por el bochorno de un día cualquiera en el trópico.

Esta ciudad que va a abandonar es una cuchilla cerrada alrededor de sí misma. Ella se fija en su afilada belleza, en su largo perfil, desde el faro hasta las murallas. En el color del metal, el reflejo del agua en los edificios. Es una amenaza

agazapada. Aprieta las manos sobre su vientre. Se observa con frecuencia, pero no se ha producido cambio notable alguno, ninguna transformación más allá de la ausencia de sangre. Sin duda debe de tratarse del clima y del calor; qué otra cosa podría ser; el porqué se esconde aquí, incluso de sí misma, tiene una explicación sencilla, y un médico encontraría la respuesta en un par de segundos, porque ella no puede ser una excepción, a pesar de las apariencias. Nada se mueve, todo parece detenido, a pesar de que el motor sigue girando al ralentí, y ella sabe que la partida se hará esperar, ya lo tenía previsto; probablemente zarparán cuando caiga la noche, cuando ya lo hayan cargado todo.

La ternura de su prima también resultó ser una amenaza, otra clase de filo: mirar a los ojos de sus guapos hijos morenos, su casa, observar su lucha diaria por sacar adelante su hogar, la limpieza, la compra, la colada, el baño, todas las madres, o prácticamente todas, se parecen, la suya no habría actuado de un modo diferente con una pariente lejana como ella, la habría adoptado porque su madre también necesitaba obligaciones para seguir viviendo, obligaciones para existir, que podían agradecerle o no, y ella estaba contenta por esa nueva infancia que, en cierto sentido, le habían ofrecido, pues no había hecho otra cosa que dejarse llevar, flotar dulcemente, esperar a que la condujesen hasta ese barco, haciendo oídos sordos a la invitación a quedarse, a los consejos, a los peligros que le enumeraron, una mujer sola, una joven, sola, vas a atravesar el país y una vez llegues al sur, qué harás, esa tierra es un lugar salvaje, no te das cuenta de los riesgos que vas a correr, le habían repetido unas diez veces por día, pequeña mía, tú no lo comprendes, esto no es París, esto es otro mundo, pero le habían encontrado una embarcación más segura que las demás, una compañía en la que confiar, tal vez, más que en las demás, al menos tiene auténticos camarotes, podrás estar sola, es un

poco como viajar en primera clase, aunque no se trata de un trasatlántico, no te hagas ilusiones, y una vez en Puerto Ayacucho, una vez llegues al laberinto del Amazonas, el barco se detiene frente a las cataratas y tú tendrás que ir a ver a un primo que tenemos allí, que ya te está esperando. A pesar de no tener miedo alguno, no ha podido evitar comprar (más por capricho que por otra cosa, a decir verdad) una hermosa navaja, fina como un escalpelo, un estilete, ligera, alargada y terriblemente afilada, que mantiene a su lado, y esa aliada imaginaria (¿cómo iba a ser ella capaz de acuchillar a alguien?) es una presencia tranquilizadora, a saber por qué.

A pesar de la emoción que sintió al ascender por la pasarela del barco, tras un largo y sentido abrazo con su prima y los niños, tras la ligera angustia que le supuso el descubrimiento de su camarote, de la tosca tripulación, se encuentra bien, tumbada de espaldas, soportando el calor que el ventilador no puede disipar, sino únicamente esparcir. De no ser por su vientre todo sería perfecto. Se deja llevar un poco por la nostalgia, como es lógico (un puerto es como un cuchillo, penetra en lo más profundo del alma), pero en el ensueño, acurrucada y sudorosa, puede decirse que es más o menos feliz. Ciertos fantasmas incluso son agradables; de no ser por el vientre, y por su sexo siempre seco (hay que decir las cosas por su nombre), todo sería absolutamente perfecto, piensa. ¿Por quién le gustaría verse acompañada? Tiene los libros y el cuchillo.

3

Desde que había regresado a París, me dijo Yuri, no había hecho nada. Ni bueno ni malo. Saber el porqué o el cómo no habría cambiado nada, sin lugar a dudas, no había nada que hacer y punto; había vuelto de la clínica en la que había pasado las tres últimas semanas, junto a su doctor Gachet, como él decía, y ahora bebía de nuevo con pequeños tragos secos y precisos, sin mirarme. Fue consumiendo la botella, hablaba entre tragos, sin posar el vaso. Hablaba porque no tenía otro remedio, pero resultaba evidente que habría preferido limitarse a beber, a ser posible a solas; cabe la posibilidad de que me tolerase porque necesitaba público –Joana solía decirle a Yuri necesitas público, siempre tienes que hacer tu número–, cabe la posibilidad de que estuviese totalmente ebrio y que me hablase como hubiese hablado a solas, sin mí, en silencio, él, Yuri, de ella y de mí como si yo fuese un personaje secundario que tuviese un papel destacado en la historia, al que le conviniese apelar para darle más amplitud al relato, un mayor sentido; amante de la literatura como era, bebía para parecerse a un personaje de Hemingway, o al propio Hemingway, quién sabe. Bebió sin parar durante dos horas, el joven y apuesto cirujano. Yo ni siquiera sabía si había pasado por su apartamento, tal vez había estado allí un par de minutos para dejar la maleta, si llevaba maleta, pero lo que estaba claro era que en cuanto había llegado a París había empezado a beber, yendo de bar en bar, sin llamar a nadie, excepto a mí, cuando llevaba ya dos días bebiendo: en cuanto cogí el teléfono lo reconocí al instante, estoy en la esquina de la calle Lepic; al lado de la casa

de ella, pensé. No está, le dije tontamente, como si él no lo supiese; qué otra cosa podía decir, llego en un minuto, dije con un suspiro.

Al cabo de dos horas, yo ya estaba borracho, sin embargo apenas había tocado la botella, mi vaso llevaba vacío un buen rato pero él no lo llenó, o no lo vio o fingió no darse cuenta. Tenía los ojos rojos y vidriosos, y empecé a pensar que si me marchaba ni se enteraría; el dueño del bar le miraba de reojo con suspicacia, debido a la ronquera y al dinero que le debía a esas alturas. A veces casi gritaba. Realmente, había que tener paciencia, pensé. Perdí el hilo. Él había estado esbozando una confusa teoría, teoría típica de alcohólico, no iba a tardar en desmoronarse, pues llevaba dos días bebiendo sin tregua, sin comer, sin dormir; estaba dispuesto a caer en redondo, era una bestia agotada, a un tiempo el cazador y la presa. Su mirada se había encogido en el fondo de sus ojos, su rabia parecía a punto de estallar contra mí, pude verlo. Retomé el curso de la conversación y él me dijo: tú, tú también eres responsable. Quise volver a servirme de la botella pero él la miró de un modo tan posesivo, tan celoso, que no quise echar más leña al fuego. A pesar de todo, era él quien ignoraba las circunstancias reales, era él quien fingía haber olvidado todo aquello que estaba convencido que debía olvidar, yo sabía que él había distribuido las responsabilidades, una por una, entre todo el mundo, ella incluida, y también que acabaría (tras una o dos botellas más) mirándose de nuevo, escuchándose de nuevo, que se juzgaría, que se apiadaría de su suerte y se condenaría definitivamente a beber hasta caer muerto.

Y eso hizo. Llegué tarde al hospital porque cayó de bruces sobre la mesa, así que hubo que meterlo en un taxi (el dueño del bar resopló debido al esfuerzo), pero el taxista no quería llevarlo sin acompañante, y murmuró lo que necesita tu amigo es una ambulancia. Le di una cuantiosa propina al taxista y

abandoné a Yuri sin remordimiento alguno al pie de las escaleras de su edificio, sobre la raída moqueta roja, en compañía de tres cigarrillos y el polvo, apoyado contra la pared amarillenta debido a los orines, aunque hubiese querido hacerlo, habría sido incapaz de cargar con sus setenta kilos hasta el cuarto piso. Respiraba calmadamente, un hilillo de saliva y bilis pendía de la comisura de sus labios, el conserje lo encontraría a la mañana siguiente y le despertaría con un escobazo o, peor aún, llamaría a la policía para que se lo llevasen; aunque antes de eso todos los vecinos tendrían que pasarle por encima al bajar. Recuerdo haber pensado: Yuri, cómo te compadezco, eres idiota, tengo que irme a trabajar, o incluso a dormir al hospital, y también que me dio la impresión de que la noche era muy fría.

4

Hace demasiado calor para moverse. Lleva tumbada en el camastro todo el día, mano sobre mano desde que salió el sol, oyendo el zumbido de las grúas y los barcos. Oye los gritos de los estibadores, de los vendedores ambulantes, de los consignatarios y el ronquido desigual de los motores diésel. El puerto se despliega a ambos costados, con su resplandor dorado y sus maderas preciosas, ella siente su ruidoso aliento, siempre con sus riquezas dispuestas a zarpar. Su camarote se ve invadido de repente por un aroma de plátano frito que le provoca una ligera náusea. No tiene hambre. Es extraño, pues había imaginado que no dejaría de tener hambre todo el rato, pero ni siquiera los platos más apetitosos que le preparó su prima durante los diez días que pasó en su casa –la arepa de la mañana, las empanadillas, el ragú de pescado– despertaron un apetito que no ha sentido desde que dejó París, aunque tal vez se deba al cambio de clima, de continente, a la alimentación, porque los viajes en sí entrañan esa clase de inapetencias; es más que probable. Tal vez todo esto no sea más que un sueño. Una simple mala pasada del inconsciente, de los engranajes del alma o del propio cuerpo, bastará con orinar en uno de esos tubos de plástico para asegurarse, pero la verdad entraña una responsabilidad, en un sentido u otro, ciertas decisiones, y acarrear, en el viaje que comienza, con un ser en estado germinal, un desolador vacío en el vientre o bien una enfermedad mental le impedirá aprovecharse plenamente del movimiento, de la novedad, y hará que se cierre, en lugar de abrirse, sobre sí misma. Y ya está lo bastante pendiente de sí

misma. Mejor será concentrarse en el Nuevo Mundo que se sacude al otro lado de su ojo de buey, en el puerto, en la violenta dulzura sudamericana; mejor será aparcar en este cuchitril sofocante invadido por el mar y el olor a fritanga aquellas preguntas que, en realidad, no preguntan nada.

El Orinoco es tan ancho que resulta imposible otear la orilla opuesta, o distinguirlo del fangoso océano en el que desemboca. En el muelle, tendida esperando que el barco zarpe, le duele imaginar las inmensas llanuras que va a atravesar al remontar el río, los centenares de kilómetros a recorrer camino del sudoeste. Debido a la mezcla de olores, de sudor, gasoil y fritanga, la náusea se hace más intensa; podría subir a cubierta y tomar un poco el aire, observar cómo cargan las cajas en el barco o cómo llegan los pasajeros; de tanto en tanto, oye el chirriar de las cadenas y el entrechocar de los aparejos, las voces entre los crujidos. Podría coger el libro que compró en la librería de la ciudad, o intentar dormir un poco. El cabeceo regular de la embarcación retenida por las amarras la acuna dulcemente, y antes de haberse decidido, ya está dormitando.

5

Esa mañana, después de media hora de dudas frente a mi taza de café vacía sobre la barra del bar de la esquina, me acerqué hasta su casa, hasta su inmueble. El cielo estaba gris, era muy temprano y el alba no acababa de romper. Di unos cien pasos frente a la puerta, mientras los empleados del ayuntamiento limpiaban la acera. Me acordaba del código de entrada, así que subí; habría tenido que hacerlo tarde o temprano. Las contraventanas estaban abiertas, en el estudio podía percibirse toda la grisura de aquella mañana de otoño, y yo acarreaba con mis recuerdos. El sofá, la mesita de café; me dolió mirar directamente todas aquellas cosas, porque los objetos, después de todo, no tienen memoria; un mueble grande de contrachapado lacado en negro mostraba sus estantes medio vacíos, un jersey, un par de camisas; había libros por todas partes, en pilas, amontonados. Una taza y un vaso limpios al borde del fregadero; dos facturas sobre la mesa, una foto de Yuri prendida en la pared con una chincheta por encima de un escritorio muy bien ordenado; me había fijado en esa instantánea la última vez que estuve allí, pero en esta ocasión me resultó por completo indiferente. Intenté darme una razón para estar allí, pues lo que yo había ido a buscar era esa clase de cosas que uno no encuentra fácilmente, y no me atrevía a hurgar. Fui habituándome al entorno poco a poco, a todo lo que ella había dejado tras de sí. Obviamente quería encontrar algo que hablase de mí, esperaba encontrar una señal, porque tenía que haber quedado algún detalle, aunque solo fuese una palabra, dedicada en secreto a mí.

Me di la vuelta sin atreverme a tocar nada y todo me asaltó de un modo natural: el cansancio, la calma, la grisura de principios de otoño. Me senté un rato en el sofá y después me tumbé para descansar, sin llegar a dormirme, con la cara apoyada contra un cojín, contra ella. Cómo pudo sentirse atraída por él, cómo fue posible que la sedujese; pensé, la foto de Yuri aún encima de mi cabeza, es incomprensible, o mejor dicho, lo vi, es el encanto de la ilusión, el placer de los espejismos. Su sufrimiento, su nostalgia, su humor, su cuerpo. Sus prolongados silencios. Su familia burguesa, cosmopolita y rocambolesca.

Una noche no dudé en decírselo: te estás engañando, Yuri no es más que una imagen vacía, solo le interesa buscarse a sí mismo, buscar un sentido, es incapaz de dar un paso hacia nadie. Ella asintió mientras jugueteaba con sus dedos, sin mirarme, yo conducía muy despacio, dando un rodeo para prolongar la conversación. Ella se limitó a escucharme, o al menos esa fue la impresión que me dio, y yo seguí insistiendo, dándole ejemplos, echando mano de todo lo que pude encontrar. Pero… ¿es tu amigo, no? Ese fue su único inciso, y lo dijo con un tono ligeramente dolido. Sí y no, es un compañero, un colega, le respondí con la esperanza de que supiese entrever la verdad, porque ante todo no quería parecer desagradable; decir sin decir, que ella comprendiese sin necesidad de explicárselo. Sin duda era algo inimaginable, qué sé yo, volví a la carga: Yuri se está hundiendo y te arrastrará con él. A la luz de los faros del coche, las calles de París iban formando brillantes meandros. Ella creía que me había perdido al dejar atrás la avenida de Saint-Ouen. La plaza Clichy está cortada a las dos de la madrugada, le expliqué. No, ella no podría haberlo imaginado ni de lejos, y yo no podía hacer otra cosa que hablar de Yuri: en cualquier caso, es médico, ya lo sabes, y eso entraña unas responsabilidades, por eso no puede

seguir bebiendo de ese modo. Imagínate, imagínate. Se imaginó lo peor, es cierto, por eso me miró con un deje de exasperación. No es un alcohólico, francamente, creo que exageras, no sé qué te habrá hecho. Ella no lo sabía, cómo iba a saberlo, y yo estaba dando una imagen de mí mismo que me horrorizaba: moralista, responsable, médico, en eso me había convertido, en un tipo paternalista, excesivamente prudente, con las dos manos aferradas al volante intentando prevenirle de la inminente caída de Yuri, cuando tendría que haber intentado compensar los impulsos de la juventud con nuestra diferencia de edad, pero no es tan sencillo sobreponerse a ciertas cosas. La situación no era la más adecuada, no era fácil abrirse. Todo era demasiado trivial. Ella empezó a impacientarse. No hay por qué simplificar de ese modo, me dijo, hablar de Yuri la había puesto nerviosa, y yo me esforcé por concentrarme en la conducción, sin apartar la vista del frente. Aferré el volante para contener una confesión que yo sabía incomprensible, que no había modo de justificar, que ella no habría entendido, que habría aceptado como una especie de broma, un capricho, el impulso sexual de la mediana edad, o de la madurez, el chiste de un estudiante de medicina, algo propio de un libertino, de alguien innoble, como tocarle el culo a una enfermera después de haber bebido más de la cuenta durante el almuerzo.

Mantuve la boca cerrada, ella no añadió nada más, y giré a la derecha en cuanto pude para volver al bulevar, estaba desierto.

6

El calor la despierta, está sudando y necesita un poco de aire fresco. ¿Qué hora debe de ser? La pared metálica del camarote está ardiendo. La ligera brisa que penetra por el ojo de buey y la corriente de aire templado que esparce el ventilador no bastan para secarle el sudor; se levanta y, tras asegurarse de cerrar con llave al salir, asciende las escaleras que están al fondo del estrecho pasillo y que conducen al exterior; al notar la diferencia de temperatura deja escapar un suspiro de alivio. En la proa continúa el proceso de carga. Los marineros acarrean las pesadas cajas de madera. Desde la cubierta de atrás ella observa el agua reflectante; el cielo está encapotado, no tardará en llover, y las nubes se deslizan sobre la inmensidad gris del delta. No hay nadie en la popa del barco, mientras que en el muelle los estibadores van de un lado para otro, con los torsos oscuros relucientes de sudor. Los esclavos de otras épocas no debían de diferenciarse mucho de ellos; ciertas cosas no cambian nunca; aquí se distinguen las clases sociales por el color de la piel: blancos, indios y negros, por orden de riqueza, de importancia; para la gente de aquí, ella es blanca, una rubia la llaman, a pesar de que su cabello oscuro y su tez morena llamen la atención en París, y de que en más de una ocasión la hayan tomado por portuguesa o italiana, llevando el sonido de su apellido a confirmar las posibles dudas de sus interlocutores respecto a su origen. Aquí es al contrario, su físico y su apellido son absolutamente comunes, en tanto que su acento al hablar en español, un tanto dubitativo a veces, traiciona su educación en el extranjero, y a pesar de sus

orígenes, a pesar de la familia que la ha acogido y abrigado con ternura, no puede evitar sentirse lejos de casa, camino de la recuperación del territorio perdido de su infancia. Apoyada en la borda, se pregunta una vez más si ha hecho lo correcto, si su partida, aun viéndose forzada por los acontecimientos, no es en realidad una huida, no oculta acaso su cobardía, y las suaves sombras que siente alrededor –manos, rostros inclinados tiernamente sobre su cuerpo– relucen ahora calentándole el pecho, los ojos, junto a un doloroso recuerdo surgido repentinamente del Gran Río, en el que mantiene fija la mirada, observando cómo las aguas lamen el casco del barco, lo acarician con pequeñas olas que hacen patente la carencia, tangible y real, de contacto, de las voces, de las costumbres, de su casa, de su trabajo, de todas las cosas que abandonó a su suerte cuando dejó atrás la grisura parisiense. Se pregunta si la vida que desea, y en la que ni siquiera se ha atrevido a pensar demasiado, no es sino la ilusión de tener que llevar consigo el germen de esa hiriente felicidad de la que había decidido desprenderse, sin llegar a hacerlo finalmente tras una sórdida visita a una clínica del extrarradio, y sin atreverse tampoco a consultar a médico alguno para asegurarse de su existencia, y sabe que si el inmenso río, las vibraciones del barco, el ruido del puerto no le transmiten un poco de su vigor, se echará a llorar, inclinada sobre la proa blanca de pintura desconchada, con las manos sobre el vientre.

7

Permanecí un buen rato tumbado en el sofá sin moverme, en su casa, pensando en ella, entre sus libros y sus historias, en compañía de unas cuantas fotos (si bien la de Yuri me resultaba indiferente) clavadas con chinchetas en las paredes, sin dejar de darle vueltas a lo ocurrido en los últimos meses, en las últimas semanas. Dudé ante la posibilidad de poner el apartamento patas arriba, preguntándome dónde guardaría ella sus secretos, sobre todo deseaba saber qué pensaba ella realmente de mí, una duda que se había convertido en una obsesión, por otra parte, su olor y pensar en su cuerpo me sumieron en una sensación de deseo flotante, allí, tumbado en su sofá. Por supuesto, un par de horas después ya no pude más, me levanté y empecé a registrar a conciencia el apartamento, metódicamente, qué andaba buscando, sin duda los restos de algún sentimiento, algo así. Removí los papeles, sacudí los libros para comprobar si guardaban alguna carta entre sus páginas, pero no encontré nada realmente secreto: en una caja de zapatos, un montón de correspondencia, sobre todo en español, con la familia de su padre en Latinoamérica, supuse, aparentemente sin mucho interés; una colección de horquillas para el pelo; viejas joyas sin valor que ella nunca se ponía, frascos de perfume vacíos, la mayor parte de los mismos muestras gratuitas, algunos medicamentos y productos de maquillaje en el armarito del baño. Sentí que me estaba sumergiendo en su intimidad y no pude evitar abrir las puertas de su armario, pasar la mano por entre las camisas, los jerséis, la ropa interior abandonada me produjo escalofríos, como si

fuese un adolescente, debido a que era la prueba evidente de que se había ido, cada nuevo movimiento resultaba más doloroso que el anterior, sentía que las manos me ardían a causa de todos esos roces: el papel, la lana, el algodón, la vergüenza me impidió (aunque no sabía si tan solo temporalmente) olisquear su ropa interior como un perro, porque sabía que con ello abriría la caja de Pandora –la caja de Pandora: unas bragas, un sujetador, unas medias, un zapato, tantas trampas, mecanismos que se ponían en funcionamiento al tocarlos con mis manos, que yo sacaba de los cajones para que me explotasen en la cara, cegándome–, el sudor, el dolor, los recuerdos en los que yo había tenido contacto con esas mismas cosas, de un modo intuido más que sentido, durante los instantes robados al bajar ella de mi coche, en un abrazo, al ir a cambiarse a su vestuario, y un puñado de recuerdos excitantes, que estimulaban la imaginación durante la noche, pero que se convirtieron, sumidos en el frenesí de lo real y su funcionamiento, en el martillo del deseo que golpeaba contra mi sensatez: ella estaba allí, todo lo que era, o casi, estaba allí y yo me sentía rodeado por ella, más libre en su casa, en su apartamento, de lo que jamás me había sentido en su presencia.

Al cabo de un rato, poco a poco, una vez abiertos todos los cajones, tras haber acariciado las telas, haber sacado las cartas de sus sobres, una vez cubierto el suelo de rastros, de restos de ella, cuando comprendí que la caja que había abierto no contenía otra cosa que lo que yo era, que en realidad aquella caja solo escondía mi propio deseo, ordené los papeles que había esparcido por todas partes, cerré como pude los cajones revueltos y salí de allí, avergonzado, vacío, con la esperanza de que nadie me hubiese visto entrar.

8

Esta repentina fragilidad implica que el viaje ha comenzado; la angustia del vacío entre dos mundos, Europa y el Amazonas soñado y finalmente al alcance de la mano. Remontar el río que marcó su infancia, recorrer los territorios imaginados, casi imaginarios, tocar lo que no eran más que nombres, la familia que su padre le legó, tal vez no sea el momento, tal vez habría sido mejor que lo hiciese más adelante, cuando estuviese más tranquila, con el corazón calmado, y no ahora, confundida por lo que ha dejado atrás e inquieta por lo que le depara el futuro, pero no era una cuestión de elección, no ha elegido realmente, había que irse y se ha ido. Lo demás importa bien poco.

Observa de lejos al capitán dando órdenes a los marineros en cubierta. Sus rasgos denotan algo de indio, sus ojos rasgados, la tez cobriza. Lleva puesta una gorra de plato y una camiseta blanca a modo de uniforme. Suben a bordo algunos pasajeros, una familia con los brazos cargados de paquetes, después varios hombres solos con petates al hombro. Se aproxima la partida. El cielo está encapotado, no tardará en anochecer, y lloverá. En ocasiones, ahí, antes de una tormenta, es posible sentir cómo el aire se refresca, cómo empieza a soplar una ligera brisa; las aves marinas vuelan bajo, a escasos centímetros del agua. Los marineros charlan. ¿Dónde empieza el mar, en la inmensidad del delta? El propio Cristóbal Colón, perdido al sur de sus islas, en busca de tierra firme, no creyó haberla encontrado aquí. Pensó que se trataba de otra isla, y a pesar de los sondeos y del agua dulce, no se atrevió a aventurarse en el interior de ese extraño mar. Siguió ascendiendo hacia el norte intentando

rodear aquel islote gigantesco.

El barco en el que se encuentra poco tiene que ver con un galeón o una carabela. El humo negro; la pintura, aunque reciente a juzgar por su color, está desconchada; las escotillas están oxidadas y también las chimeneas, y la escalera que lleva al puente de mando ha perdido una parte de la barandilla. En la proa, las mercancías están sobre la cubierta, y detrás del castillete desde el que el capitán grita las órdenes se extiende una breve explanada salpicada de sillas de plástico que sirve para que los pasajeros puedan tomar el aire. También han habilitado un pequeño bar, en el que venden bebidas y algo de comer, sencillos platos combinados, rodeado de guirnaldas con bombillas de colores, cerrado ahora por una chapa de acero. Sin duda esa improvisada cafetería abrirá en cuanto el barco se ponga en marcha, para lo cual no debe de faltar mucho, a juzgar por la agitación que se aprecia en el muelle. Con la caída de las primeras gotas remolonas de lluvia, que anuncian el chaparrón, los estibadores empiezan a alejarse, y los marineros se ocupan de las amarras; suben los últimos pasajeros, algunos de ellos se sientan en la zona de atrás, con los pies en la borda; las nubes más densas presagian la oscuridad de la noche.

9

Recorriendo la sombra: Yuri iba de cabeza al fondo. Ella debió de sentirlo, aunque fuese de un modo confuso; ella también debió de percibirlo, sin querer creerlo; probablemente tuvo la sensación de que él, de algún modo, estaba desapareciendo; y los síntomas eran evidentes: bebía, no de vez en cuando sino con una devastadora regularidad, leía y releía siempre las mismas obras, que recitaba de memoria durante horas cuando estaba ebrio. Decía: tengo que largarme, tengo que irme a San Petersburgo, tomar el tren hasta Vladivostok, o bien dedicarme a labores humanitarias, en alguna parte, donde sea, en África o en cualquier otro lugar. Ella le animaba, le proporcionó varios contactos, le propuso que hablase con varias personas, pero él nunca dio paso alguno en esa dirección. Le bastaba hablar de ello, cuando bebía acostumbraba a decir «este hospital de mierda», «esta jodida ciudad», etcétera, cada vez con mayor amargura, y acababa siempre diciendo que iba a marcharse, que un buen día lo enviaría todo a paseo, pero nunca hacía nada. Ella me dijo en más de una ocasión que había pensado proponerle que viese a un médico, porque creía que no estaba bien, pero yo le expliqué que jamás visitaría a un colega, que es imposible convencer a un médico de que está enfermo si no lo reconoce antes por cuenta propia, que era perder el tiempo; le aconsejé varias veces a Yuri que fuera con cuidado, que se mantuviera alejado del alcohol, e intenté hacerle entender que estaba seriamente deprimido: no sirvió de nada. Me miró riendo, me palmeó el hombro y me dijo: sé cómo sobrellevarlo, ah, Ignacio, amigo mío, mi depresión es atávica e incurable. Le

vi llegar una mañana con unas ojeras impresionantes y un mal aliento de caballo, le importó bien poco que el jefe se percatase: tienes que descansar, viejo amigo, estás empezando a ser un poco descuidado –un error en una receta felizmente resuelto pero que habría acabado en catástrofe si el farmacéutico no hubiese estado atento, informes mal rellenados, peticiones de pruebas médicas mal redactadas e incluso absurdas–; y el profesor añadía con ese tono paternal con el que se dirigía a sus protegidos: Yuri, ¿tienes problemas personales? ¿Te ha dejado la novia, te has separado, tus padres están enfermos? Yuri se sintió humillado, víctima de una injusticia; según él, sus errores podían ocurrirle a cualquiera, no eran culpa suya, se debían a un ritmo de trabajo infernal, a la administración, a la Seguridad Social que se había convertido en su molino de Don Quijote, no hay lugar para la perfección en este mundo, decía, es la Seguridad Social y la gerencia de los hospitales públicos lo que ha acabado con la idea de la medicina como una de las bellas artes, la falta de medios, los procedimientos absurdos, el juego de las gestiones interminables. Deseaba ser a un tiempo funcionario y disfrutar de una libertad total; estaba totalmente solo en eso; recuerdo sus interminables discusiones con Imbert (todoterreno cuatro por cuatro, segunda residencia en Normandía), que le tenía por un comunista: es imposible que realmente desees fichar como un simple funcionario, nosotros no somos empleados de la administración; alguna vez has hablado con un médico de cabecera; en el ambulatorio, tener un sillón en tu despacho es un lujo, y yo no hice cinco años de internado para trabajar en condiciones miserables, créeme, en el fondo tenemos suerte, lo que pasa es que hay que luchar por conservar nuestros privilegios. Imbert, el hospital, la práctica privada en el hospital, él trabajaba más que nosotros, mucho más, había que esperar meses para que te visitase, excepto si el paciente

aceptaba visitarse de manera privada y pagar una tarifa extra, prohibitiva, lo cual hacía que entre el personal del hospital más de un colega le odiase y más de uno también le envidiase. A esas alturas, Yuri no podía evitar provocarle: ¿para cuándo el nuevo modelo de todoterreno BMW? Y el otro tipo, bonachón, respondía con sinceridad que no le gustaban los BMW, fanfarroneando un poco, el Mercedes, en cambio, tiene muy buena pinta, tendremos que probarlo. Aconsejó a Yuri: ponte en contacto con Dantan, él es quien maneja los hilos, te aprecia mucho, va diciendo por ahí que Gradov es el mejor, que tienes un gran futuro; impartir clases en la facultad es muy jodido pero da prestigio, dentro de diez años podrías ser jefe de servicio en provincias (Yuri le miró como a un extraterrestre), o puedes hacer lo mismo que Ignacio, quedarte en el escalafón básico (rio amablemente) y chuparte todas las apendicectomías y las hernias del año. Él sabía muy bien que los inmigrantes, Karim el sirio y yo, no teníamos elección, éramos los proletarios de la medicina, los «extranjeros titulados», condenados a sueldos inferiores, sin perspectivas de futuro. Probablemente, cambiando de pasaporte, después de una absurda infinidad de gestiones, yo podría mejorar mi estatus, pero el lumpen tiene sus ventajas: responsabilidades limitadas, permanecer en la sombra, hasta cierto punto, y con el paso del tiempo, tal vez, lograr que Dantan llegue a respetarme, a pesar de seguir mirándome con cierto desprecio, quizá como un artista miraría a un artesano.

Yo entendía perfectamente que el hospital horrorizase a Yuri cada vez más; se mofaba de la incultura de algunos de nuestros colegas, de su codicia, de esos médicos dispuestos a cualquier clase de arreglo para convertirse en especialistas judiciales, en consejeros técnicos para un laboratorio, en colaboradores de algún oscuro programa televisivo, en esa carrera por el prestigio y el dinero propia del estamento médico parisino, tan

concurrido que parece un pelotón ciclista del Tour de Francia, en el que todos, a pesar de la falta de espacio y de la siniestra realidad de las probabilidades matemáticas, buscan situarse en el grupo en cabeza, lograr auparse al podio o, simplemente, colocarse como líderes de etapa, aunque sea únicamente durante unos pocos kilómetros. Yuri les puso motes a todos: Audaz a Dantan, Chichikov a Imbert, Nivelle y Mangin a nuestros dos ortopedistas, y así sucesivamente; no les dirigía la palabra a todos esos personajes si no se veía obligado a ello, si no tenía que compartir con ellos un dossier, un paciente o una reunión. Llegaba por la mañana, muy nervioso, y se tomaba dos aspirinas (siempre me pregunté si no se habría recetado a sí mismo anfetaminas) y tres o cuatro cafés antes de ponerse a trabajar. Joana empezó a tener miedo, sé que pidió un cambio de equipo para poder operar con él, algo a lo que ella se había negado hasta entonces para no mezclarlo todo, según había confesado. Ella lo vigilaba (o mejor dicho, nosotros lo vigilábamos) de reojo, le recordaba amablemente sus citas, le preguntaba si tenía hambre, si tenía planes para comer, para cenar; en determinados momentos, daba casi tanta pena verla a ella como verlo a él.

Tenía razones para estar preocupada; me contó (yo aprovechaba las circunstancias para estar con ella el máximo tiempo posible): ayer él se pasó la noche leyendo y releyendo a Blaise Cendrars, me miró con desolación y recitó: «Deja a tu mujer, deja a tu amante / cuando amas debes irte»; intenté convencerle, con mucho tacto, de que dejase de beber, pero se puso hecho una furia, me dijo tú me tratas como a un niño, no ves lo que tengo, ¿no ves que tengo la enfermedad de Wertheimer? ¿Qué enfermedad es esa?, le pregunté tontamente (creí que se trataba de una afección real), si estás enfermo tienes que cuidarte. Se echó a reír cínicamente: si fueses un poco más culta no dirías tantas tonterías, dijo para ofenderme,

para hacerme daño; tuve la impresión de estar con un paciente, me puse en pie para irme y cuando ya estaba en el rellano de la escalera se puso a gritar, imitando el acento ruso, rregrresa, rregrresa, te deseo, la tengo durra como una piedrra, estaba borracho como una cuba y yo no me había dado cuenta; no sé si su problema es el alcohol o si el alcohol es una consecuencia; tras contarme esto, Joana empezó a llorar y yo aproveché para acariciarle la mano y el hombro con un gesto que pretendía ser fraternal y consolador pero que, en realidad, no lo era en absoluto.

Aude empezaba a estar harta de todo el asunto, de una historia que juzgaba propia de «adolescentes», y también estaba harta de que yo llegase tarde asiduamente. Mantén las distancias, eso fue lo que me dijo, aléjate de él. No dejes que te arrastre, tiene una fuerza excepcional, desconfía. Sin embargo, ella sentía, como todo el mundo, una especie de admiración por Yuri, al menos en un principio; realmente, no se parecía en nada a otros matasanos. La enfermedad de Wertheimer, menuda invención, sin duda ella ya había adivinado de qué se trataba; Aude es más intuitiva que yo, también más reservada; no en vano es psiquiatra, pensé. Me dijo: Ignacio, pasa más tiempo con tu hija, te ayudará a centrarte, llévala a cualquier parte, a un parque de atracciones o al zoo de Vincennes, por ejemplo, que no ha ido nunca.

Lo que más me sorprendía era la facilidad con que ambas desaparecían, Aude y mi hija Ilona, cuando estaba con Joana, en la planta baja de su inmueble, por ejemplo, dispuesto a prolongar voluntariamente la conversación sobre Yuri. Yo no pensaba más en ello, en absoluto, me trasladaba a otro lugar, y elaboraba tácticas, estrategias para poder tocarla, seducirla; en esos momentos, en lo más profundo de mi ser, Yuri me importaba bien poco. Esas historias, sin embargo, tenían un doble filo: por una parte, me parecía que estaba acercándome a

ella, que podía aprovechar su intimidad, pero por otra, no hablábamos de otra cosa que no fuese él; y los celos, cuando volvía a estar solo, camino de casa para reencontrarme con Aude y su discreta ironía, me abrasaban por dentro.

10

El chaparrón, en un principio simples gotas lánguidas y templadas, no tarda en convertirse en una violenta tormenta y ella se ve obligada a abandonar la cubierta para ir a refugiarse a su camarote. Las vibraciones del motor parecen ahora más fuertes; sin duda la partida es inminente. La lluvia cae al sesgo, golpeando contra el ojo de buey con fuerza, haciendo resonar el metal del casco. Se tumba sobre el camastro, no hay butaca alguna y el espacio es tan reducido que la cama es el único lugar donde puede acomodarse.

Está deseando que la nave se ponga en movimiento, está deseando alejarse de la orilla, deseando ver desfilar las aguas oscuras del Gran Río; está deseando descubrir, a la mañana siguiente, las inmensas llanuras, los paisajes que imagina desde hace tanto tiempo. Para matar el tiempo, saca uno de los libros que ha traído consigo, un relato sobre la vida de san Pedro Claver, el santo de los esclavos de Cartagena de Indias, comprado el día anterior en una librería con la que se topó entre dos concesionarios de automóviles, en medio de una de esas interminables avenidas típicas de América del Sur, largas y resplandecientes, con nombres de presidentes, libertadores, caudillos y aventureros. Regentada por un señor de unos cincuenta años, culto, afable, extraordinario lector, esa librería se convirtió durante los días de estancia en la ciudad en su salón y su café. Una vez agotados los escasos recursos turísticos del lugar, la catedral, el viejo monasterio, la plaza de la columnata, el jardín público atestado de mangos, era a la librería a donde se dirigía cada mañana temprano, para

aprovecharse de la hospitalidad del propietario, que le ofrecía con gusto compartir el desayuno, pretexto que daba pie a interminables charlas, sobre política pero también sobre literatura, religión, el hombre era desbordante y cordial, con un toque seductor; le gustaba escucharse mientras se mesaba su magnífica melena blanca con un gesto grandilocuente que le aportaba un aire entre cómico y desfasado, un aire de intelectual en su torre de marfil, y ese libro que casi le obligó a comprar, la vida de un santo, se apartaba bastante de sus lecturas habituales, pero él le calentó la cabeza durante horas, sin llegar a aburrirla o cansarla, contándole las maravillas, los milagros que se relataban en él, las verdades, las leyendas, hasta que ella acabó cediendo, el último día, y lo compró, más para conservar un recuerdo de Elías, el librero que sentía auténtica pasión por las hagiografías, que por otra cosa.

En sus conversaciones, ella no solo supo de la existencia del santo, sino que también tuvo noticia de un montón de detalles, de relatos sobre las regiones que iba a atravesar, los llanos, la frontera colombiana, el narcotráfico, el contrabando, los indios del sur, los aventureros brasileños que venían a robar el oro nacional, atravesando la jungla, en los confines de la Guayana; los corsarios y los piratas que antaño controlaban las aguas del Caribe, de Venezuela hasta Florida, su crueldad, las inauditas expediciones que fueron capaces de llevar a cabo; los independentistas, Bolívar, la burguesía paternalista, la influencia extranjera y el sueño, el gran sueño rojo de la revolución, de la unidad de un país inmenso que fuese desde los hielos de la Antártida hasta los desiertos mexicanos, y los fantasmas, tumbados por las balas del imperialismo, y aquellos que habían defendido el sueño, como el propio Elías, parecían haber seguido el ritmo de una juventud marcada por las huelgas, las dictaduras, la represión y los golpes de Estado. Todos esos relatos iban enlazándose unos con otros, sin seguir

lógica alguna, según el humor del narrador, del libro que tenía en las manos, que manipulaba en busca de algún tipo de información, de una fecha concreta, de un nombre; al hilo de las novelas que le mostraba, de los autores que adoraba o aborrecía, y ella no pudo evitar sentirse fascinada, conquistada por la pasión más que por la ciencia de un librero para el que ella era poco menos que el público soñado, interesado y casi por completo ignorante.

Así pues, cada mañana, y a pesar de las insistentes miradas que aquel hombre le dedicaba a sus senos, a sus nalgas cuando se ponía en pie, a pesar del deseo que notó despuntar tras aquel torrente de palabras, ella se encaminaba encantada a la librería, dispuesta a no dejarse seducir, a no dejarse hipnotizar; era un hombre bastante apuesto, elegante, de rostro afable, con manos de dedos largos y cuidados, sonrisa impecable, voz pausada; de no haber sido por la diferencia de edad, que le intimidaba, y por sus propios fantasmas, sus propias fisuras, que le impedían hacerlo, tal vez se hubiese dejado llevar, si su estancia hubiese podido prolongarse, hasta caer entre los brazos y la ternura de aquel intelectual encanecido y extraño, a su pesar, debido a su excesiva seriedad, y ahora que el barco parece dispuesto ya a alejarse del muelle, refugiada en lo más profundo de su camarote, sola, tiene la sensación de que, en cierta medida, se arrepiente. Y como consecuencia, sin duda, de la fragilidad que provoca la partida, se pone a pensar con una nostalgia tal vez desmesurada en su librero seductor.

Lo más adecuado, probablemente, sea dejar de lado los remordimientos imposibles y subir a cubierta para asistir a la maniobra y disfrutar del espectáculo, siempre magnífico, que supone contemplar las luces de una ciudad que se aleja. La tormenta pasa pronto y la mayoría de los pasajeros han vuelto a salir a la popa y están apoyados en la borda; han soltado las pesadas amarras y el buque –dos cubiertas, cien pies de metal

medio oxidado– se separa del muelle por la proa, despacio, con un gran ronquido del motor diésel. Ella espera que en cualquier momento suene una sirena de niebla para anunciar la partida, pero ese crucero (le parece mal definirlo como travesía, ¿se puede hablar de remontar cuando nos referimos a un río?) no podría ser tan solemne; no hay prácticamente nadie en el muelle para agitar su fular, y ningún pasajero aplaude cuando el carguero se aleja de su pontón. ¿Cuántos hay? Una veintena, como mucho, la mayoría de ellos silenciosos, tan solo algunos niños hablan de la partida, en brazos de sus madres, y señalan, con el índice extendido, hacia las grúas, los camiones y las embarcaciones que ocupan el puerto. A medida que avanzan por el canal, la ciudad se transforma en una gran red de líneas luminosas en mitad de una noche que empieza a abrirse camino; y cuando se colocan hacia el sudoeste, ella se siente arrastrada por una alegría infantil, cuenta las luces de la costa que van desapareciendo poco a poco, hasta que, al virar en la lejanía, desaparecen.

11

Tuve entonces la sensación (debido a la culpa, obviamente) de estar empezando a sufrir los efectos no de la enfermedad de Wertheimer, sino de la de Werther; aunque, en el fondo, se trataba más o menos de la misma afección. Frente a mi esposa, en la calma de lo cotidiano, me sorprendí a mí mismo suspirando con los ojos clavados en mi plato durante la cena, levantándome en plena noche sin hacer ruido después de un sueño muy concreto, evidenciando un estado que yo intentaba disimular lo mejor posible; ella siempre había sido muy observadora, o al menos eso creía yo, como para no percatarse de mi turbación. Yo me obligaba a mí mismo a besar a Aude intensamente un par de veces al día, a quejarme del poco tiempo que pasábamos juntos; le pedía, con avidez, que me hablase de su trabajo, de sus pacientes; imitaba fríamente, a pesar de carecer de un plan bien establecido, el comportamiento normal de un marido enamorado, y me resultaba sencillo, muy sencillo, sí, imitarme a mí mismo porque yo sacaba las fuerzas de otro lugar, de otro rostro, de otro cuerpo soñado, de otra voz que me acompañaba a mi casa y me ayudaba a simular, a fingir que era el esposo perfecto, el amante ideal. Sin embargo, era presa de extraños remordimientos. Se trata de la crisis de los cincuenta, pensaba yo, tendrías que explicárselo a Aude, seguro que ella te escucharía y te echaría una mano, pero me resultaba del todo imposible: el temor a perder al objeto de mi deseo, de perder ese sueño, que se desvaneciese en cuanto pronunciase su nombre, me aterrorizaba; no, si existía una posibilidad, por

ínfima que fuese, de que ella se enterneciese, de que se dejase seducir, si llegaba a ocurrir (sin pensar en absoluto en las consecuencias) aunque solo fuese un día, una sola noche –temblaba al imaginarlo–, en su casa, con ella, entonces todo aquello, la simulación, el fingir, habría valido la pena. Me sumergía una y otra vez en la ceguera total. Ella querría. Un día (ni siquiera me atrevía a pronunciar las palabras) me acogería. Me escondía tras los sentimientos, pero lo que yo deseaba realmente, con todo mi ser, era su cuerpo, sus labios, sus pechos, su sexo. Copaba por completo mis sueños, desnuda, sin protección, entregada, y me asaltaban deseos inconfesables: la noche, imaginaba (y no siempre dormido), en que iba a consolarla después del entierro de Yuri, sí, yo quería que él desapareciese, o bien huía con ella, se venía conmigo, llegaba un día a su apartamento con dos billetes para el Caribe y de ese modo; yo quería llevarla a ese país que ambos teníamos en común y que ella todavía no conocía, que no conocía más que a través de los libros; eso era lo que yo le ofrecía, lo que me permitió acercarme a ella, en un principio, a través de Yuri.

Sin embargo, tras una larga conversación con Joana, al volver a mi casa me sentí absolutamente ridículo. Fui consciente (algo muy penoso) de mis fantasías, propias de viejo, de lo estúpido de mi perversidad, del lado enfermizo de mi comportamiento, irracional, igual que el de Yuri. Estaba atrapado en un continuo vaivén entre lucidez y pasión, entre completa ceguera de la razón y bocanadas de realidad; esa noche pasé unas cuantas horas en la habitación de mi hija, sumido en la oscuridad, entre sus peluches y sus muñecas, sin moverme, observando la noche y escuchando su respiración mientras dormía para tranquilizarme.

12

Poco después de la partida, estando todavía cerca el reflejo de los largos cuellos iluminados de las grúas del puerto sobre el agua negra, el segundo de a bordo –ataviado con una chaqueta demasiado estrecha para sus anchos y huesudos hombros y un pantalón demasiado corto para sus interminables piernas– se dispone a acomodar a los viajeros. Su demacrado semblante tiene un cierto deje de perversión, de violencia disimulada que le aporta a su mirada un aire inquietante, acentuado por un modo de hablar afectado, pretencioso, con el que da la bienvenida a los pasajeros. Les indica, con una sonrisa irónica, dónde se encuentran los servicios del barco, los botes salvavidas, la hora en la que abre el bar, y ofrece algunas explicaciones precisas sobre el plan de navegación; su afán por evitar la mirada de las mujeres y que se frote las largas manos mientras habla acaban de redondear su imagen de hombre antipático.

Ella aparta la mirada para observar cómo va alejándose el puerto. Allí están el canal y el largo dique de hormigón cerrando la gigantesca dársena, los muelles de un gris inacabable bajo la luz de las farolas, interrumpidos de vez en cuando por la alta sombra de un carguero, y más atrás, la ciudad, impecablemente llana, tendiendo las líneas de sus avenidas según una geometría de corte euclidiano –las paralelas, las perpendiculares– que contrastan con la naturaleza imprevisible del delta, con sus meandros, con lo intrincado del manglar, con el laberinto de agua negra que, hacia el sur, delimita la masa oscura de la meseta de la Guayana. El pesado

olor del cieno, los efluvios de los tederos, la trepidación del motor diésel que puede apreciarse en la vibración de la barandilla metálica y el paisaje inmenso de la noche que el barco parece ir abriendo, hacia el sudoeste, toda esa mezcla de movimiento y reposo, de agitación en la calma, son potestad del Gran Río, tan paciente y fuerte que arrastra su vertido hasta decenas de millas mar adentro, en pleno Atlántico, donde las gaviotas duermen en el agua sobre capas de sedimentos de sílice, arrancados suavemente de las primeras vertientes de los Andes y arrastrados lentamente, al ritmo de milenios, hasta su gigantesco y profundo lecho marino. Esa larga grieta abierta sobre los mapas, ese trazado rectilíneo de la imaginación geográfica, está ahora a sus pies, ella se vuelve hacia un nacimiento inexistente en el curso de una tela de araña de aguas salvajes, de ríos que recortan la selva para unirse de nuevo, de forma arbitraria, formando lazos amazónicos. Nada de umbrales, nada de separar las aguas, no hay manera de trazar la frontera, de saber dónde se encuentra, solo los militares saben con mayor o menor precisión qué bosquecillo, qué pista borrada por lianas indica el límite de sus dominios, entre Ecuador y Brasil, en una cuenca poco profunda, sin ciudades, cubierta por miles de kilómetros de árboles, monos y caimanes.

Una presencia inesperada a su lado, junto a la borda, llama su atención. El segundo de a bordo no dice nada, seguramente espera que sea ella la que le dirija la palabra, la mira como si mirase hacia la ciudad, casi rozándola; ella se aparta unos centímetros. Tras un minuto de incómodo silencio, él le pregunta si necesita algo, si todo está en orden; ella le responde que todo está bien. Aquel hombre se queda a su lado un rato más, sin añadir nada, antes de despedirse para ir a hablar con otros pasajeros.

Ella no tiene ganas de charlar; tiene ganas de bajar a su

camarote y de disfrutar, a solas, de los primeros movimientos del barco; nunca ha sabido estarse quieta, tú jamás has sabido estarte quieta, decía mamá, pues mira, aquí estoy, en un carguero mixto un poco destartalado remontando el Orinoco, dejándome llevar por un impulso, que dirías tú con toda razón, todo lo haces sin pensar, llegar, irte, e incluso el amor, pero si me he ido se debía a que era el momento para hacerlo, a que algo se rompió para liberarme, y a estas alturas no voy a explicarte las razones que tengo, buenas o malas, para estar aquí viendo desfilar el río y alejarse el puerto, ni todas las esperanzas que he depositado en este viaje, todo lo que espero descubrir y ver y sentir, lo que espero encontrar, conocer, de lejos, como una bruma matinal sobre el río, que se disipa con rapidez, ni los colores de los fantásticos pájaros que podré otear entre la frondosidad, o la fugitiva ternura de los monos, de los osos hormigueros y los linces que no veré, sin duda, pero de los que sentiré la presencia, muy cercana, cuando hayamos dejado atrás las llanuras, las inmensas llanuras que tranquilizarán mi alma, fatigada, porque tú sabes muy bien que estoy cansada, te lo expliqué en su momento, pues bien, que no haya nada que ver en las llanuras, la corriente poderosa y regular unida a la calma del paisaje me aportarán aplomo, me prepararán para la jungla y los fantasmas, me aliviarán, justo lo necesario, para poder disfrutar, descansada, de esas tierras que consideran salvajes, peligrosas e inexploradas.

Cuando finalmente cae la oscuridad, cuando las estrellas de la ciudad –las del cielo no resultan visibles, ocultas todavía tras las nubes– ya casi han desaparecido, y a pesar de la simpática agitación que se aprecia en la cubierta de atrás, donde todos los pasajeros cenan ruidosamente, ella baja a su camarote, y el placer de abrir el ojo de buey, de escuchar el chapoteo del río contra el casco, de sentir en su cara las extrañas salpicaduras del agua dulce, el placer de saber que el viaje comienza,

eclipsan cualquier clase de nostalgia. Dentro de tres días arribará a Puerto Ayacucho; está deseando que llegue la mañana y que ilumine la inmensidad del río. Qué importa haber huido, qué importan las razones de su partida, la excitación está por encima de eso, y París es apenas un cosquilleo en la memoria, circundada por el calor, por la bruma de polución que la cubre, anaranjada, inquietante, cuando uno la mira desde Montmartre, París abandonada a su suerte, a ella le cuesta creer que esa ciudad exista realmente, que esté tan lejos, que aquellos a los que ha dejado allí sigan con sus actividades, que sus pacientes sufran los efectos del calor, que sigan recuperándose en sus camas cubiertos de sudor, que los turistas sigan desafiando a la canícula para ascender hasta el Sacré Cœur, y tumbada boca abajo, en un barco que avanza tranquilamente hacia el sur, sintiendo el húmedo placer del exilio, tranquila, mecida por el vaivén regular de esa especie de útero oxidado, surcando la vena cava de Venezuela, esa aorta que recorro por primera vez, pretendo reencontrar las sensaciones que tuve cuando, siendo niña, mi padre –moreno, bigote oscuro, eso es todo lo que recuerdo con precisión– me dejó a cargo de mi abuela, apenas había cumplido tres años, rememoro las fotografías y esas imágenes se superponen en mi memoria, fabricando mis recuerdos. Esa tranquila casa en las afueras de Caracas la he visto más de una vez en sueños y también grabada en papel Kodak, gastado y amarillento ya por el roce, yo, una niña con un vestido rojo y un sombrero blanco en un magnífico jardín, sentada al sol o en brazos de mi abuela, todavía guardo las sensaciones de esos días, los perfumes que invadían por sorpresa, los gustos, las palabras, la mañana en que me levanté muy temprano, salté de la cama y fui corriendo a despertar a mi abuela, y la noche, todas las noches en que ella colocaba la mosquitera sobre mi cama, mi primer velo matrimonial, me decía, y me susurraba: que sueñes con los

angelitos, qué podía yo entender de esa mujer sombría y tierna que repartía su tiempo entre ir a misa, la cocina y las partidas de cartas con sus vecinas, yo sabía únicamente de su pasión por mí, que entendía como algo obligatorio, una dolorosa compensación por la dolorosa ausencia de mi madre. ¿Cuánto tiempo pasamos juntas? Un mes, dos tal vez, mamá no estaba allí, encantada de haber recuperado un poco de libertad sin su hija, encantada de que mi padre, eternamente ausente, desapareciendo una y otra vez, asumiese al menos en parte, siquiera un verano, sus responsabilidades, aunque no supo hacer otra cosa —así lo expresa todavía mamá— que enviarme a casa de su propia madre, incapaz como era de estar solo conmigo sin ayuda femenina. A mí me gusta pensar que él se sintió orgulloso, muy orgulloso, de descubrirme su familia y su ciudad; al menos así lo recuerdo yo; treinta años más tarde, voy deslizándome por esta herida abierta de agua que parte en dos su país, remontándome para llegar a las fuentes, lejos de Caracas, de su ruido, de sus colinas, donde se superponen las chabolas, porque sé, o al menos eso es lo que me han hecho creer siempre, que él desapareció en algún punto de este río, víctima tal vez de una enfermedad que se había traído consigo de París, donde él no había querido quedarse, ni siquiera por su hija, yo, que él tanto quería, lo sé, todavía puedo apreciarlo en las fotos –dos o tres instantáneas, no más– en las que estamos juntos. Impulsada por París, a mi espalda, y camino del sur tirada por la mano del fantasma de mi padre, me adormezco dulcemente en mi camarote, con las manos sobre el vientre donde se guarda –niño o niña– el misterio que perpetúo, incapaz, como mi madre antes que yo, de echar a correr al ser testigo de la locura, del hundimiento de un hombre alejado de sí mismo.

Sin grandes esperanzas, porque en sus fuentes el río no ofrece más que la verde nada de la selva, yo he vuelto, como

ciertos peces, a poner mis huevos en el lecho fangoso del río.

13

A veces, cuando escribo, no puedo evitar alzar la cabeza y ponerme a pensar en los médicos escritores. Gottfried Benn fue cirujano, creo; Céline, médico de cabecera. De Chejov no sé nada. Los psiquiatras son legión. Médicos rurales. Biólogos. Médicos militares, tal vez; Avicena fue el último médico del cuerpo y del alma; Nostradamus, médico profeta. Se me aparecen cuando escribo. Me sangran, por mi bien según dicen, me privan de mis fuerzas para curarme como es debido. Esta noche, después de quitarme la bata, una vez que mis instrumentos están bien guardados en los armarios, que mis pacientes, las personas a las que he operado vivirán o morirán sin que yo las vea, confinado en la intimidad de mi minúsculo despacho, inclinado hacia delante, con los brazos curvados sobre la hoja en esa posición típica de ciertos zurdos, una posición dolorosa al cabo de un rato y que me obliga a sacudir el antebrazo cada dos páginas para evitar las rampas, atormentado por el enigma del cuerpo del escritor, su dolor físico, siento que mis ilustrados colegas tiran de mi página como si fuesen demonios.

Hijo de médico, nieto de médico, como suele ser habitual, nacido en Caracas, buen estudiante sin llegar a ser brillante, dotado para las letras sin duda gracias a que mi madre me regalaba libros bajo la mirada si no despreciativa sí indiferente de mi padre. Francófilo por tradición familiar, cirujano apasionado hasta que cumplí cuarenta años y, hoy en día, simplemente por costumbre; padre a mi vez, tardío y solícito, deportista por conciencia profesional, marido infiel en espíritu

y, a veces, pocas, también en cuerpo; mi razón de ser, en el fondo, el cuerpo, mi *modus vivendi*, dicho esto con toda la ironía del mundo, primer médico escritor de Latinoamérica, al que sus pares impidieron escribir, por celos, con dos o tres intentos fallidos a sus espaldas, novelas inacabadas, mostradas con emoción adolescente y que no cosecharon más que sonrisas y simpatía, esa clase de reacción que hace que te deshagas inmediatamente del manuscrito como si se tratase de un tumor extraído del órgano afectado, sin embargo la perfecta operación tenía su razón de ser, pero los hombres no vieron más que el resultado, el pedazo arrancado, el residuo, y no la técnica, la paciencia, el saber hacer empleado para la extirpación; recuerdo mi primera intervención a solas en Caracas, en urgencias, una apendicectomía de lo más corriente, me sentí plenamente orgulloso cuando tuve el apéndice en mi mano, me habría gustado agitarlo en el aire, haber dicho: ya está, he llegado a donde quería, pero mi padre, con centenares de cuerpos abiertos a sus espaldas, con millares de operaciones, de incisiones, no habría visto más que un pedazo de tejido intestinal más o menos inflamado, nada más, algo para olvidar, y hoy en día yo mismo soy del todo incapaz de volver a sentir el placer de la primera victoria, ni me aburre ni me amarga, es otra cosa, y las grandes sombras que se me presentan se burlan, inclinadas sobre las páginas para leer por encima de mi hombro, me dicen: escribes para olvidar el vacío y la ilusión de tu absurda condición burguesa, te iría bien reconocerlo, sin necesidad de inventar nada. Entonces dejo escapar un suspiro, escucho sus voces y abandono a la mitad el párrafo que estoy escribiendo para volverme, saco un libro de la estantería y les hablo cara a cara.

La pasión por la escritura, por los libros, la compartí con Yuri desde el primer día, con una mezcla de simpatía y envidia. No suele ser habitual que los miembros del estamento médico

hablen de literatura, pero encontré de repente a dos personas con las que compartir referencias cómplices y animados debates; cuando hablo de médicos no me refiero a Aude, que quede claro, pues los psiquiatras y psicoanalistas pertenecen, de algún modo, al bando literario, como es bien sabido, dado que basan su práctica en el lenguaje. Tu problema, me dijo Yuri, no son los libros, se trata sobre todo de que careces por completo de sentido del humor, Ignacio, eres mortalmente serio, apenas sonríes, jamás te veo reír, y a tu mujer, perdona que te lo diga, tampoco, lo más gracioso que es capaz de decir es un incomprensible juego de palabras lacaniano. Los sudamericanos son divertidos e inteligentes, pero tú debes de ser la excepción que confirma la regla. Le encantaba provocarme, mofarse de mí abiertamente, a menudo de un modo cariñoso, y a pesar de la diferencia de edad (él acababa de cumplir treinta y dos años cuando nos conocimos), a pesar de mi faceta erudita y excesivamente seria, yo sabía que me apreciaba, igual que yo lo apreciaba a él, como una perla extraña. Dónde ha quedado tu humor de estudiante de medicina, Ignacio, en Venezuela no tenéis sentido del humor, uno no puede tener petróleo y sentido del humor al mismo tiempo, tenéis playas, chicas bonitas y petróleo, eso es cierto, pero por lo demás, prefiero Colombia con diferencia. Un médico ruso, para contrarrestar, tiene sentido del humor, me dijo, a pesar de que su familia tuviese que marcharse de Petersburgo en 1917, se ríe fácilmente de los enfermos, de los pobres, de los popes y de sus colegas. Llevaba a cabo hilarantes diálogos imaginarios (lo sé porque Joana solía reír hasta que se le saltaban las lágrimas) entre un cirujano y un médico, y en el quirófano, en mitad de una intervención larga y difícil, hizo que las enfermeras y el anestesista se partiesen de risa hablándole al paciente que estaba dormido sobre la mesa de operaciones; sabía adaptarse a su público, pasar de un registro

salaz y machista al humor médico, siempre en el momento adecuado, como si se tratase de una virtud social, una especie de magia de la que yo carecía por completo, eso era cierto.

Obviamente, Joana estaba fascinada por Yuri. Le debo el haberla conocido de verdad, aunque solía verla a menudo, joven y excelente ayudante de quirófano, perfecta enfermera, a mí me había impresionado su competencia, nada más, pero Yuri, como él decía, había sabido «ver por debajo de la bata», y ella también, habida cuenta de la atracción que sentía por las causas perdidas, ella supo entrever, en una conversación, la inquietud, la angustia que se ocultaba tras su sonrisa, demasiado tranquila para ser sincera, según me explicó: siempre he salido con tipos con problemas, me dijo, hay algo en ellos que me atrae, realmente, aunque al principio no sepa de qué se trata, en el fondo creo que repito algo, tal vez heredado de mi madre, en fin, así son las cosas, tal vez por eso soy enfermera, algún día me tumbaré en un diván para hablar de ello, me dijo con una sonrisa. Una semana después, Yuri la había seducido, en ese momento, todavía no me sentía celoso, tan solo un poco intrigado, él se pasó un tiempo provocándola: en las enfermeras hay una modestia muy femenina, decía para hacerla rabiar, y la emancipación de la mujer ha perjudicado mucho a la medicina en general y a los hospitales en particular, pues les ha permitido creer a las muchachitas que pueden convertirse en médicos, y no solamente en ginecólogas o pediatras, mientras antes se conformaban con ser enfermeras, comadronas o puericultoras. Un buen día, habrá más médicos que enfermeras en este hospital. (Estaba en lo cierto, pues era más difícil encontrar a una enfermera que a un cardiólogo, porque a estos últimos solo había que ir a reclutarlos al Líbano o a Serbia. En nuestro centro, en nuestro pequeño mundo, nos hacían falta una decena, que reemplazábamos, como podíamos, con auxiliares de enfermería.) Ella se puso echa una furia: se

trata de una cuestión económica, Yuri, lo sabes bien, si nos pagasen dignamente, como a vosotros, si se valorase más nuestro trabajo, si la medicina hospitalaria no estuviese plagada de machitos como tú, habría más enfermeras. Cada vez exigen una mayor formación, una mayor eficacia, más disponibilidad, etcétera, que nos responsabilicemos más, etcétera, le daban al pico durante horas, por el simple placer de pelearse, en el típico cortejo nupcial que precede (en todo caso, así lo entendí yo) al acoplamiento.

Yo no estaba celoso, solo sentía curiosidad. Los celos llegaron más adelante, tiempo después, ella se infiltró en mis sueños sin previo aviso. Es difícil saber con precisión cuándo sucedió, un año, dos años después, tal vez meses o unas pocas semanas, un día, uno se despierta y, como por ensalmo, todo se ha puesto en marcha, tumbado en la cama en mitad de la noche con el sexo erecto debido a una suerte de anhelo, el deseo trazó un nombre, una cara, a veces enmascarada, a veces no, y yo empecé a avanzar como un autómata hacia lo designado por el sueño. El sueño designó y la vigilia lo confirmó: ya no volví a mirarla a los ojos, de un día para otro, o casi, me sorprendí mirándole las piernas, las manos, en presencia suya me despertaba, despertaba a la frustración constante que suponía su presencia. Suele decirse que esa clase de situaciones se corresponde con una época marcada por el hastío y la pereza, con una época de cuestionamiento en el seno de la pareja; nada podría haber sido menos cierto en mi caso, y si bien mi sentimiento de culpabilidad trastocó inevitablemente mi relación con Aude, en un principio mi amor y mi deseo matrimonial (llamemos a las cosas por su nombre) siguieron intactos. Dentro, Aude; fuera, Joana. Y el bonito sombrero de fieltro verde que me había regalado ese año por Navidad me parecía el accesorio simbólico que mejor se adaptaba a esa ambivalencia del alma: el hombre con sombrero en el exterior

y el hombre sin sombrero en el interior, el seductor de cabeza cubierta en la ciudad y el hombre de cabeza desnuda, de pelo canoso, en casa. En cuanto salía por la puerta para ir al hospital, donde sabía que iba a verla, en cuanto me ponía el sombrero (hacía frío, y ese invierno fue particularmente frío), al instante ponía en marcha la maquinaria de soñar despierto, la máquina de conspirar para acercarme a ella. Pero me acercaba a ella a través de Yuri, y cuanto más celoso me sentía, más obligado estaba a verlo. Al principio organizábamos almuerzos, cenas, excursiones. Yo exploraba ese placer perverso que supone aprovecharse del objeto del deseo de uno en presencia de aquel al que se lo robas todas las noches.

Una noche los invité a cenar a casa, a los dos; Yuri ya había venido, pero Joana, obviamente, no había estado nunca. Aude la encontró encantadora, vivaz e inteligente, debe de ser una enfermera extraordinaria, me comentó; pobrecita, añadió, Yuri se las hará pasar moradas. Destacó cómo él la había humillado delante de nosotros, cómo la había hecho rabiar sutilmente, cómo había insistido en sus defectos, en su papel de subalterna, y cómo Joana no había sabido qué responder, desamparada, y nos había mirado intentando excusarlo: no se lo toméis a mal, ha bebido más de la cuenta; Aude le hizo un gesto indicativo, una sonrisa con la que pretendía decirle: ten cuidado, ese hombre es peligroso.

No había visto que su propio marido había sido extremadamente atento con su invitada, que no le había quitado los ojos de encima, que se había pasado más de una hora enseñándole fotos de Caracas y de Venezuela, a su lado en el sofá, rozándose, mientras Aude se encargaba de Ilona, del ritual de la cena y de llevarla a dormir. Yuri inspeccionó mis libros, de pie frente a las estanterías, haciendo comentarios irónicos sobre mis gustos; sin embargo, se detenía durante un buen rato cuando encontraba un libro que no tenía o un autor

al que no conocía. No dejaba de tomarme prestadas obras que me devolvía enseguida, sin leerlas; yo sospechaba que realmente no sabía español, a pesar de lo que él afirmaba. Las fotos que le enseñé a Joana eran, en su mayor parte, de nuestro último viaje en familia, el año anterior, a Caracas y a Maracaibo, sobre todo para que Ilona, que ya era lo bastante mayor, pudiese descubrir un país que también era el suyo; mi familia, los pocos que quedaban, no me importaban realmente; los paisajes y la lengua de mi juventud me suponían siempre una considerable conmoción, y el regreso a París, después de tres semanas o un mes intentando ser otra persona, me sumía en una estúpida nostalgia. Pero a Joana le hablé de aquellas fotografías con auténtico fervor; le describí con precisión lugares y personajes, intenté enseñarle, en la medida de lo posible, el lugar de donde provenía su padre, que ella no conocía, una tierra desmembrada y sin alma.

Yuri nos miraba con una sonrisa irónica. Estaba de pie frente a nosotros, llevaba ya un buen rato, observándonos a mí y a Joana, sentado uno junto al otro en el sofá. Estoy convencido de que, de repente, vio claro cuál era mi juego; estaba intrigado, había un deje de desafío en su sonrisa, un secreto interés por lo que acababa de descubrir, una curiosidad, que gane el mejor, parecía estar diciéndome. Yo me sonrojé, algo que no me ocurría desde hacía años; bajé la vista, la fijé en las fotos y seguí hablando con Joana, con voz un tanto temblorosa a partir de ese momento.

Evidentemente, como era de esperar, él se mostró detestable durante la cena, y yo no pude evitar pensar que se comportó de ese modo por mí, para demostrarme que deseaba perder, que quería que ella le odiase, para echarme una mano; era ridículo, pero sus maniobras me desconcertaron; realizó múltiples alusiones que solo yo podía captar, tal vez mi imaginación añadió un granito de arena a mi confusión, pero en un

momento dado empezó a hablar de una reciente adaptación cinematográfica de *Madame Bovary* de la que hablaba todo el mundo e insistió en mi parecido con el actor que representaba a Charles y añadió, como si tal cosa: sé muy bien que tú preferirías parecerte a Rodolphe.

Cuando se fueron, me sentí a un tiempo triste y colérico; Aude, como solía ser su costumbre, analizó los gestos y las frases de Yuri, y llegó a la conclusión de que estaba al borde, a punto de sufrir algo grave.

Está buscando autodestruirse, dijo Aude. Y esa clase de hombres arrastran consigo hasta el fondo a los que tienen cerca, aunque solo sea para tener un espectador.

14

Hay navajas que se abren en la noche, en lo más profundo del corazón de los sueños. Cuchillas que centellean en lugar de las estrellas. Nos estremecemos, apenas podemos gritar, paralizados por un miedo sin objeto, un sufrimiento infantil, sin razón, amenazados por aquello que, durante el día, dio la impresión de ser un incidente sin consecuencias para la psique, un accidente de ensueño; hecha un ovillo, acalorada, ella suda y gime. Está desnuda sobre una mesa de mármol, en una gran sala vacía alicatada en blanco; un bisturí le abre el tórax, sin que ella pueda gritar; clava la mirada en las manos enguantadas del cirujano, en sus gestos precisos, como ha visto hacer en miles de ocasiones; la carne se va separando como por arte de magia, limpiamente, a lo largo de la línea negra trazada junto a su seno, y ella sabe muy bien qué va a suceder, paso a paso; qué extraño que esté desnuda, le duele mucho el costado izquierdo, ha adivinado por qué le están operando, tiene miedo, siente que se está desangrando por todas partes, y el cirujano no parece darse cuenta, sigue maniobrando, con precisión y paciencia, mientras ella pierde sangre, siente cómo gotea encima de la mesa, contra el suelo, cómo es posible, por dónde estará sangrando, él vuelve el pecho del revés como si se tratase de un guante, expulsa un fluido amarillento, es pus y grasa, y se mezcla con la sangre y corre sobre la mesa hasta llegar a los canales tallados en el mármol, siente un gran dolor, quiere salir corriendo, pero está clavada a la mesa, querría gritar, pero no puede hacer otra cosa más que observar, paralizada, cómo su cuerpo se vacía, cómo todo huye, al

tiempo que las manos del médico, tranquilas, calmadas, siguen abriéndose camino por su tórax, y es ella misma, a pesar de ser consciente de que es del todo imposible, quien le tiende el instrumental, las cánulas que la vacían, los metales que la traspasan, con una sonrisa, divertida por el tamaño del absceso, por la forma de la glándula que ha retirado, hinchada, violácea, estriada de vasos sanguíneos exangües.

Cuando despierta en la oscuridad del camarote todavía tiene miedo; ha de tocarse todo el cuerpo con las manos y encender la luz para ahuyentar poco a poco la angustia, e incluso entonces su corazón tarda mucho en calmarse.

Se levanta y acerca la cara al ojo de buey. Hay algo carnal y también un deje de descomposición en el aire, tal vez olor a flores, o tal vez se trata del olor de pescado muerto del río mezclándose con el perfume agridulce de un barco cargado de piñas.

El pavor se desvanece. La lucecilla roja que descubre a través del ojo de buey la hipnotiza y vuelve a dormirse.

Cuando viajamos, ¿qué vamos buscando?

Ella comprueba, se ausculta, escucha un rato, se palpa, pero nada. Si permaneciese muy atenta, tal vez podría sentir un ligero dolor. La sangre no tarda en convertirse en una obsesión. Su llegada, su retraso, su silencio; se pierde haciendo cuentas, con la mano sobre el vientre. Sabe que se está engañando, aunque espera no estar engañándose. Es imposible, hay tantos factores: el cambio de clima, de costumbres, el exilio, recuerdos que dan la impresión de estar sembrándose, fecundando; un desarreglo normal y pasajero, enfermedad, problemas mentales, gravedad, las posibilidades son innumerables. En la resplandeciente mañana, nota los pechos aplastados contra el colchón por el calor en la espalda, ¿es posible que estén hoy

más hinchados que ayer y por eso se sienta así? Quién sabe. Se refugia en la ducha para desprenderse de cualquier resto de la pesadilla nocturna. Se lava todavía adormilada. Moja su largo cabello enredado, y a pesar del olor a agua estancada, con toda probabilidad bombeada directamente del río, se demora un buen rato en ponerse el champú, en aclarar el pelo, observa el reflejo de su cuerpo de piel tostada en el espejo del lavabo, su cuerpo firme y delgado, y a ella le parece hermoso así, bronceado, cuando ha adquirido ese bonito tono suyo, color de animal, de jungla.

Por el ojo de buey puede apreciar que el barco no deja de moverse. A estribor, el costado en el que se encuentra su camarote, puede ver que el agua forma pequeñas olas. Es temprano, las siete de la mañana, y el sol golpea ya contra el metal del casco. Tiene hambre. Un poco. Necesita un café; sube a cubierta. No se cruza con nadie ni en el pasillo ni en las escaleras. Por suerte, no hay señal del indeseable segundo de a bordo que le enseñó su camarote y que recibió a los pasajeros en cubierta.

Todo el mundo está en la parte de atrás, sentados en las sillas de plástico o apoyados en la borda; por babor, la costa no es más que una franja de sombra brumosa. Hasta la noche, si no recuerda mal el programa, no harán escala en puerto alguno. Pide un café y una empanadilla grande en la cafetería, el camarero es más bien tosco y de pocas palabras. Ella se sienta en una mesa cerca del agua, bajo un toldo que da algo de sombra, y sonríe a solas ante la magia de ese desayuno, al aire libre, en medio del Orinoco; un largo barco cargado de mineral se desliza a su lado, a unos pocos metros de distancia, y unos minúsculos pájaros negros hacen piruetas encima de la cubierta para conseguir las miguitas de pan que los pasajeros del barco les tienden. Nadie se acerca para importunarla, nadie perturba su soledad; es una pasajera como otra cualquiera, y la orilla,

todavía lejana, se aproxima poco a poco para mostrar sus prados.

15

La primera vez que abres un cuerpo vivo, tranquilamente tumbado, profundamente dormido debido a la magia de la anestesia, los músculos destensados por el veneno; la primera vez que incides con el bisturí con delicadeza, como en una caricia, sobre la línea negra que delimita la zona de intervención y que ves cómo se abre y se retira la carne para dejar a la vista el ordenado caos de las vísceras; la primera vez que no hundes ya el torpe escalpelo en un muerto sino, con extrema precaución, emocionado, en un ser todavía vivo, bajo la mirada condescendiente, también él emocionado por ti, de un profesor paternal, cuando por primera vez ves latir las venas y las arterias ante tus ojos y procedes a apartarlas, a alterar ese orden, esa perfección rosada, para centrarte en lo que hay que reparar o extraer, sin dudar, sin temblar, se crea un extraño vacío en tu interior. No piensas en nada, controlas los gestos que has visto, observado y repetido mentalmente; incapaz de hablar excepto para pedir un instrumento, desapareces tras la carne, te sumerges, y cuando sales del cuerpo, una vez termina la misión y tiras los guantes, sientes como si recuperases la consciencia, y sientes como si durante media hora, una hora, hubieses sido un actor, una máscara, otra persona, piensas en lo que acabas de hacer, por primera vez, y sientes vértigo: lo he hecho, ya está, pero no he sido yo, me siento más ligero, y durante mucho tiempo tendré esa sensación de alteridad, de regresar a mí mismo como le sucede al paciente después de la operación, hasta que el sentido de la práctica vaya penetrando en mí y, poco a poco, la emoción primera vaya siendo

sustituida por la rutina de la experiencia, pero ese ya no seré yo, será un hombre más viejo acostumbrado a todas las técnicas y todas las dificultades, otra máscara, que se hará pesada, farragosa, y cumplidos los cincuenta, el aburrimiento sustituirá a la pasión sin que yo pueda comprender cómo fue posible llegar hasta ese punto, pasar de la increíble emoción primera a la hastiada indiferencia propia de un triste fontanero.

De este modo, finalmente, la rutina del hospital varió un poco. A pesar de entenderme a la perfección con mis colegas, no les hablaba más que de medicina, o sea de todo y de nada, como suele hacerse con los compañeros de trabajo, donde en gran medida, después de diez, quince años de práctica, los demás se convierten en desconocidos tan familiares que casi los echa uno de menos durante las vacaciones, esclavos como somos de las caras, las voces y las horas pasadas juntos. Entre Yuri y Joana, yo alimenté la dulce ilusión de que mi relación laboral por fin pasase a ser otra cosa, pues los simples comentarios sobre el estado de tal o cual paciente o la horrorosa comida del autoservicio, o las quejas y los gemidos constantes del personal (mucho más difíciles de soportar, a la larga, que las de los pacientes), se veían compensados por los cinco minutos en los que bajaba a tomar un café con ella, habitualmente a solas, pues Yuri, después de unas cuantas semanas, no se dignó más a acompañarnos. Ambos, tanto él como ella, aparecieron en mi vida en el momento adecuado; el placer, la novedad que supuso el nacimiento de mi hija fue difuminándose, pasados diez años, en la cotidianidad, y los cincuenta, a pesar de las cosas que me ofrecían, ciertamente me parecían la edad de la plenitud pero, sobre todo, la edad del aburrimiento, de una media tarde interminable.

Joana se surtió de mi biblioteca. Durante los meses siguientes a que nos conociésemos, ella leyó casi todos los libros que yo tenía. Los leía, los comentaba y me los devolvía, con una

pequeña nota manuscrita en la que anotaba sus impresiones. Yo escogía entonces otra novela de mis estanterías y, a mi vez, redactaba un breve comentario que dejaba entre las páginas de la obra antes de prestársela. El diálogo que se instauró de ese modo estuvo amañado desde el principio; yo escogía libros que pudiesen tener un doble sentido, con la esperanza de que ella pensase en mí al leerlos; intentaba guiar su lectura hacia mí. Hacia mí, o sea hacia el deseo que yo quería que sintiese por mí, esos libros, estaba convencido, atesoraban lo mejor de mí, que los había leído queriendo haberlos escrito, y habían hecho de mí quien yo era más incluso de lo que podía haberlo hecho mi propia madre; si bien había sido ella quien me los entregó en su momento. Pero Joana no se percató de nada. Me daba las gracias, escribía algunas reflexiones; yo notaba cómo su gusto iba formándose poco a poco, tan parecido al de Yuri: a veces, al leer algunas líneas de sus comentarios, yo descubría frases, expresiones de Yuri y lo imaginaba por la noche, en la cama, con la novela ya sobre la mesita de noche, aleccionando a Joana sobre Onetti o Vallejo, que él no había leído en absoluto, y se me llevaban los demonios. Escogía en esos casos una novela absolutamente diferente, de aventuras, por ejemplo, de Monfreid o Kessel, y redactaba mi comentario. Hablaba de viajes, del mundo, del peligro, del mar, etcétera, para mostrar mi lado más encantador, más aventurero. En el fondo, lo que yo deseaba era escribir un relato en el que ella fuese la protagonista, sin esconder ni un ápice de mi deseo. Una confesión que a mí me gustaba pensar que ella no entendería, como la heroína del soneto de Arvers, no se reconocería; ella jamás imaginaría lo inimaginable, así que, tanto por pudor como por cobardía, los poemas secretos (qué vergüenza) que le escribí o las primeras líneas de esa novela quedarán lejos de su alcance, sin que ella llegue a saber nunca nada: me contentaba dejándole las palabras de otros, por fases, los libros de aquellos

autores que me resultaban más queridos, aquellos que me resultaban más íntimos, aquellos que reflejaban con mayor fidelidad quien yo era.

Yuri jugaba al gato y al ratón. Desde su torre de marfil, yo sabía que él había adivinado mis tribulaciones, y apreciaba su mano tras los pretenciosos comentarios de Joana, buscando llegar a mí. Se mostraba distante, más irónico que nunca; en un principio pensé, ingenuamente, que se sentía celoso, por su parte, de mis tentativas de seducción a pesar de su escaso peligro. Supuse mal; no eran celos lo que sentía si no una curiosidad malsana, creo que le divertía imaginar mi incomodidad, mezclada con cierta extraña depresión en la que le veíamos sumergirse cada vez de manera más frecuente; el alcohol y la tristeza que le invadían me dolían porque suponía que, al menos en parte, yo era responsable. Cuando nos cruzábamos, él no perdía la ocasión de hacer algún comentario asesino: ¿dónde está Joana?, podía preguntar, por ejemplo, con una sonrisa; o más directamente aún: ¿cómo van las cuestiones amorosas? Y se me hacía tremendamente difícil no sonrojarme ni embarullarme, e imposible responder en condiciones, con una sonrisa, como él; tan solo podía balbucear un «eh, no lo sé» mirándome los zapatos para no tener que alzar la cabeza y observar aquellos ojos que, con cada día que pasaba, parecían más hundidos, pues cuanto más adelgazaba más cadavérico parecía, inmenso fantasma flotante dentro de la bata. A la segunda pregunta respondí: «Aude está bien, gracias», con un tono por completo forzado, y cambié de tema; él no insistió más, se limitaba a tirar la piedra, eso es todo, se centraba después en el programa de su jornada laboral, en los palos que alguien se esforzaba por meter en las ruedas, en la incompetencia de este o aquel, en no sé qué máquina sobre la que había leído algo en una revista, o en los resultados de tal o cual técnica, antes de irse a cumplir con sus obligaciones. Yo

tenía miedo de que le hablase a Joana de mí, de que le dijese: ¿no has notado nada? Era un dulce temor, porque en el fondo yo deseaba que ella lo descubriese, finalmente, de una vez por todas, yo quería que aquel juego adolescente acabase con un desenlace lógico: que ella viniese a verme un día enfadada pero al mismo tiempo feliz, halagada, y me dijese: alguien me ha dicho que has dicho que sientes algo por mí; como en el instituto, pero no tardé en descartar esos bobos pensamientos. El juego de Yuri era mucho más complejo y nos sobrepasaba a todos, era una afrenta a su inteligencia imaginar que él podría hacer algo tan vulgar como ponerme en evidencia, perdiendo así el potencial interés que representaba para él esa situación.

Era víctima de esos enrevesados razonamientos a mi pesar. Desaparecían en cuanto atravesaba la puerta de mi apartamento, donde ya solo quedaba Joana, difusa, lejos de la creciente locura de Yuri. Ella se reflejaba en todas las actividades domésticas, así como en el cuerpo de Aude, por la noche; la presencia de ese espectro de deseo era discreta, era una sensación que había olvidado hacía mucho tiempo, pero que un perfume anodino o un gesto aparentemente sin importancia me obligaba a recordar, y me empujaba irremisiblemente a encerrarme en mi estudio buena parte de la noche, a solas con mis páginas, para dejar constancia de mis fantasmas y tocarla, como ahora, mucho tiempo después; la rozo con la tinta, hoy, y la escritura es seguramente el único medio que tenemos de estar juntos, de llegar al otro, puedo ocupar su lugar, verla, hacer que se vuelva bajo mi mirada, e incluso, como un inquietante gólem, sacarla del lodo del río para atraerla hacia mí, interrumpir el viaje en el que ella me ha olvidado, sin duda, y que tanto me la recuerda.

La traigo a mi memoria, en una larga carta que es como un espejo, que es una ilusión en el mismo sentido en que imaginaba la caída de Yuri o los sentimientos de Aude: a dos

pasos de mí, ella duerme tras este tabique, duerme tras el tabique sin imaginar, con los dos pies bien plantados en sus certidumbres, que yo socavo, en sueños, la tierra sobre la que ella se mantiene en pie, que Joana en mi interior es como un árbol recién plantado.

16

El día antes de su partida, este mismo café que está ahora tomando en el barco, cerca del río, lo tomó en la librería, en compañía de Elías por última vez. A pesar de que su relación es reciente y superficial, esa mañana hay emoción en el aire, cierta tensión en sus palabras; Elías, cabello blanco, sonrisa dulce y tierna, parece menos hablador que de costumbre, y ella, a pesar de que no le afecta especialmente su separación (¿por qué tendría que afectarle?), siente un poco de vergüenza por ese deseo incómodo que seguramente quedará para siempre suspendido en el aire entre ellos. Como para romper prematuramente un objeto muy frágil al que el tiempo o un torpe movimiento cualquiera acabará dando fin, consciente tal vez de que está a punto de perder algo, Elías se pone a hablar de la vida de san Pedro Claver, con pasión y énfasis, y ella no logra entender cómo es posible que un rojo, un izquierdista como él lo fue durante su juventud, alguien que estuvo en todas las revoluciones, se interese por ese santo evangelizador de esclavos; busca una clave, un sentido a esa pasión oculta, pero no encuentra nada. Con el libro en la mano, le cuenta: imagina, le dice mirándola a los ojos, imagina Cartagena como la capital, por decreto real, del tráfico de esclavos, de ébano vivo, proveniente de Angola, Guinea, de toda África; cada año fondeaban allí una decena de barcos cargados de negros, de negras, y de negritos. En cuanto el buque llegaba a puerto, los negros que todavía podían ponerse en pie después de un mes de travesía descendían los primeros, convencidos de que iban a abatirlos en cuanto pusiesen el pie en tierra, convencidos de

que habían hecho aquel largo viaje para morir; todos creían que el color rojo de la bandera de la corona había sido pintado con sangre humana. No los mataban al instante. Los vendían cuando aún estaban a bordo, por lotes, a las explotaciones mineras y a las plantaciones. En la bodega de los barcos dejaban a los enfermos y a los agonizantes: los remataban antes de quemarlos junto a los que habían muerto durante la travesía; muertos de miedo, de disentería, de infecciones, de fiebres o de mareo; quemaban aquella carne sin alma en un rincón del arsenal, allí donde calafateaban los galeones, porque el olor del alquitrán y de la pez, creían ellos, purificaba el aire de las pestilencias.

Elías le muestra los grabados del libro. En una explanada estrecha, en el corazón de la ciudad vieja, se alza una iglesia de pequeñas proporciones, de piedra ocre, con fachada barroca, sencilla, flanqueada por un edificio blanco; al fondo de una nave oscura, el altar mayor custodia las reliquias del santo. El claustro es un patio grande estilo caribeño pintado de blanco, con arcadas, invadido por árboles inmensos que ofrecen una agradable sombra; con el libro en la mano, ella contempla los troncos finos y claros de las palmeras, las plantas trepadoras, retratadas con todo lujo de detalles por el grabador.

Elías acerca su silla, casi la roza; ella capta su maquinación, pero no se aparta, tal vez para no ofenderlo.

–Lo ves, observa ese pozo, en medio de la imagen. Era ahí donde nuestro santo bautizaba a los negros. A miles. En su calidad de misionero, sentía auténtica pasión por ellos. También fue el primero en subirse a los barcos para dar la extremaunción a los agonizantes, en el infierno de las bodegas, donde fallecían acristianados. Después bautizaba a los vivos. En cadena, nunca mejor dicho; él les entregó un alma, algo que podían perder al morir, se hacía entender por gestos, con miradas, no sé bien cómo, oficiaba la eucaristía en latín, y los

hacía comulgar uno por uno, ahí, cargados de cadenas como estaban; se dedicaba a ellos en cuerpo y alma, era su misión, los negros se iban, entraban en el Nuevo Mundo por la puerta grande de la Iglesia, y a aquellos que no podían irse les ayudaba a morir. Jamás he visto una empresa más inútil, debían de pensar los negreros, bautizar a un contingente de negros moribundos. A los esclavos de la ciudad les enseñaba el catecismo, con ayuda de intérpretes, les hablaba de la salvación, el destino y la liberación del alma, san Francisco predicaba a los pájaros y san Pedro predicaba a los esclavos, y es precisamente por esa absoluta locura, por ese absurdo, por lo que creo que mereció ser canonizado, como Las Casas con los indios, aunque este no tenga derecho por falta de milagros y por ser dominico. ¡Imagina qué inmensa locura la de ese jesuita bautizando a negros! ¡Los indígenas, pase, pero de los negros ni hablar! A los miles de hombres y de mujeres que llegaban cada año de África para servir a los colonos, les ofrecía, en cuanto desembarcaban, el regalo de la religión: vosotros que estáis vivos y sois paganos como bestias salvajes, moriréis como cristianos al igual que los animales domésticos; tal vez los negros pensaban que el bautismo era como otra cadena de hierro. Sin embargo, no ha habido nadie más absurdamente desinteresado que ese misionero, nadie más terriblemente sincero. Mira, esta era su casa.

Otro grabado. Elías se inclina. Ella siente su agradable perfume, su encantadora voz. Están hombro con hombro.

La construcción contigua al claustro es en realidad la pequeña vivienda del sacerdote, su misión. Ella imagina el interior, el olor a cera, mezclado con algo de especia, clavo tal vez, y alcanfor.

–Fíjate bien –prosigue Elías– como quisieron preservar la sobriedad del lugar.

Los muros encalados de blanco, un pequeño crucifijo parece

perdido en medio de un gran corredor.

–Galería de retratos y recuerdos.

En una doble página, los cuadros de la época muestran al santo bautizando a esclavos encadenados, atendiendo a los leprosos, catequizando a los negros en la misión con la ayuda de intérpretes.

–Mira su cara. Fíjate, era un hombre guapo.

Es un retrato agradable, como un icono, de pequeño tamaño, en el que solo se le ve la cara; lleva bonete rojo y le envuelve una luz dorada. Sobre sus hombros un hábito negro, y sus ojos oscuros miran con firmeza, ligeramente hacia abajo, hacia los hombres.

–Cuánta determinación y dulzura en esa imagen. Puede sentirse su seria locura y su compasión, tan palpable que casi puede tocarse. Yo lo imagino en su pueblo natal, en Cataluña, leyendo la *Leyenda dorada*, igual que san Ignacio, antes de embarcarse hacia las Indias desde Tarragona. Él besaba las llagas purulentas de los esclavos, o eso decían, y cuando no podía reprimir un gesto de rechazo, de asco ante una atrocidad, se castigaba y podía escucharse durante toda la noche los latigazos que se autoinfligía con pasión. Mira su habitación. No es más que una celda.

Otra imagen: una estancia cuadrada, blanca, una cama negra, casi una jaula de hierro forjado, una silla, una cruz y nada más; la foto procede del pequeño museo que le han consagrado en su convento.

–Ahí es donde se disciplinaba. Dormía poco. Bautizaba a los niños moribundos en las bodegas de los barcos, recorría el campo para evangelizar a los esclavos, los curaba, ¡qué gran hombre, qué locura! Vienen de todas partes para adorar sus reliquias, sus huesos, su cráneo, *memento mori*, esclavos –suspira Elías antes de tomar con delicadeza, como para cerrar el libro, la mano que ella ha dejado sobre la página, y la

sorpresa, la suavidad de ese contacto a ella le provoca un breve escalofrío que él interpreta como un movimiento de rechazo, soltándola de inmediato, como si no le hubiese cogido los dedos entre los suyos.

17

Durante mucho tiempo, mi hija lloraba todas las noches antes de dormir.

Empezaba gimoteando, suavemente, con su aguda vocecita, después tenía hipo un rato, antes de empezar a llorar, de gritar cada vez con más fuerza, acabando por bramar a pleno pulmón, con auténtica desesperación. Quería que fuésemos a su habitación y la tomásemos en brazos; temía el negro abismo de sueño en el que estaba a punto de desaparecer, y luchaba con todas sus fuerzas, apretando sus minúsculos puños, para permanecer despierta, para alertar, para taladrar el corazón de sus padres, quienes, finalmente, iban a buscarla, echando por tierra toda su resolución. Enjugábamos las lágrimas de angustia que le corrían por las mejillas y acallábamos sus gritos de dolor, de puro terror, pues la noche se inclinaba y la empujaba hacia el vacío, de un modo cada vez más desgarrador, ella no comprendía por qué la dejaban sola frente a una noche que la invadía en cuanto cerraba los ojos, todas las noches lloraba antes de dormirse y esas insufribles llamadas a nuestra humanidad, ese dolor universal que nos conmovía, esa pequeña cosa frágil gritando en la oscuridad nos obligaba a precipitarnos, vencidos, a reconfortarla, tomarla en brazos un rato y cubrirla de besos que no podían sofocar su tristeza, pero empezaba a llorar en cuanto la dejábamos de nuevo en la cama, con más fuerza, debido precisamente a nuestras caricias, que no hacían sino retardar lo inevitable, haciéndole desear aún más estar en unos brazos que acababa de perder, ese recuerdo feliz apenas desaparecido, tan presente como la

oscuridad, convirtiendo entonces ese balanceo hacia la noche en una tortura, yo oía sus gritos, ella lloraba por nuestra injusticia, sin entender por qué, ritualmente, la abandonábamos justo en el momento en que más nos necesitaba, solo porque tenía sueño, cuando era el sueño precisamente lo que le atemorizaba.

Aude, a pesar de sus conocimientos, de su experiencia con niños, sufría tanto como ella, tal vez más incluso; daba vueltas, recorría el apartamento cubriéndose las orejas, dubitativa, se volvía hacia mí, desamparada, incapaz de pensar con claridad, ella podía comportarse de manera racional con sus pacientes, entender, actuar y decidir de modo lógico, pero en casa, ante el llanto diario de Ilona, era incapaz, igual que yo, de adoptar una conducta razonable, de decir: la vida es así, los bebés tienen que aprender a dormirse, no podía resignarse a abandonarla, como ella decía: no puedo abandonar a la niña, sufre, voy a cogerla, y corría a la habitación y se detenía ante la puerta, dudaba, me miraba, me preguntaba cuánto tiempo llevaba llorando, permanecía unos segundos alelada antes de entrar y de arrepentirse, una vez Ilona se calmaba en sus brazos, de haber fallado una vez más al meterla en la cama, con los rastros de las lágrimas aún en las mejillas y los labios temblorosos.

Una noche, en esa época en que Ilona lloraba tanto, estando en el hospital me fijé en la cara de una chica, de pasada, y durante un segundo, dejé de ser yo mismo, en medio de una tormenta de gritos y dolor incomprensible e inaceptable, al observar la cara de la chica accidentada creí ver el rostro de mi pequeña hija, llorando en su cama, y en mi interior se trazó un vínculo. Sin embargo esta chica ya no era tan niña, debía de tener al menos quince años, un camillero iba empujando aquel cuerpo ensangrentado, con el casco todavía puesto, no sé por qué yo estaba ya allí, no sé por qué me fijé en su rostro y en su

mirada, tan solo a medias consciente, cuando alguien le quitó el casco, estaba allí por otro motivo y eché a correr en busca de mi instrumental, ella también me vio, sé que me vio, sé que me vio, sin mi mascarilla, y pensé en mi hija, que lloraba por las noches, porque era el momento del llanto, ella me vio mirarla a los ojos, y en cuestión de quince segundos todo estaba preparado, todos estábamos listos; parecía haber salido bastante bien parada, estaba extrañamente consciente cuando llegó, no había fractura de cráneo, ni hemorragias ni perforación, nada de eso, te pondrás bien, pequeña, ya verás como te pondrás bien, el metal penetró en varios sitios, el cuádriceps derecho, nada especialmente grave, y tenía múltiples heridas abdominales, no recuerdo quién estaba conmigo, un anestesista supongo, Nivelle, para la fractura, la tibia se le había salido tres centímetros, lo más urgente era la hemorragia interna; algo no iba bien, la tensión, el pulso se desvanecía, y me alteré; el pulso, la tensión, vi la arteria tocada justo delante del receptáculo renal, y pensé que había tenido suerte de llegar al hospital tan pronto, rápido, vamos, transfusión, colon perforado, te pondrás bien, el pulso, la tensión, sangre por todas partes, compresa, compresa, yo no veía nada, me debatía, te pondrás bien, vi cómo el hígado perdía líquido bajo mi pinza, el sudor me nublaba la vista, pero te pondrás bien, el pulso, la tensión, los estridentes pitidos del monitor, el golpe había dañado el lóbulo posterior, yo no había visto nada, cómo era posible, fue el anestesista el que me agarró del brazo, lo recuerdo perfectamente, fue el anestesista el que me agarró del brazo y me dijo: se acabó, no hay nada que hacer, se acabó. Pero yo no le entendí, creo, le dije que la reanimásemos, con las pinzas aún en la mano, y él, con la mascarilla bajada hasta el cuello, me mostró el abdomen abierto, miré, vi alejarse al anestesista, vi el monitor apagado, los enormes destrozos, muy reales en ese momento, imaginé su

escúter clavándosele literalmente en el vientre, una pared sin duda, un obstáculo muy duro, el choque solo podía tener un desenlace, pero es la hora del llanto de mi hija pequeña, me toca ejercer de padre, ella tiene seis meses, ella tiene quince años, me quito la mascarilla.

Me quito la mascarilla y me siento, teniendo mucho cuidado de no cruzar la mirada con nadie. Estoy aturdido, vacío, como después de una prueba de velocidad, con un pedazo de mí mismo abandonado en un cuerpo extraño.

18

Ella podría evocar otros cuerpos, más cercanos, más íntimos, que conoce a la perfección, pero bajo la sombra ardiente de la tela tendida por encima de la cubierta donde ella está desayunando, en medio del gran brazo del Orinoco, lo que ocupa su espíritu es el contacto furtivo con la mano de Elías; el libro estaba cerrado, lo recuerda muy bien, con total precisión, y está segura de que le tomó la mano y luego la soltó; él cambió de tema, se entusiasmó hablando de contrabando, tráfico de esclavos y de otras cosas, después de servirse una taza de café (ella comprobó la hora, todavía tenía tiempo por delante), el contrabando, aquí, es una tradición, le dijo. Este puerto existe gracias a él, los contrabandistas son nuestros maestros y nuestros héroes. Todas las familias adineradas, las que poseen esos hermosos edificios en el centro, donde han vivido desde siempre, y todos esos que se pasan el día en los antros y las tabernas de los barrios más populares, solo esperan una cosa: un cargamento sospechoso, una misión, un pedido. Tú pensarás que el contrabando va unido a la droga, a la marihuana, la coca…, pero no solo es eso. Hoy en día, es cierto, la mayor parte de los asuntos tienen que ver con la droga. Pero el contrabando es, antes que nada, un modo de vida. Se trafica desde hace siglos, con las islas, con países vecinos, y se ha pasado de todo, por tierra y por mar: alcohol, armas, tabaco, café, toda clase de objetos, joyas, plata, piedras preciosas, incluso ganado se ha pasado a cambio de nafta o petróleo. Es un modo de vida. Se canta sobre las historias de contrabandistas, se crean leyendas. Los niños sueñan con

persecuciones bajo las estrellas para librarse de la aduana, con combates por un cargamento, con códigos de honor. Aquí, solo hay tres cosas que puedan hacerte rico y famoso: el deporte, los toros y el contrabando. Nuestros héroes, le dijo. El juego consiste en engañar al Estado, al poder y a la ley. El placer de la oscuridad y la frontera. La independencia, la individualidad y cierta nobleza legendaria; en realidad, hoy en día no hay nada de noble en el contrabando, no tiene nada que ver con la tradición; los pequeños contrabandistas independientes casi han desaparecido, no quedan más que las organizaciones, más o menos importantes; se ha convertido en un negocio como otro cualquiera, pero el espíritu sigue presente. En el imaginario.

Aunque, como es lógico, en uno de esos barrios de chabolas del este que se amontonan unas encima de otras como moscas sobre la mierda, no tienen ni idea de todo esto. No tienen ni idea de nada, lo único que quieren es sobrevivir, con los pies en el lodo, en medio de inundaciones y de sacerdotes; la mayoría de ellos llegan del interior. Es otra cultura. De ahí salen delincuentes desesperados, de esos que son capaces de matar por cuatro dólares o por una pulsera que les parece de oro. Los tiempos cambian y también el proletariado criminal. Esa clase de hombres son desechables. Se ha pasado a la era industrial, los artesanos desaparecen y los beneficios se han hecho gigantescos. Las familias de traficantes son más ricas que el propio Estado, disponen de ejércitos, aviones, helicópteros; son otra cosa. El progreso, supongo. Lo oscuro a plena luz del día, la frontera desplazada.

Para nosotros ya no queda gran cosa.

19

Nuestro hospital reproducía los mecanismos y las disfunciones, sorprendente ironía, de los cuerpos que curábamos, al tiempo que tenía sus propias infecciones y creaba sus propias enfermedades; la gangrena roía poco a poco los viejos pabellones donde quedaban relegados los convalecientes menos «tecnológicos», los viejos, los que estaban en rehabilitación; un hospital es un organismo, si no se reforma, envejece, y los médicos, las enfermeras y los celadores envejecen entre sus paredes; y la administración, los directores formados especialmente, los contables, las secretarias, ese cerebro incapaz de detener el envejecimiento, la fatiga, gestiona la decadencia del conjunto lo mejor que puede, hasta que llega un día en el que alguien propone que se destruya, que se cierre, que se reconstruya una de las alas, alguna sección obsoleta. Nuestro pequeño mundo está en plena decadencia, y el señor Benoit, el director, es capaz de fingir «la calma y el entusiasmo de los grandes capitanes cuando el barco se hunde», según palabras de Yuri. El señor Benoit aprecia las frases enérgicas y las imágenes fuertes: es necesario que recuperemos la especificidad, dice, él fue el que organizó los seminarios sobre infecciones nosocomiales de las que la prensa empezó a hablar, inventó los recursos, se batió a brazo partido con la administración, los sindicatos, el estamento médico, los enfermos, la universidad, los contables, con gran inteligencia, sin descanso; era su hospital, puso en marcha líneas de reflexión, *task forces*, trabajos en grupo, formaciones, siempre con una sonrisa en los labios; la hospitalización a domicilio, la

telemedicina, he aquí el futuro, era su lema; se libraba de muchos pacientes, al menos en cierto sentido, la idea era buena, pero ponerla en práctica, ¿no era acaso tirar piedras contra su propio tejado? Recuerdo una tumultuosa reunión (¿por qué nos reunimos?, ¿cuál era el motivo?) en presencia de los jefes de servicio, de toda la dirección, en la que el señor Benoit desplegó sus artes diplomáticas para que todo el mundo quedase contento, los médicos –incluido yo– no comprendimos nada, aferrados a nuestras prerrogativas, a nuestro caduceo como si la vida nos fuese en ello, nuestra misión es muy clara, curar y formar, y también lo es nuestro estatus. Todos hicieron oídos sordos, todos sin excepción. Las grandes palabras, una tras otra, los nombres de divinidades antiguas, Facultad, Asistencia Pública, Independencia, nuestro mundo se desvanece, pensé, somos como los últimos paganos de Alejandría, agarrados con todas nuestras fuerzas a Hermes, sin entender que su universo se esfuma, desaparece para siempre; alzados en lo alto de la escuela del prestigio, de la medicina impecable y de los antibióticos, somos incapaces de entender el universo, encerrados en un sistema de pensamiento que ya no enraíza en la realidad. Nuestros dioses ya no nos escuchan, como les ocurrió a los últimos sacerdotes de Isis en Philae, sin fe y sin fieles.

La sensación de desmoronamiento, sordo, inconsciente, afloró en nuestros gestos, en el temor, difuso, de las complicaciones posoperatorias, en la angustia secreta de los resultados de los antibiogramas, en el anuncio de la programación, de las permanencias, en el desasosiego y agotamiento de los jóvenes médicos residentes, para los que el deseo de aprender, el entusiasmo, se iba diluyendo con cada día que pasaba, llevándoles a soñar con practicar la medicina en una ciudad de provincias, hacia el sur, donde posiblemente se morirían de hambre al principio, pero no por mucho tiempo,

y podrían disfrutar del sol. Esperan que pase el tiempo, decía Yuri, como lo esperan los que hacen el servicio militar. Quién podría reprochárselo, educados durante años para seguir a un profesor de sala en sala, por oleadas, por remesas, apelotonados a su espalda en el quirófano, o frente a una pantalla de televisión cuando eran demasiado numerosos, en el marco de la pedagogía de la imitación y la memorización heredada del siglo XIX; en el botiquín bien vigilado de la facultad, hay muchos potes pero poca mermelada, decía Céline. ¿Qué más se puede añadir a eso?

Yuri sufría, era un caballero herido, un cruzado de la Jerusalén en ruinas, entregada a manos de los infieles. Era ajeno a cualquier clase de reivindicación, ya fuese salarial, de horarios o de lo que fuese; para él, era la administración la que tenía que solucionar los problemas, él estaba allí para operar y curar, esa era su misión, y poco (o nada) le importaba que el salario, a alguno de sus colegas, como Imbert, le pareciese ridículo: me estoy planteando dejar el hospital, en serio, esto es explotación, nadie cuenta nuestras horas, pero siguen pagándonoslas igual, te aseguro que si encuentro una buena clínica diurna dejaré la Seguridad Social y volveré a ejercer por mi cuenta, si la cosa sigue así no podré pagar la hipoteca de la casa de Normandía, francamente no sé cómo os lo montáis Aude y tú. Para Imbert, Yuri seguía siendo joven, alguien que conservaba «el fuego sagrado», un idealista, un izquierdista, pero a todo cerdo le llega su san Martín, como él decía, y ya verás cuando tengas nuestra edad, ya verás qué pensarás entonces. Yuri no pensaba nada. Su familia disponía tanto de dinero como de segundas residencias; precisamente él creía que la medicina era lo opuesto al dinero y a las ganancias, se basaba en la filantropía, la bohemia, por oposición a sus hermanos y primos, todos ellos ingenieros, banqueros, incluso dudosos caballeros de la industria, dispuestos a utilizar su

nombre y su origen para reconquistar la Rusia perdida, participando en consorcios petroleros gestionados por vulgares oligarcas que olían a ajo y a vodka.

El sentimiento de deterioro, de abandono quedó fijado en su propio cuerpo: adelgazó, se le hundieron cada vez más los ojos, despreciaba cada vez más a sus colegas, a las enfermeras, a los auxiliares de enfermería; no los comprendía. Incluso Joana había renunciado a explicarle las reivindicaciones, el malestar que se había extendido como una enfermedad de la piel por toda nuestra institución: el hospital se estaba viniendo abajo, le salían sarpullidos, úlceras que se abrían por todas partes, y se pudría al mismo tiempo que lo hacía Yuri; por eso no era extraño preguntarse cuándo tendría lugar el acontecimiento un poco más grave, el golpe del destino, que acabaría tumbándolos a ambos.

Para Yuri solo había tres soluciones posibles: si eras una persona iletrada, no comprendías nada, permanecías en la oscuridad, y al igual que un ciego solo podías recorrer el camino que te señalaban, sin entenderlo y sin poder apartarte jamás de él; si eras leído, comprendías y tenías conciencia, en ese caso la ilusión, la ausencia de sentido que observabas cada día a tu alrededor acababa matándote, te corroías poco a poco como le sucedía a él. O bien comprendías que las falsas apariencias y las convenciones burguesas tras las cuales te escondías no eran más que una dulce protección, ilusoria aunque necesaria, contra la desesperación y la locura del mundo de los ciegos, y te sacrificabas entonces por el bien común, manteniendo el triste equilibrio que requería tu edad; como en mi caso. Yuri creía saber; había visto, en los cuerpos abiertos de los enfermos, en los ventrículos, las válvulas reparadas, las arterias; había entendido, en las plantas de oncología, entre los niños desafortunados a los que nada podía consolar de su sensación de abandono y de soledad, en los ojos

aterrorizados, abiertos como platos hacia un fin para el que no estaban preparados, perdidos en el limbo, llorando, y no podía escuchar a aquellas personas lamentándose de su dolor de cuerpo y alma sin pensar, sin sentirse trastornado por cierta verdad, por la absurda rueda de la naturaleza, como aquella que el hámster hace rodar sin comprender, hasta el agotamiento, y es el ruido de esa rueda en la jaula lo que le impide dormirse durante la noche; esos animales corren sin objetivo alguno, él los cura durante el día, los devuelve tranquilamente a sus vicios, a su mundo dominado por la necedad, sin que hayan alcanzado a ver parte de la verdad, los devuelve a su pobreza de espíritu, a su mundo atrofiado, con la cabeza siempre agachada en mitad de la oscuridad, y ellos regresan, para Yuri vuelven porque todos se parecen, son como sombras, la una tras la otra, absurdas e idénticas.

Para él, la única solución era separar el cuerpo del alma de los pacientes, olvidarlos, hablarles como si estuviesen ausentes: entonces, ¿cómo se encuentra usted esta mañana? ¿Está mejor? Balbuceaba las preguntas y no escuchaba las respuestas; no sentía más que desprecio por la inteligencia de aquellos a los que operaba, solo le interesaba su silencio mientras duraba el efecto de la anestesia, cuando estaba solo, inmerso en su minucioso baile con sus corazones, y él les explicaba de mala gana lo que les había hecho, lo que iba a hacerles, a esas personas que él observaba desde la posición de un dios cruel y misterioso, equipado con el balanceante cetro que era el estetoscopio. Muchos se quejaban: oiga, este médico no es nada simpático; nada hablador. Para él, el contacto, la palabra era dominio exclusivo de las enfermeras, de los subordinados, porque entendía que interesarse por los aspectos humanos, psicológicos, por las contingencias de los enfermos era algo humillante, algo que degradaba la perfección de su ciencia y su técnica.

Esa tendencia, que todos teníamos, una afectación típica del hospital, él la llevaba hasta el extremo, hasta el paroxismo; sin darse cuenta, siempre buscaba ir más allá de la soberbia, del desprecio que sentía por las personas que curaba, para adentrarse en el saber y la abstracción de la carne, y esa tensión imposible entre el continente y el contenido del alma, ese irrealizable olvido de lo humano le sumía en una inevitable desesperanza, una terrible frustración en todo momento. Él solucionó esa cuestión fundamental que todo médico (sobre todo los cirujanos) tiene que afrontar tarde o temprano, prescindiendo de una de las premisas; en el fondo, él reflejaba, en términos absolutos, las dificultades del hospital, pues llevaba hasta el absurdo la lógica de la institución y, al igual que esta, se dejaba arrastrar tranquilamente hacia el fin, con una tenacidad y un extraño resentimiento. En ese viaje le acompañaba Joana, y a mí se me hacía extraño comprobar cómo el colmo de la humanidad, de la atención y la empatía que ella representaba se sentía fascinada por su contrario, por algo que era justamente lo opuesto: un hombre torturado por la voluntad de rechazar lo humano, no solo en sí mismo, sino también en los otros. En este mundo no hay más que mentiras y mezquindad, ironía e ignorancia, decía él. La contradicción de la medicina es encontrarse en medio de la más absoluta realidad y la más absoluta ironía, por eso precisamente me apasiona. Él quería llegar a lo más profundo del cuerpo, abismarse en el conocimiento, en el saber de todos los saberes, era una contradicción morbosa y cada vez más evidente: cuanto más trabajaba, más desgraciado se sentía, y cuanto más desgraciado se sentía, más deseaba trabajar.

Él quería dedicarse a causas humanitarias no por el factor humano, sino porque eso le aportaría anonimato; en sus imaginaciones se veía como Larrey, el cirujano de Napoleón, metido en una tienda, en un hospital de campaña, amputando

un brazo en doce segundos y una pierna en tres minutos, entregado por completo a su trabajo, a tratar con pacientes que no eran sino extraños, víctimas más o menos alejadas, debido al exotismo y la tragedia, de cualquier clase de realidad, en disposición así de permitir el advenimiento de la pura cirugía, el gesto absoluto. Imaginaba poder encontrar en las misiones humanitarias (guerras, terremotos, cataclismos diversos) una liberación total de las contingencias, no solo de la administración, de los colegas, sino también de los enfermos: la distancia que impone una lengua diferente, una cultura diferente, le libraría finalmente de toda posibilidad de comunicación con unos cuerpos que se convertirían en objetos puros, operados encadenados como relataban en *Relato histórico* y *quirúrgico de la expedición del ejército a Oriente*, uno de sus libros de cabecera. Lejos del confort y la tecnología del hospital, perdido en un desierto o en un pueblo en ruinas, en una especie de monasterio quirúrgico, pensaba poder alcanzar la felicidad, curarse por fin de la frustración continua que suponía para él nuestra práctica urbana. Creía que se curaría huyendo, hundiéndose en las heridas, desapareciendo, que atravesaría los misterios, que tocaría la verdad con los dedos.

Aude estaba segura de que la conducta de Yuri ocultaba una herida muy profunda, un problema serio relacionado con su madre, con esa pretensión propia de los psicoanalistas, convencidos de que nada ni nadie escapa a sus teorías: la enfermedad de Yuri no podía ser metafísica, aseguraba ella con cierto dogmatismo, tiene que estar relacionada con sus padres, con su familia, con su historia, y lo afirmaba según un psicologismo que a él le habría hecho reír por su ingenuidad.

Aude, sin embargo, estaba en lo cierto cuando hablaba de la relación con los suyos, pues él no tenía una familia fácil; por decirlo de un modo amable. Su madre era una falsa princesa y una auténtica alcohólica, su padre un gran hombre de negocios,

abogado que se enamoró de una bailarina neurótica, según Yuri, padre por dos veces de un matrimonio anterior, que vivía en Biarritz, en una magnífica villa rodeada de hortensias y tamarindos, lugar aborrecido de su infancia que Yuri tenía pensado convertir, si llegaba a heredar la casa, en apartamentos de veraneo para proletarios embrutecidos; una especie de revancha. A pesar del prestigio de su profesión, para su familia Yuri era poco menos que un fracasado más bien inquietante, un pobre, un «poeta». Aunque hacía pocas confidencias, me había descrito detalladamente, con ese ácido humor que le caracterizaba, las comidas familiares, los primos, las absurdas conversaciones; si la riqueza puede comprar la inteligencia, decía, mi familia tiene tal déficit que ni con toda su fortuna podría subsanarlo.

Yo no podía evitar compararme (tal vez fue esa una de las razones de nuestra inmediata amistad), y encontraba afinidades con mis propios padres, con mi padre sobre todo, el buen doctor de una gran familia de terratenientes de los llanos, al que los pobres acabaron provocándole el infarto que le mató, durante el Caracazo, el motín y el pillaje que arrasó la capital: aquel día de febrero, con ochenta años, no soportó ver su ciudad en manos de las hordas bárbaras, los necesitados, los indigentes, a los que durante toda su vida había dado limosna, los comunistas, toda aquella ralea que había descendido de los cerros saqueó los almacenes de lujo y los supermercados, entre gritos y expresiones de júbilo, y él murió días después, incapaz de soportar ver destrozado su mundo de prosperidad burguesa, un mundo en el que los miserables habían sido bien adiestrados, bien domados; ver en la ruina a su país patricio, provinciano e ilusorio, le dio el toque de gracia, él, que había sobrevivido a la larga muerte de mi madre y a mi marcha, que fue, según me dijo, uno de los golpes más duros de su vida, a pesar de que su amor por mí no fue precisamente tierno,

porque mi exilio le privó de la presencia de algo así como un heredero de sus funciones de amo, de propietario, de médico y de político; me fui, dejé atrás América entre otras cosas para escapar de la rigidez de un destino que alguien había trazado para mí, la notabilidad, las tierras y la política de la asamblea de oligarcas que cada veinte años jugaban a asustarse, a dejarse dominar por un dictador más o menos ajeno a la élite, a poner el grito en el cielo, un nuevo rico, un nuevo rico, un populista, un militar, un rojo; pero ellos seguían siempre en el poder, en mayor o menor medida, por una vía o por otra, acelerando la decadencia del país con políticas económicas absurdas que únicamente satisfacían sus intereses, y a un tiempo, a corto plazo, provocaba la ascensión de otro autócrata, así de sencillo, en un triste movimiento circular que parecía infinito y que me empujaba, desde la adolescencia, hacia el hastío y la fuga. Que Aude se cruzase en mi camino no hizo sino precipitar la fuga sin duda inevitable. Pero Yuri no acabó de irse nunca; seguía convencido de que algún día las cosas cambiarían, conservaba un apego infantil a su familia que su inteligencia adulta se negaba a cortar; iba a ver a sus padres, periódicamente, para regresar a París cargado de un odio que le mantenía alejado de su familia, embotado, esclavo de la ilusión del deber filial, tan sabiamente inculcado, que no es más que una prisión afectiva.

Las últimas semanas, perdido en lo más profundo de sus contradicciones, empujó a Joana a mis brazos.

Tardé cierto tiempo en entenderlo, pero él se desenvolvía en esa clase de juegos con inteligencia y perversidad. Era una manera de humillarla sin que ella lo supiera, de enseñarme que sabía, que era consciente, como decía él, de que la gente (y especialmente ella) es ciega; él ya andaba perdido en otro mundo. Quería demostrarme con toda crueldad sus teorías,

desmontando el último punto de contacto que mantenía con el mundo y, al mismo tiempo, ayudarme a perder, a destruir las convenciones burguesas –el matrimonio, la fidelidad– que él tanto detestaba. Quería obligarme a admitir, entregándome lo que yo más deseaba, que todo era poco más que una absurdidad diabólica carente de sentido, que mi deseo, como cualquier otro asunto humano, señalaba hacia la pérdida. Tal vez también tenía la voluntad, de forma inconsciente, de hacerse daño, de sufrir, de jugar con fuego esperando en secreto chamuscarse. Manipulaba a Joana para que ella le torturase y poder reprochárselo, nos manipulaba a los dos para poder –literalmente– odiarnos. En cualquier otra persona, esa infantil actitud no habría producido más que patéticas maniobras; tratándose de Yuri, una persona inteligente y sutil, se convirtió en una trampa compleja en la que sus propias dificultades psicológicas, sus propias angustias metafísicas se transformaron en armas temibles. Todos esos momentos que pasé con Joana, en mi coche, en la cafetería o en el hospital, hablando de él pero pensando en ella, todos esos instantes en los que nos acercábamos el uno al otro, en los que nos unía algo parecido a la complicidad, los había provocado Yuri, deseados y activados por una crisis, una alteración. Él le sugirió que me llamase un día que se echó a llorar tras sufrir toda su rabia y, con el tiempo, siempre que él estaba demasiado borracho para levantarse de la silla, me telefoneaba: ven, me decía, tienes que ayudarme, y eso era lo que yo hacía, sin importar la hora que fuese, siempre. A Aude aquello le olía a chamusquina, no podía ser de otro modo, pues tenía la intuición de que acabaría mal; temía sobre todo por sus pacientes: ¿sigue operando, en ese estado? ¿Nadie le llama la atención? Yo respondía pacientemente que seguía siendo un cirujano brillante, que al entrar en el quirófano se metamorfoseaba, que todos opinaban lo mismo, que era un

artista, que podría haber operado durante horas sin parar, que contrariamente a lo que pudiese parecer era más eficaz que nunca en ese sentido, que los únicos errores, las únicas negligencias que cometía, tenían que ver con el trato a los pacientes, con los formularios y los dosieres, las recetas, pero jamás con un instrumento en la mano (y Joana no se separaba de él en ningún momento), nunca. Tenía la capacidad (o la locura) de abstraerse por completo cuando trabajaba con un cuerpo, y yo estaba convencido de que cuando operábamos varios cirujanos a la vez más encantador se mostraba, más gracioso, preciso y feliz, y solo se dejaba entrever su lado sombrío o su agresividad cuando salía del quirófano.

Joana sufría tanto como él; me propuso que tuviese una larga charla con Yuri para convencerle de que se tomase un descanso, de que hiciese el propósito de curarse, pero Aude, que le había sondeado discretamente durante una cena en nuestra casa, me dijo que eso sería perder el tiempo, que a menos que ocurriese un grave accidente él no haría nada por cambiar la situación, que seguiría ese camino (era lo bastante fuerte) hasta tocar fondo. De todos modos, Yuri empezó a evitarme; quedábamos cada vez menos; no lo veía más que en caso de urgencia, cuando estaba tan borracho que se ponía violento, cuando le daba por tirar discos o libros por la ventana y Joana me llamaba llorando; yo llegaba como la caballería, a las dos o las tres de la madrugada, y Yuri me insultaba, me acusaba, entre otras cosas, de ser un intelectual burgués; soltaba discursos sin pies ni cabeza sobre el sentido de la vida: mentiras, mentiras, decía, mira lo que hago con estas mierdas, mira Ignacio, todo son mentiras, las cojo y las rompo, a tomar por saco, no son más que restos de excremento, y me la sudan, y yo lo veía en ese estado, con los ojos rojos, temblando, babeante, y a Joana, que también temblaba con los ojos bañados en lágrimas, y yo a mi vez tampoco podía evitar

echarme a temblar, intentaba calmarlo, y aunque no podía hacer gran cosa, él acababa cayendo agotado, tumbándose en su sofá y durmiéndose. Yo tomaba entonces a Joana de la mano o por el hombro, y esa era mi recompensa, por eso había recorrido toda la ciudad en plena noche, para estar cerca de ella, y en la intimidad de mi coche intentaba convencerla de que le dejase, de que no volviese a casa de Yuri, de que pusiese fin a esa historia. Tengo miedo de que se haga daño, respondía ella, tengo que estar ahí, me necesita, pero cuantos más días pasaban más sentía que ella se estaba cansando, que me telefoneaba a menudo para hablar de otra cosa, para charlar, me proponía que quedásemos para comer, y si Yuri venía con nosotros, su presencia se nos hacía cada vez más distante. A veces parecía disfrutar de instantes de lucidez, entonces le decía a Joana: lo lamento, sé que soy agotador, por qué no te vas al cine con Ignacio y su hija, te iría bien salir, yo voy a leer un rato, id a ver una película de dibujos animados, alguna de esas tonterías para niños. Sabía que a Joana le gustaba Ilona, que se llevaban bien, y que su madre, desbordada de trabajo, podía dedicarle poco tiempo; ella caía en la trampa; así pues, en una o dos ocasiones me encontré sentado junto a Joana dispuestos a ver una película de Walt Disney que yo ya había visto, con el corazón desbocado, rezando para que las maquinaciones de Yuri diesen resultado: sin embargo, él tenía razón, los hombres somos cobardes, no hice absolutamente nada, ni un simple gesto, me quedaba paralizado de miedo, hombro con hombro, en la oscuridad del cine.

20

Aquí, prosiguió Elías, aquí, dijo, en el fondo de esta bien resguardada bahía, si uno logra olvidar durante un momento la miseria de los hombres bajo las hojas doradas de las iglesias, puede llegar a creer que está en el paraíso. No te rías, tú misma, si estás aquí no es por nada, imaginaste las playas, los cocoteros, el clima, la ciudad vieja, las islas cercanas, el recuerdo de piratas y aventureros; son tantos los tópicos que te habrán llevado a decidirte a venir. Pues bien, para mí la cosa es al revés. Todos los paisajes de mi infancia, todas esas imágenes de mujeres con piel ambarina repantigadas en las tumbonas, igual que el aroma de los plátanos fritos y el maíz, todo eso, esa gran mentira cotidiana, se me hace ahora insoportable. La despreocupación de la música, del baile, del ron y de la pobreza me exasperan; la blancura de los barcos de recreo agota. Perdono al instante a los que roban a los turistas, siento indiferencia ante los navajazos, ante los fusiles, ante los asesinatos. Ya no me interesa la revolución, desprecio a los pobres y envidio a los ricos. Estoy cansado de todas esas esperanzas desperdiciadas, vertidas ahora en el contrabando, en la política, en la pequeña empresa o incluso en la literatura, y mientras tanto las semillas siguen sin enraizar. Lo único que somos capaces de fabricar aquí es odio: los pobres odian a los ricos, los burgueses odian a los pobres, el pueblo odia a sus dirigentes; la paz, mira por dónde, no es concebible, es un problema económico, y la maquinaria de la miseria se nutre de odio y de dinero; nadie tiene ganas de transformar nada realmente, y la única solución, el paraíso hacia el que todos

miramos es el norte, allí donde los traficantes sueñan con ir a traficar, los ladrones con ir a robar, los ricos con establecerse, los pobres con enriquecerse, un poco, sudando tanto como aquí, tal vez incluso más, siempre con esa pobreza de espíritu que les hace creer que se sentirán colmados si disponen de un metro cuadrado de césped bien cuidado. Creo que tú te has dado cuenta; no sé por qué me enfado de ese modo, tú no tienes nada que ver con todo esto, supongo que tienes tus propias razones, este país es amable y siento por él una enorme ternura, sí, amo sus paisajes y a sus gentes, la malicia y la imaginación de sus gentes y sus paisajes.

Ella le observa enfadarse. ¿Qué razón tiene para ello? Ella siente flotar en el aire, como un insecto, un extraño deseo; no sabe qué hará si él vuelve a tomarle la mano, o incluso si se inclina hacia ella y la abraza; después de todo esto ella se irá, se embarcará al mediodía sin saber qué ha motivado esa charla rarísima, deshilvanada, plagada de fantasmas de esclavos y de contrabandistas, aunque sí, confusamente, adónde pretende llegar él, a su boca, a sus manos, pero no entiende qué hará él ni tampoco por qué ella no se ha ido ya de la librería; tal vez por curiosidad, tal vez por amabilidad, tal vez debido a una ternura que acabará en cuanto se levante.

Voy a contarte una historia, le dijo él. Parece triste, de una tristeza dolorosa. Aquí, en este purgatorio, cada uno escoge su ruta. Tú que eres enfermera, que las serpientes te sirven de atributos, aquellas que Asclepios el sanador robó a Hermes, piensa que Hermes no es únicamente el mensajero, sino también el dios de los salteadores de caminos, y de los que trabajan por la noche, o sea los escritores y los contrabandistas. Es el que nos tutela a todos, aquí, lo frecuentamos cada día: el maleante que le roba a un automovilista la cartera después de meterle una bala en la cabeza, el traficante del callejón oscuro, el homosexual que aprecia la pureza en el acoplamiento de

iguales, enrollados como serpientes en la unidad original, el escritor, el poeta que va de la prisión al hospital, el santo, del monasterio a la locura, todos somos hijos de Hermes en la eternidad, condenados a recorrer el sendero que él nos indica. Tú me ves aquí, encerrado en esta librería, rodeado de mis poetas preferidos, Barba Jacob, Gómez Jattin, también ellos encerrados en el círculo de la droga y el amor, que no son sino las llaves adecuadas para abrir el alma, y tú que planeas sobre el mundo sin tocar nada, tú ves, escuchas sin entender, sin participar, ¿qué pretendes curar tú, en el fondo, qué haces aquí, con toda tu idiota juventud, aparte de vernos agonizar en los fuegos de artificio que dibuja el sol sobre el mar Caribe? Perdóname, he hablado sin pensar, no quería ser agresivo. Pero cuando hablo del santo suele soltárseme la lengua. Aspiro a la verdad. Hay algo turbador en tu joven presencia, algo fuerte, para mí tú eres una pasajera, estás de paso, pero haberte conocido, haber hablado contigo unos pocos días, construir un sueño en tu presencia sin carne, he hablado sin pensar, pero me habría gustado –sabiendo desde el primer día que era del todo imposible– que te quedases más tiempo, para intentar hacerte comprender el vacío que tú llenas, te veo tan perturbada que he intentado adivinar las razones de tu viaje, las causas de tu fragilidad, me gustaría curarme de la edad, conocerte mejor, y frente a esa voz que no cesa, esa voz que parece un murmullo, ella no sabe qué hacer, y tiene que esforzarse durante un buen rato para no hacerle callar con un beso, sellar sus labios o salir corriendo, huir, una vez más, huir de su indecisión, llegar hasta el barco que la espera, pero sigue ahí, con la taza en la mano para no perder la compostura, con los ojos clavados en la taza para no tener que mirarle, para no tener que afrontar el deseo, la ternura, la empatía de ese desconocido que está a su lado, sería tan fácil marcharse, y no sabe cómo romper el silencio, tan molesto, que aporta consistencia a esa especie de confesión:

en ese medio segundo en que él se muestra claramente, donde se da a conocer, la turbación se esfuma. Ella va a esfumarse, como suele decirse, se excusará pretextando la partida del barco; comprará un par de libros, algo rebajados, antes que la incomodidad se convierta en un peso, antes que su silencio resulte todavía más elocuente.

21

Y entonces, un día, mientras Yuri seguía tranquilamente su camino hacia el fondo, sin perder fuerza, sin desfallecer, justo tras llegar de las vacaciones (que había pasado en la residencia familiar en Biarritz, ciudad de burgueses y de rusos blancos), cuando ya habíamos vuelto los tres de vacaciones, tras hermosas y soleadas estancias en familia, Yuri rondando entre la Grande Plage y la costa vasca, sin hacer nada; yo en los Alpes, en la bonita casa aislada de los padres de Aude, mirando a mi hija correr por la hierba jugando a asustar a las vacas desde detrás de la valla; Joana en algún lugar en provincias con dos amigas, dando femeninos y tranquilos paseos por el campo, según dijo entonces; así pues, cuando nos encontramos de nuevo en el hospital, en París, abandonados, dejados solos en agosto como los perros viejos, abonados a las vacaciones del mes de julio por la pasión que sentíamos por París abandonada en el mes de agosto, un día, aunque había sucedido de manera progresiva, y a pesar de que había hecho calor en julio, llegó el auténtico calor. El calor había llegado para quedarse, según decían los hombres del tiempo; es normal, dijo uno de los conserjes del hospital, nuestra vox pópuli en los asuntos relacionados con la predicción meteorológica, el verano pasado fue tan malo que dábamos por hecho que el siguiente sería mejor. Este calor recuerda a 1986, no corría el aire, recuerda a 1914, a 1940, a los veranos de antes, a las canículas: en la radio escuché decir que la canícula es cuando los perros mueren, o sea cuando mueren a montones por la calle, de ahí lo de un tiempo de perros, que por lo general se refiere al

invierno, añadieron, es entonces cuando se dice «hace un tiempo de perros», eso es lo que ellos dijeron, pero ahora se trata de la canícula, del calor, no es invierno pero también es una mala época para los perros. Todo el mundo hablaba de ello, los auxiliares de enfermería, las enfermeras, el director, con el sincero placer de compartir las opiniones sobre el tiempo atmosférico. Lo cierto es que ese hombre rechoncho, sudoroso, simpático, afable y siempre maravillosamente respetuoso con todos los médicos que veía pasar, camino del aparcamiento o de los vestuarios, lo había previsto todo antes que nosotros; había previsto, como buen meteorólogo de estar por casa, la catástrofe: iba a morir un buen número de perros en las calles de la ciudad abandonada.

Poco a poco, la indolencia habitual de las jornadas laborales de estío dio paso a una ligera angustia, que en primer lugar fue como una presión, ciertos signos, presagios que podían leerse en un cielo desesperadamente azul, en incidentes que no tenían relación directa con nosotros: un exceso de trabajo en urgencias, bomberos irritados que llegaban diciendo «otro deshidratado más, y parece que la cosa va a seguir, porque mañana va a hacer más calor», pero nosotros, en el frescor de nuestros bloques climatizados, entendíamos esas predicciones como una especie de rumor, un murmullo a ras de suelo, sin darnos cuenta de que la temperatura también estaba subiendo tanto en las habitaciones de nuestros pacientes, de forma tan inexorable, que la enfermera jefe decía: «qué vamos a hacer, qué vamos a hacer, no hay ventiladores, cada noche perdemos a dos o tres, los asmáticos y los bronquíticos respiran fatal, incluso hemos tenido que atender una parada cardiaca de un paciente con prótesis de cadera, ¿qué podemos hacer?». Yuri decidió dejar a sus pacientes el máximo tiempo posible en las salas de reanimación, que estaban climatizadas, y poco le importaba tener que traer más camas; parecía un hospital de

campaña. Durante la jornada hacíamos rondas por turnos, con un ojo puesto en el termómetro, hasta que un día nos llamaron de urgencias: bajad, bajad todos, llegan más, el apocalipsis ha dado comienzo. Camillas por todas partes, por los pasillos, en las consultas, en las salas de espera, personas de edad considerable en su mayoría, pero también turistas que habían caído extenuados en la plaza de Tertre, niños a los que les subía la fiebre y a los padres enloquecidos no se les ocurría otra cosa que llevarlos a toda prisa al hospital más cercano, enfermos frágiles a los que el calor dejaba para el arrastre, muchos, muchos más pacientes que personal, de ahí que todos los que pudieron ausentarse de sus labores bajaron, entre otros Joana, Yuri y yo, y cada uno nos repartimos el trabajo para atender oclusiones intestinales, embolias, colocamos a alguien en la puerta para que seleccionase a los enfermos, separándolos entre urgentes, muy urgentes y extremadamente urgentes, la irritación de los bomberos crecía por momentos, intentaban refrescar a la gente en la calle, con las mangas de agua, con cubitos de hielo del bar de la esquina, todo el mundo perseguía fantasmas: al parecer van a traernos ventiladores, al parecer van a traernos hielo, al parecer van a poner en marcha un plan de emergencia para llamar a todos los que están de vacaciones, al parecer esta noche lloverá. Los rumores acompañan siempre a las catástrofes, rumores de desastre, enloquecedores: alguien habló de diez, veinte, treinta mil muertos, y dijeron que el calor iba a prolongarse hasta septiembre.

El único que interrumpió sus vacaciones, de inmediato, fue el director; le avisaron por teléfono y vino a organizar el entuerto, a gestionar el desorden, y se puso a los mandos de una nave partida por la mitad que iba perdiendo su carga de cadáveres por las entrañas, con las bodegas hasta los topes; en urgencias no se cabía, y como la ventilación era insuficiente imperaba el olor a sudor y muerte, y la morgue, en la morgue los cadáveres

ya no cabían en las cámaras frigoríficas y se extendían como una marea negra. Se oía decir: nadie sabe ya dónde meter los cuerpos, te lo aseguro, baja y echa un vistazo, no te lo podrás creer, los de pompas fúnebres no vienen a buscar a nadie porque no dan abasto, no pueden enterrar tan rápido; Yuri propuso quemarlos, como en las epidemias medievales, y utilizar la morgue para los pacientes, pues después de todo era el lugar mejor refrigerado. Qué ironía, los únicos que podían disfrutar de un ambiente fresco eran los cirujanos y los muertos; a veces, cuando la fatiga se hacía insostenible, estábamos tentados de decirles a los pacientes que cuanto antes se muriesen, antes estarían un poco más frescos: nosotros también teníamos calor, también estábamos extenuados, debido a la pena y a la impotencia.

Una semana, una semana casi completa sin dormir, eso era lo que nos esperaba. Yuri, arrastrado por su feroz bulimia de actividad, releyó *La peste* en sus descansos; daba la impresión de sentirse feliz, hablaba de Rieux y de Orán, literalmente parecía «desbocado», estaba en todas partes, pasaba horas y horas en urgencias con los médicos residentes, auscultando, diagnosticando, distribuyendo, ayudando sin descanso, después subía para operar, visitaba a sus pacientes y volvía a bajar; conversaba con los bomberos y los conductores de ambulancia, se fumaba varios cigarrillos seguidos en la plaza y retornaba al trabajo, una y otra vez. Joana parecía temer algo, lo cierto es que Yuri, y era lo mínimo que podía decirse, no parecía el mismo de siempre; aunque al menos no tenía tiempo para beber. Una noche, después de cenar unos bocadillos en la ilusoria frescura de una terraza en la calle Abbesses, habiendo Yuri rechazado la invitación a acompañarnos, pues prefería seguir trabajando, ella me confió su inquietud. Cualquiera se daría cuenta de que su comportamiento no es normal, me dijo, no parte de una auténtica voluntad de ayudar, de una auténtica

pasión por su labor; cualquiera comprendería que lo que busca es caer rendido, enterrarse en el trabajo para ocultar su angustia y su malestar, para soterrados también, transformarlos en algo productivo u olvidarlos, simplemente. Yo siento algo por él (esa frase me obligó a volver la mirada con desagrado, aunque solo durante un segundo), y cada vez noto más ese desfase; es imposible estar con él, me dijo, y yo noté un resto de dolor en su voz; tenía necesidad de que alguien la escuchase. Él no quiso ir conmigo de vacaciones, y me dijo con un terrible desprecio: «anda, vete al campo con tus amigas, menudo rollazo», y eso que bien sabe Dios el horror que le producen (al menos eso es lo que él dice) Biarritz y su familia.

Yo conozco demasiado bien a esas grandes familias burguesas, le dije a Joana, como para no entender la mezcla de fascinación y repulsión, la imposibilidad de huir de lo que te destruye; yo puse el Atlántico entre mi familia y yo precisamente por ese motivo, sin ser verdaderamente consciente de que se trataba de una huida, y Yuri tendría que hacer lo mismo, en un sentido u otro. Yo quería que la conversación se centrase un poco en mí, que se apartase un poco de Yuri; me comía a Joana con los ojos, llevaba un vestido de tirantes muy sencillo, de color vivo; sus brazos desnudos tenían un tono mate, eran delgados y frágiles, su larga cabellera morena remarcaba, como el marco de un cuadro, el rojo carmín de su boca.

El calor, obsesivo, me llevó a pensar en ciertas noches lejanas y a rememorar mis amores de juventud; la mesa de ese café en Montmartre y la presencia de Joana eclipsaban todos los problemas de la jornada, como si su única función hubiese sido la de crear ese instante de fatiga extrema en el que todo se mezclaba: el deseo, los recuerdos y el aire de la noche. El alcohol empezó a relajarnos hasta llevarnos al borde del adormecimiento. Joana, sin embargo, no paraba de hablar,

cada vez con más brío, y sonreía; la noche había logrado alejar el hospital, y también a Yuri; poco a poco ella lo fue olvidando, o al menos así me pareció; sonreía, me hablaba de sí misma, de sus vacaciones, del gran placer que entrañaba caminar, lejos de todo, y encontrarse en medio de colinas verdes y de la tundra del Aubrac, con las vacas y los toros pastando en libertad, obligando a los caminantes a desviarse ante la visión de sus afiladas cornamentas, y las cabañas de montaña en las que, a pesar de las elevadas temperaturas, ella y sus amigas, según explicó, se pusieron las botas de puré de patatas con queso fresco fundido, plato típico del Aubrac.

El hospital nos concedió un momento de tranquilidad; yo quería olvidar, así que cuando nos trajeron otras dos cervezas, de mi mente desapareció todo excepto su mano, el puño junto al cual posé mis dedos, sobre el falso mármol tibio de la mesa, y eso que la suya era una mano fea, de uñas mordidas, con las últimas falanges embutidas y la piel un tanto ajada. Su mano magullada parecía propia de una persona más vieja, y contrastaba con la finura, la juventud de su muñeca, en la que resultaban visibles las venas azuladas antes de perderse en el nacimiento del brazo. Tuve que controlarme para no acariciar con la punta de los dedos esos vasos sanguíneos, para no reseguirlos ligeramente hasta llegar al codo y después a lo largo del bíceps hasta el hombro, para no remontar el curso de su sangre y llegar hasta su corazón, que latía bajo aquellos minúsculos senos.

Creo que la miré con tal fijeza que dejé de escuchar sus palabras; las sofocantes estrellas ascendían para tomar al asalto el cielo nocturno.

22

El barco se acerca imperceptiblemente a la orilla, una línea verde bajo unas nubes convertidas en sombras. Ella se sorprende pensando de nuevo en el librero, sin duda esa necesidad de contacto, ese dejarse ir propio del viaje, del desplazamiento del alma hacia otro estado, la liberación, la renuncia a ciertos recuerdos, ciertas proximidades, reclama otros vínculos al cabo de bien poco. El cuerpo es lo más infiel que existe, intenta saciarse, llenar sus vacíos –carente de origen, de matriz– mediante otros lazos, otras plenitudes siguiendo el impulso ciego, siempre, de volver a empezar de forma ininterrumpida, de reencontrarse para detener, durante un tiempo, la destrucción y la decadencia entregándose a sí mismo y al olvido, y en este navío mecido dulcemente por los remolinos, por las corrientes, imagino a los esclavos en las bodegas, enfermos, amontonados unos sobre otros en sus oscuras jaulas, temblando y vomitando en la oscuridad, antes de renacer al dolor de la doble luz, la del sol y la del bautismo, del Nuevo Mundo. Y yo a qué renaceré al final de este río, a un nuevo trabajo, a una nueva vida en São Paulo, en Río o en Lima, a un hijo al cual encomendaré la misión de mantener la ilusión, de sobrellevar el curso de los acontecimientos, al que me consagraré, que proseguirá –ocupando mi lugar– la desordenada aventura que yo retomé de mi madre, borrándome a su vez, apartándome del mundo poco a poco hacia el exilio, lentamente, como es bien sabido, en las arenas, los huesos que se transforman en ópalos, los cuerpos abandonados en la tierra se convierten en su riqueza, tras un incalculable periodo de

tiempo en reposo, con paciencia, y las esmeraldas o el ámbar que se encuentra bajo los sedimentos son la prueba de ese paso de la memoria al oro, en la putrefacción, y mi exilio ni será en vano ni será glorioso, me mezclaré con el barro del Orinoco y encontraré mis raíces, como suele decirse, no otra cosa que un campo de ruinas fértiles donde crecen las piedras preciosas, lejanas y anónimas, surgidas de la mezcla humana. Eso es lo que yo veo en mi vientre, una ternura infantil que cura, que salva de la soledad irremediable del cuerpo, y le da sentido, finalmente, si es que tiene sentido algo más allá de ofrecer su peso al mundo, su masa a la tierra, un eslabón, un instante anterior a las convulsiones universales de la nada hacia la nada, ofrecer mis caricias –como mi madre, como su madre antes que ella– a esa fragilidad, esa debilidad del ser que tan rápidamente se olvida cuando somos adultos, y que volvemos a recobrar cuando alcanzamos la vejez o estamos agonizando, más tarde: yo las he visto, las he acompañado, carnes dolientes, carnes tumbadas atendidas por hombres en pie, esa humillación constante del cuerpo tumbado en el hospital, donde se inclinan sobre ti, sobre tu caso, y tú desposeído de una gran parte de ti mismo entregado a las manos de otro cuerpo, médico en este caso, que lleva a cabo su comercio y su gloria, y yo, con mis pacientes aprendí a guardar las distancias, a mantenerlos apartados de mí, a curarlos de forma mecánica sin cuidarlos, a pesar de las confusiones y los afectos, inevitables, que se crean a veces debido al contacto de la mano de un hombre, en el secreto que encierran unos dedos apretados, a pesar del rechazo, del desagrado, del odio hacia esas carnes siempre tumbadas: algunas tienen la capacidad de sacarte fuera de ti, otras te conmueven, y tal vez es debido al miedo, el miedo a esas intrusiones por lo que elegí trabajar en quirófano, para reemplazar la voz de los pacientes por los pitidos de los instrumentos y el silencio de las vísceras,

rechazando así el peligro de tener que vérmelas cara a cara con la compasión. Ahora pienso, sobre este barco vibrante camino del oeste a toda máquina, que mi fuga dio comienzo hace mucho tiempo, de niña quería curar a los que me rodeaban, curarlos de una enfermedad que yo ignoraba pero que sentía por todas partes, y sin duda curarme a mí misma llenando el vacío a base de caricias, y esa carencia me llevaba a avanzar hacia los otros, para recibir a mi vez, mediante su contacto, ese calor.

La tormenta la saca del ensimismamiento y de la contemplación del río, que ahora ha adquirido un tono verdoso, y parece correr más rápido, surcado por olas que, curiosamente, no levantan espuma. El barco se balancea y el diluvio que, de repente, se abate sobre la cubierta parece haberlo traído el viento directamente desde el propio océano; el perfume de la lluvia, salado y tibio, llega hasta su camarote, y sentada sobre el camastro, con la espalda apoyada en la pared, las rodillas dobladas, las manos cruzadas sobre el ombligo, escucha cómo la repentina tormenta se desencadena ahí fuera, golpea contra el ojo de buey y gimotea al tocar los obenques.

Mientras el barco danza sobre las cuchillas de agua, ella piensa en su vientre.

Ese niño, ella ya tiene ganas de dar a luz, y aunque no se atreve a hablarle, lo acaricia suavemente con los dedos. ¿Cómo entender su certidumbre? Cuando esté en Río o allí donde sea, se establecerá. Encontrará trabajo en una buena clínica, excelentes médicos se ocuparán de ese germen, de ese ser que crece en sus entrañas. Ella podría regresar a París. Curiosamente, echa de menos París, le gustaría entrar en su casa, ver si algo ha cambiado, pero ella está bien, aquí, flotando en medio de la tempestad sin tocar el mundo, como le dijo Elías. Se pregunta dónde se resguardarán las gaviotas

durante los tornados, tal vez permanezcan en vuelo con el pico al viento dejándose llevar por la tormenta. En París acaba el verano; una cara se le aparece y ella no la rechaza, al contrario, la detalla, la convoca en ese camarote donde la voz poderosa, el grito del viento parece llamar a los espectros. Cómo podría reprocharle algo, él no puede desear a otra persona más que a sí mismo, lo sabe desde que partió, ella le desea por sus heridas, sus temblores, esa esquina del alma, la frágil dureza del cristal, un hombre de cristal, nada más.

En su maleta, aparte de los libros y de la navaja, lleva una brújula, un pequeño compás de bolsillo que compró para seguir el recorrido del barco. Van en dirección oeste-sudoeste; el carguero mantiene el rumbo a pesar de la tormenta; se aproximan sin duda hacia la costa, pues en teoría esta noche deberían tocar tierra. Ella va a remontar el río hasta Puerto Ayacucho, después las cataratas seguramente le impedirán seguir navegando, pero allí habrá gente, buscadores de oro, contrabandistas brasileños en busca de ese precioso metal arrastrado por los ríos, Eldorado, el limo con el que se untan los caciques y, también, las joyas que ella va buscando: las novedades y los relatos que espera descubrir; su prima, sin embargo, la previno, le dijo: allí nadie sabe nada, tu padre desapareció, simplemente, como se suele desaparecer en esas regiones medio salvajes; cazaba caimanes, vendía sus pieles, quizá comerciaba con un poco de oro también, será todo lo que te digan, y el escandaloso silencio de la selva lo sepulta todo, acaso crees que después de tantos años podría ser otra cosa más que un nombre en el recuerdo de los vendedores ambulantes o los soldados.

América de corta memoria, igual que el largo río sobre el que ella se desliza, a contracorriente de esas aguas turbias y tormentosas.

23

Yo la dejé en su casa: no sé si quiero entrar, me dijo mirándome, y yo sentí una gran opresión en el pecho durante un segundo, pero había entendido mal; se trataba de Yuri, ella no quería estar a solas con él. De repente, parecía al borde de las lágrimas, yo no entendía por qué, no alcanzaba a saber qué clase de influencia ejercía él en ella, qué había entre ellos, ni qué le esperaba cuando llegase a su apartamento. ¿Quieres que caminemos un rato?, le pregunté. No, dijo dubitativa, pero ¿por qué no subes conmigo? Me pregunto en qué estado encontraré a Yuri.

Joana le había pedido a Yuri que se esperase en su casa cuando él saliese del hospital. Era tarde, pasada la medianoche, tenía que haber llegado, calculé, no tenía ningunas ganas de irme, mi casa era el desierto, hacía mucho calor, la noche era magnífica, había bebido un poco, estaba bien con ella, así que subí.

Yuri estaba tumbado en el sofá, boca arriba, con un cigarrillo en la mano; tenía la vista clavada en el falso techo. No abrió la boca cuando llegamos. Estaba completamente ausente. No recuerdo qué le dije, pero él no respondió. Observé su cara, parecía haber llorado, aunque resultaba difícil estar seguro; tenía los ojos morados. Estaba muy pálido.

Joana se alteró, empezó a recoger el minúsculo apartamento: los libros, las cosas tiradas por todas partes, la cocina, me coloqué frente a Yuri, que seguía con la vista clavada en el falso techo.

–¿Te encuentras mal? –le pregunté.

–Ponte en mi lugar –respondió él.

Pensé que iba a seguir en silencio, y lo absurdo de su respuesta me sorprendió. No quise saber más. Hoy en día creo haber entendido; tras haber discutido horas y horas con Aude, confrontando análisis, es posible que empiece a entrever la verdad, el dolor distante, el duelo llevado a cabo, la posibilidad que tiene un hombre de abdicar de la razón, de decidir, de forma consciente, dejarse llevar por la locura, incapaz de responder a las preguntas que le acosan, y de precipitarse en el sufrimiento.

Yuri cerró los ojos durante un momento, muy fuerte, como si le hubiese entrado humo.

–Ignacio, volvamos a casa, ¿quieres? –me dijo.

Se puso en pie, sin añadir una palabra más, y se dirigió hacia la puerta, Joana le observó desde el umbral de la cocina, pero él no se volvió para mirarla.

¿Por qué la ha esperado, para irse?, me pregunté. Tal vez me esperaba a mí, quién sabe.

No tenía ganas de irme, pero me fui, bajé tras él, que descendía los escalones de cuatro en cuatro, como era habitual en él, me sentí molesto, sabía de sobra que nuestra amistad había muerto, no tenía nada que decirle, temía que hablase, sentía que él había distribuido las responsabilidades, una por una, entre todo el mundo, incluida Joana, que acabaría por llegar a sí mismo, que se escucharía, se juzgaría, que se apiadaría de su suerte y acabaría condenándose, como siempre, incapaz de salir del círculo, de romper la aporía, siempre topaba con el mismo escollo, escarbaba a su alrededor a ciegas para intentar encontrar un sentido, pero no encontraba nada, y a pesar de percibirlo cerca, a pesar de que ponía la vida en ello, acababa rechazándolo todo por su absurdo, y buscaba en otro lugar algo de luz, siempre un poco más lejos, siempre un poco más profundamente, buscaba una revelación que acababa

rechazando porque no creía en ella, a decir verdad era como un hámster metido en una rueda, no paraba de dar vueltas sumido en la oscuridad, y la conciencia no le servía para nada, ni todos los libros que había leído, pensaba yo, y aunque yo no fuese capaz de imaginar las circunstancias, sí entreveía la enfermedad en la que se estaba adentrando, y descendí las escaleras tras él, y me pregunté cómo había sido capaz de dejar tan fácilmente a Joana para seguirle, y durante un segundo tuve la sensación de que todo aquello ya había sucedido, todo lo que ocurría en el presente ya había tenido lugar, y que él era el maestro de ceremonias, el gran organizador, el coreógrafo ciego del ballet.

Una vez en la calle, camino de su casa (vivía en Batignolles, camino de la plaza Pereire), empezó a hablarme, como siempre, del hospital. De las válvulas que tenía que cambiar al día siguiente, de reparaciones y de aortas; de temperatura, de edad, de mortalidad, de la contaminación, de la noche; de la noche, de las estrellas y del calor. No hizo referencia alguna a su comportamiento, a su posición en el sofá, a Joana, a nuestra huida de su casa; hablaba tranquilamente, mientras caminaba, y yo empecé a buscar una razón para nuestra salida del piso, por qué nos habíamos ido, qué razón teníamos, por qué estaba allí, escuchándole, mañana volveré al hospital, me dije, a atender a mi contingente de viejecitos, a las diez tenía una operación difícil, después ya vería, no quería tener que pensar en todo ello en ese momento, de haber montado en taxi, en cinco minutos habría llegado a casa, qué idiota había sido al salir tras él y echar a andar, nos aproximábamos a la plaza Clichy, los turistas subían y bajaban de los autobuses, entraban y salían del Moulin-Rouge, en quince años yo no había estado allí una sola vez, fue curioso que pensase en ello justamente en ese instante: en quince años no he estado nunca en el Lido ni en el Moulin-Rouge, unos lugares tan parisinos que realmente

no están en París, están en otro lugar, de hecho, en un universo paralelo, y es ahí donde entendí, donde comprendí por lo que estaba pasando Yuri, intocable, intangible; así lo vi, le oía hablar pero no le escuchaba realmente, y él tampoco, él no podía tocar a nadie, únicamente cuerpos, con las manos enguantadas, no se acercaba a nada, no llegaba a ninguna parte, hacía grandes aspavientos con los brazos y las piernas sin resultado, era inmaterial, y era esa desesperada soledad de la sombra que lo estaba destruyendo, desde el otro lado de un muro de cristal, transparente, la que caminaba a mi lado absolutamente sola, definitivamente, y a mí me vino a la mente un poema de Tagore, Yuri seguía hablando, de corazones, ventrículos, by-passes, *intento despojarla con besos*, dijo Tagore, *pero no puedo llegar a su belleza* y *caigo*, Yuri quería hablar conmigo, yo lo sabía, lo había adivinado, me había pedido que saliese con él para hablar de Joana, para hablar seriamente de algo que le carcomía desde hacía unos cuantos días, pero era incapaz, por orgullo, ¿*cómo podría el cuerpo tocar*, de atravesar el cristal contra el que topaba una y otra vez, *aquello que solo el alma puede alcanzar*?

Dejamos atrás la plaza Clichy, y sabía que él no me diría nada; caminábamos en silencio; luchaba contra sí mismo, intentando en vano decirme, después de dejar de lado la verborrea médica, lo que yo había adivinado que quería decirme; quería hacerme partícipe de la decisión que había tomado solo unos días antes, camino de la destrucción; no llegará a nada, pensé; me despedí amablemente, seguí por el bulevar Batignolles y tomé un taxi.

Desamparado, me vio montar en el automóvil, y apenas murmuró un hasta mañana.

24

En su cuchitril agitado por la tormenta e iluminado por los relámpagos, cercado por la agobiante presencia de sus fantasmas, balanceado de derecha a izquierda al ritmo del agua, ella siente dolor de cabeza y náuseas. Recuerda haber leído en alguna parte que el mareo en un barco es el más terrible de los males, que enloquece a los marineros, que acaban tirándose al mar para librarse de él; debido a las salpicaduras que penetran por el ojo de buey y mojan el camastro, ella podría creer que se encuentra en medio del Atlántico, en las entrañas de una carabela cargada de esclavos; cuando llegue a la costa y salga de la oscuridad de la bodega, qué santo le estará esperando con la mano tendida, el mismo san Pedro Claver, san Cristóbal sobre los hombros de quienes cruzan los ríos, o Hermes, dios de los fugitivos y guía de las sombras, con las serpientes a sus pies, en la orilla, o bien los tres juntos: en el desembarcadero habrá un humilde mozo de carga negro, un aventurero gigantesco y amable y un capitán astuto, inquietante y de finos modales; tal vez también estarán san Marcos, san Jorge y san Nicolás, un noble, un guerrero armado y un comerciante, según la leyenda, libran de las tormentas, juntos, de pie sobre la tierra, haciendo frente al oleaje desencadenado bajo el cielo oscuro, vencen a la tempestad y a los demonios que amenazan con engullir la ciudad, que estará allí para acogerla; así pues, al igual que los esclavos, ella recibirá la cegadora luz del Nuevo Mundo y consagrará a las divinidades paganas que dejó atrás, a modo de ofrenda, el ser que lleva en su interior; lo elevará sobre el

recuerdo y el respeto de los desaparecidos; le leerá las vidas de todos los santos buenos; le contará historias, te contaré historias, me duele la cabeza y creo que voy a vomitar, en las entrañas de este barco, pero te hablo, a ti que te intuyo dentro de mi vientre, a ti que deseo que estés en mi vientre, cómo podría el porvenir estar ligado al pasado, sin embargo tú eres una cuerda que me ata al pasado, tú que todavía no has nacido, y sé, tengo la sensación de que no existes, que no existes más que en mi imaginación, lo sé del modo en que las mujeres (en ocasiones el deseo adquiere forma en el cuerpo) sabemos las cosas, sé que no eres más que la voluntad de un lugar, de una cuerda hacia el pasado, el deseo de una balaustrada, de una barandilla, de que la matriz tenga una utilidad, es así de sencillo: regresaré a las fuentes del Orinoco como lo hizo mi padre, contigo en mi vientre, me estableceré en un recodo del río como el que regresa, siendo adulto, a su infancia, a los cuerpos separados que tú has hecho nacer, recuperaré el origen desdoblado, y esa infinita ternura sin objeto que porto en mi interior, que desplazo de cuerpo en cuerpo, de hombre en hombre, encontrará finalmente su objetivo, su fin, su sentido, y me duele, me duele porque siento, sé que te veré desaparecer en el interior de una palangana de porcelana, entre manchas de sangre reseca y oscura, esa es la verdad, pero la historia que yo construyo para ti en este barco donde el balanceo me provoca la náusea, dolor y lágrimas, lágrimas de felicidad, de felicidad por recordarte aferrado en el interior de mi vientre, tiene que quedar algo de la conmoción que te creó, de las células que te compusieron, de las secreciones de las que surgiste, queda la narración que imagino, ese padre transparente, fino como una hoja, agrietado por el peso de los cuerpos que abre sin desvelar con ello misterio alguno, y ese otro padre soñado, tranquilo y amable, sabio, que te llevará a su lejano y encantador país, que te enseñará, te rodeará con sus brazos durante la oscura noche,

unos brazos que se negarán a morir, a desaparecer, y yo tampoco desapareceré, me aferro a este vientre, a esta brújula de bolsillo para orientarme, a esta navaja que guardo en el bolso para defenderme con ella de hombres y bestias, me aferro a pesar del dolor y del mareo en este barco que me lleva hacia el sur para volver a empezar, para renacer, para borrar, para dar comienzo otra vez, en una tierra desnuda y virginal, a mi existencia. Yo te perdí, yo te construyo, yo lucho por ti.

Bajo esta sábana abrasadora, envuelta en sudor, en la tormenta y rodeada por truenos y relámpagos, retengo entre mis brazos lo imposible, lucho, con la navaja a mi lado; cuántas veces habré pasado objetos cortantes para abrir, reparar a personas anestesiadas, cuántas veces me habré fijado en los pliegues de las máquinas mientras vibraban como vibra el motor de este barco, cuántas veces habré observado cómo unas manos cuidadosas tomaban el instrumental que yo les pasaba para pinzar, cortar, extirpar, cerrar, y ahora yo querría abrir esa misma cavidad del vientre justo por encima del sexo, me gustaría abrirla y encontrarte, seguir construyendo una historia, que crecieses al tiempo que lo hace el río, día tras día, y se quedase plasmada en tus genes, en tus rasgos, que algo quedase más allá de los simples instrumentos de metal que nos protegen, como la mascarilla que nos protege, de las agresiones que entrañan esos cuerpos tumbados, preludio de la desaparición, y a menudo me pregunto, cuando estoy agotada, confundida, adónde van todas esas personas cuando las están operando, dónde van cuando tienen el vientre abierto, hacia dónde se desplaza su voluntad, su consciencia, allí apagadas y colocadas sobre la mesa, a disposición del bisturí que yo le tiendo al cirujano, distantes de las risas, retirados de sus propios cuerpos por la rutina, la costumbre y el humor de un médico que ha olvidado a quién está abriendo, del mismo modo que el capitán del barco nos ve, entre los espejismos de

las orillas del río, en plena tormenta, como otro reflejo de su habilidad, de su trabajo, y los pasajeros que transporta junto a decenas de cajas son todos iguales para él, y yo soy del todo incapaz de verme, de verte a través de la piel, dejo que crezcas como un extraño deseando poder ayudarte, como intento ayudarme mientras remontamos este gigantesco río azotado por la tempestad, y las náuseas, el mal de río, este dolor de cabeza y todo lo que me llega camino del origen para curarme, para sanar en ti mi desastrosa partida, esa huida del hombre que iba por delante de sí mismo.

Intento discernir algo mediante la luz de los relámpagos entre las espesas lianas y el manto de lluvia, las orillas hacia las que me dirijo, pero no veo más que la oscuridad que me divide.

25

Durante los dos días siguientes apenas salí del hospital. El calor era impresionante, no recordaba haber pasado semejante calor en París, nunca, casi echaba de menos la suave altitud de Caracas o Bogotá, en la cima de un valle elevado, y cuando hablé por teléfono con Aude, a la fresca en las montañas, me dieron ganas de dejarlo todo e irme con ella; aunque el impulso no duró mucho; la siguiente llamada telefónica, de Joana, me devolvió de inmediato a la capital, donde los viejos y los enfermos morían en silencio. Debo reconocer que estaba más preocupado por nuestra historia, la de Joana, Yuri y yo, que por la canícula y, en el fondo, dejando de lado los cadáveres que nos traían los bomberos, el aspecto apocalíptico de la sección de urgencias, la falta de medios, de ventiladores, de climatización y de personal, en el hospital el índice de mortalidad no era tan alto: la hidratación regular, los cuidados y la vigilancia constante nos mantenían al amparo, en la mayor parte de los casos, de consecuencias funestas; los enfermos realmente frágiles, los operados, los que sufrían problemas cardiacos, estaban concentrados en las salas de reanimación, climatizadas. Y nosotros, los cirujanos, que ya de por sí éramos los privilegiados del centro, en esa situación lo éramos más aún: trabajábamos a la fresca, una frescura artificial ciertamente, pero era un lujo impagable, no sudábamos, podíamos respirar con normalidad, estábamos descansados, ajenos a la meteorología para poder concentrarnos en unas vísceras que, en la mayoría de los casos, siempre estaban a la misma temperatura. Tengo que confesar que yo operaba sin

ánimo, no podía dejar de pensar en Joana, patrullaba por el centro toda la mañana, sin atreverme a llamarla con alguna excusa fútil, y al acabar de trabajar, a eso del mediodía, tras echarle un vistazo al plan de trabajo, corría a su encuentro. Podía apreciar de inmediato que ella me estaba esperando, ansiosa, siempre por una razón diferente, con su camisa azul, guapa; en esa ocasión me preguntó: ¿hablaste con Yuri? Y esa terrible bofetada, a esas alturas, resultó insoportable para mí y no pude contenerme, qué Yuri, dije, frenándola en seco, intentando desvincularme del tema, violentamente, me dejé llevar y su cara se desencajó, dejó caer los labios, los ojos se le llenaron de lágrimas, al instante, y se fue. Se volvió y se fue, e Imbert, que pasaba por el pasillo, bronceado, recién llegado de sus vacaciones, majestuoso, sonriente, dijo: vaya, Ignacio, otra vez rompiendo corazones, déjale eso a los cardiólogos, lo nuestro son las tripas, viejo amigo, las tripas y el culo, y me guiñó el ojo con malicia. Me fui a rellenar formularios, en la calma de nuestro pequeño despacho, caluroso como un horno, pues el sol estaba en lo alto del cielo, visité enfermos y cuando fui a almorzar no toqué la comida, después bajé a echarles una mano a los residentes, el calor tenía loco a todo el mundo, había impuesto una especie de histeria desesperada, los pacientes tenían que esperar durante horas en las camillas, Yuri no estaba allí, había dado alguna clase de excusa, algo que yo no llegué a entender: los días anteriores se había mostrado muy excitado, y en el momento en que se le necesitaba no había venido, los residentes estaban desesperados, reanimaban sin descanso, trabajaban sin red, y más de un caso difícil acabó en deceso, los pobres iban a recordar esa semana el resto de sus vidas, una joven que acababa de llegar, no sé qué edad podría tener, veintiséis o veintisiete años tal vez, lloró como una loca en brazos de la secretaria, llevaba siete horas allí y ya no podía más, doblemente impotente, tenía que hacer frente al calor y a

su propia incompetencia, quedándose boquiabierta ante los errores y las torpezas que cometía y de las que se sentía por completo responsable, no podíamos hacer otra cosa que calmarla, así que la secretaria y yo le hablamos tranquilamente, como a una niña pequeña; ella no me conocía, pero mi insistencia en decirle que no pasaba nada, que a veces las circunstancias tomaban las riendas, tú estás haciendo tu trabajo, haces todo lo que está en tu mano, la consoló un poco.

Después, poco a poco, Joana empezó a copar mis pensamientos, tuve que excusarme, aduciendo fatiga, pues sentía el alma erosionada por el deseo, la frustración y el calor, que aumentaba a su vez el deseo y la frustración, la perspectiva de verme solo esa noche en mi apartamento, con la única compañía de mis libros, sudando y sin poder dormir, me llevaban a desear estar cerca de ella, era lo único que quería, a pesar de los irónicos comentarios de Imbert (cuando el ruso no está por aquí, bailan los ratones, dijo), así que fui a buscar a Joana a su vestuario. Me disculpé por lo sucedido a primera hora, ella sonrió y me dijo que no había sido nada, lo comprendo, dudó un segundo, ¿quieres que vayamos a tomar una cerveza como ayer? Le dije que sí, que cómo no, y después te invito a cenar, para que me perdones.

No fue algo premeditado, las ideas fueron surgiendo en el momento y, de ese modo, sentados tranquilamente en la misma terraza que la noche anterior, frente a unas cañas, charlamos de cosas sin importancia, de los turistas, de París en agosto, sin gran énfasis, abatidos como estábamos por una jornada de trabajo triste y por la temperatura, que todavía resultaba insoportable a pesar de ser de noche, yo solo tenía una idea en mente: cambiar de escenario y llevarla a un restaurante. Me fijé en que parecía triste, aunque no había dejado de esforzarse para hacerme creer lo contrario, yo sentía la sombra, las nubes tras su sonrisa, y de repente, porque estaba cada vez más

seguro de lo que ella esperaba de mí, le dije Yuri no me dijo nada, anoche, se contentó con hablar de banalidades sobre lo que iba a hacer hoy y que, finalmente, no ha hecho. Ella me miró con cierto aire de desolación, y supe que estaba al borde del llanto: yo tendría que entrar en razón, pero no soy capaz. Tendría que ser capaz de decirme a mí misma que se ha acabado, pero… no puedo. Tengo la sensación de que todo podría ser diferente, si se dejara llevar, y he intentado hacer todo lo posible, para ayudarle, pero se niega a aceptar ayuda, ya sabes cómo es, no sirve de nada, y sobre todo, sobre todo, cómo decirlo, es extraño explicarte esto, pero hay algo más, algo de lo que no puedo hablarte todavía, pero no sé cómo voy a hacer para seguir viéndole, y se puso a llorar; por una parte estaba el deseo que sentía por ella, por otra la presencia constante de su pareja, Dios mío, me dije, todo aquello era absurdo, tuve la impresión de que cualquier clase de esperanza se esfumaba definitivamente, Yuri me la había robado definitivamente, sin embargo deseaba como nunca tenerla entre mis brazos. Se enjugó las lágrimas con un gesto áspero, yo le tomé la mano sin pensar y con la otra volvió a frotarse los ojos dejando escapar un suspiro, y después del suspiro –pude sentir el pulso de su corazón a través de la piel– me apretó la mano mirándome a los ojos con claridad y con un sentimiento difuso que me alcanzó a través de sus dedos, era ella la que me había tomado ahora la mano, eran sus ojos los que me observaban y, en el vértice de ese inmenso segundo, todo cambió, así de sencillo.

No le solté la mano durante el trayecto de cien metros que nos separaba del restaurante italiano de la esquina Lepic; es extraño cómo puede uno olvidarse de sí mismo, durante un rato; es extraño cómo puede uno convertirse en otra persona, pensé en mi sombrero, de no haber hecho tanto calor me lo habría puesto en ese preciso instante, para cubrir mi cabeza de

hombre adúltero. Caminó a mi lado, hombro con hombro, o casi, y yo intenté encontrar esos recursos del alma, esas circunstancias –el agotamiento psíquico, la fatiga, el calor– que podían haberle llevado a necesitar de mi cariño, a empujarla a atravesar esa primera frontera que es el cuerpo. Poco a poco, empecé a pensar en la diferencia de edad, en las personas que pudiesen pensar que ella era mi hija, o algo así, veinte años no son nada, por lo que decidí olvidar la cuestión durante esa noche, apagué inmediatamente el teléfono móvil y lo guardé en el bolsillo para no arriesgarme a recibir –el asunto tenía, sin embargo, un carácter marcadamente inocente– una llamada inesperada de Aude, y, de repente, pensé en ella, durante unos segundos, antes de llegar a nuestro destino, ella habría dicho que los hombres son abúlicos y cobardes, y, yo pensé que era como Yuri, exactamente igual, un enfermo, igual que él, víctima de otra clase de enfermedad, no menos grave, no menos absurda, y que únicamente Aude y Joana vivían en la verdad, apreté sin embargo un poco más fuerte la mano de Joana y ella me correspondió con una sonrisa, ¿en serio quieres ir a un italiano?, me preguntó. Si quieres, puedo invitarte a cenar a mi casa, tengo todo lo necesario. Solo tendríamos que comprar una botella de vino fresco.

A pesar de los brincos que daba mi corazón dentro del pecho, seguía conservando la razón suficiente para entender que aquella invitación no quería decir nada, a pesar de que, con semejante calor, todo el mundo prefería quedarse en una terraza de la calle Lepic. Su mano tampoco quería decir nada. Que yo aceptase no tenía por qué significar nada.

Y eso fue lo que hice, sin dudarlo, entusiasmado de encaminarme hacia la perdición, hacia la destrucción instantánea de todo, de mi matrimonio, de mi situación, de todo aquello que había construido pacientemente durante años.

26

Habría rezado una oración para que la tormenta pasase. Si hubiese recordado alguna de las oraciones de su abuela, el ángelus por ejemplo, ella la recitaría en este mismo instante con auténtico fervor. Duda si subir o no a cubierta, pues sin duda debe de estar recibiendo el azote de la lluvia y las olas; ¿cómo es posible que un río muestre la violencia propia de un océano? En cualquier caso, deberían de estar a punto de atracar, ella ha olvidado el nombre del puerto que toca esta noche; entrevé la costa gracias a la luz de los relámpagos, una masa sombría electrizada durante un instante, cercana, qué hora debe de ser, la noche todavía queda lejos pero por lo visto el crepúsculo está al caer, san Marcos, san Jorge y san Nicolás todavía no han llegado, van en una barca, un sencillo pescador los lleva consigo sin saber quiénes son, no tardarán en llegar para calmar con su luz el oscuro oleaje.

La estrechez de su camarote le resulta, de repente, insoportable. Una vez en la puerta, titubea, siente el estómago en la boca; recorre la crujía hacia la escalera, le cuesta abrir la puerta de metal que la separa de cubierta, donde es recibida por una tromba de agua y violentas ráfagas de viento. Se resguarda como puede sobre la pasarela; el barco parece moverse más despacio, ella puede apreciar con total claridad cómo el negro horizonte se desplaza hacia donde se encuentran, agarrada a la barandilla, y las náuseas se calman ligeramente; el agua le chorrea ya por el pelo y el cuello. Las olas o los movimientos del río hacen que el agua llegue hasta el límite de la borda para romper contra la regala, provocando

que el agua turbia se esparza como en aspersión, trayendo un fuerte olor a descomposición, y cuando el barco inclina hacia abajo la proa, ella se ve obligada a aferrarse con las dos manos para no caer, pero al verse azotada por el río y por la tormenta, las ganas de vomitar y el dolor de cabeza se alejan poco a poco, se olvida de ellos, a decir verdad, mientras observa la costa verdosa sobre la que se abaten los relámpagos, desgarrando la bruma, la cortina líquida de lluvia, entre los gritos metálicos del barco, el crujir de los obenques, de los cables de la grúa, y retumban los truenos, con un sonido igualmente metálico, sobre la superficie líquida, golpes, golpes sordos, extraños, golpes de cuchillas, resuenan contra el casco, acompañados por el interminable repiquetear de las gotas de lluvia sobre la cubierta.

–¡Oiga! ¿Qué está haciendo ahí? Eh, ¿me entiende? ¿Qué hace aquí?

Enfundado en un impermeable, por encima de ella, en la pasarela, el oficial tiene que gritar con fuerza para que ella pueda entenderle.

–¿Se encuentra mal? No se mueva, ya bajo.

En cuestión de segundos, llega hasta su lado, está furioso; parece más delgado y alto con el mono verde empapado.

–No puede quedarse aquí. Baje a su camarote. Y cierre el ojo de buey, o le entrará agua.

–Estaba un poco mareada… Necesitaba un poco de aire fresco.

Sus palabras dan la impresión de templar un poco al segundo de a bordo.

–Lo cierto es que está pálida. Venga conmigo, buscaremos algo que la reponga un poco. Y se encontrará mejor que ahí abajo. Pase primero, yo la sigo.

Agarrada con fuerza a la barandilla sube las escaleras metálicas con aquel hombre a su espalda; cuando le resbalan

los zapatos en los escalones mojados, él la agarra. Una vez arriba, él abre la puerta por encima del hombro de Joana; en la cabina huele a tabaco y a humedad. El capitán está al timón, frente a los instrumentos y el compás; se oye el chisporroteo de una radio, y desde detrás de la carlinga batida por la lluvia, ella descubre la inmensidad gris del río, la costa, llana, verde, y algo que parece ser, en la lejanía, un puerto.

El piloto se vuelve hacia ella, sus rasgos parecen indios, la observa durante unos segundos, sin abrir la boca, antes de volver a su labor. Desde esa altura, los movimientos del barco son más considerables; el segundo la obliga a sentarse en una silla, en un rincón.

–No se mueva, vuelvo enseguida.

No hay signo alguno de tensión, todo parece discurrir de un modo absolutamente rutinario para esas personas; no debe de tratarse de su primera tormenta. En ese mundo extraño, en medio de aparatos que no comprende, de esferas luminosas, del radar y el sónar, ella está sentada muy quietecita, como una niña pequeña enferma, esperando que alguien quiera ocuparse de ella, dado que el comandante, de espaldas, no le dedica ni una simple mirada. No se atreve a levantarse, vuelve a sentir náuseas, un sudor frío perla su frente, las gotas de lluvia que caen de su cabello empapado le provocan escalofríos, se siente desorientada, como uno de esos pacientes inquietos, tumbados sobre una camilla, esperando angustiados para saber lo que el médico les tiene reservado. Ella no entiende lo que sucede; desde ahí, el puerto parece preparado para acogerles, sin embargo el barco no se acerca más, permanece bamboleado por la corriente, aparentemente sin avanzar; con los ojos fijos en la danzante línea del horizonte, ella teme sentir la humillación total, absoluta, de verse desposeída de su cuerpo, de perder todo poder sobre sí misma, y entre lágrimas de vergüenza y dolor, impotente, siente cómo se pliega su vientre, cómo se

contrae su esófago y el contenido de su estómago –zumo, restos de alimentos de la mañana– se desparrama por el suelo tras salir por su boca, grande y abierta, en la que se deja notar el gusto ácido de la derrota y la degradación.

Trapos húmedos como este que tengo en la frente me los ponía mi madre siempre que estaba enferma, para bajar la fiebre y disminuir las náuseas; enfermedades infantiles. Fresco en un principio, iban templándose poco a poco al contacto con la piel, reemplazando a su mano, mientras preparaba alguna clase de medicina. Después esperaba hasta que me dormía, con mis dedos entrelazados con los suyos, y al llegar el sueño, la compresa mojada desaparecía junto a la enfermedad, las náuseas y la fiebre, sin que yo me diese cuenta, igual que en el presente, en el que un hombre me ha tumbado con cuidado en el camastro de mi camarote, me ha lavado la cara y me ha dado a beber un remedio con gusto de alcohol de menta, me ha explicado con mucho tacto que en cuanto el viento no sea tan fuerte y las olas no sean tan altas entraremos en el puerto, que la nave se mueve de ese modo debido a la corriente porque está inmóvil en medio del río, parece estar dando a entender que lamenta haberme hecho subir a la cabina, de haberme hecho pasar la vergüenza de haber perdido el control de mi propio cuerpo, me pide excusas por el río y por el barco, y a pesar de su delgadez, de su altura, de la frialdad de su mirada, siento en sus manos rasposas una presencia, un contacto que corre parejo a su voz tranquilizadora, extranjera, a sus expresiones, no pasa nada, prontito se pondrá buena, por qué mi padre nunca me habló en su lengua, por qué quiso borrarse, fundirse con el país extranjero en el que vivía, por qué nunca se dio a sí mismo, por qué no compartió su historia, su tierra de origen, dejándome que fuese coja por el mundo, con una sola pierna, hasta llegar a

remontar, cojeando, la dulce pendiente del Orinoco, sin poder aferrarme a nada en esos momentos en los que uno siente que resbala, donde uno siente que los demás resbalan a su alrededor, tal vez si hubiese estado más firmemente plantada, recta, podría haber detenido la caída –sombras devoradoras, odio de sí y de los otros–, el que caminaba tan mal a oscuras, con los brazos por delante para protegerse, sin ver nada, con la vida por delante, a quien yo quería por su minusvalía, idéntica a la mía, deseaba curarlo y que él me curase, como me ha curado el hombre que ha aplicado una compresa húmeda sobre mi frente, yo que acabo de vomitar, apenas iniciado el viaje abandono mi cuerpo en esta barcaza como el que abandona un niño en el río, como sale el agua, en una corriente muy potente, por la desembocadura.

27

Cuando era niña, había un libro, un gran libro con el lomo muy gastado. Había pertenecido a mi bisabuelo, el abuelo de mi madre, y todo empezó con ese libro, ahora lo recuerdo, todo empezó con ese libro, ilustrado con grabados en blanco y negro, con el papel sucio y manchas de humedad en una esquina de la cubierta; Joana habla en el arrullo de la noche, sin prestarme verdadera atención, tumbada de lado. Cuando era niña, había otros libros, casi iguales, en la biblioteca de mi abuela, pero ese era el libro mágico donde empezó todo.

Ella colocó las manos sobre su vientre, dobló un poco las rodillas, recogiéndolas entre los muslos, yo siento su aliento, cierro los ojos, y en la oscuridad me refugio en el timbre de su voz.

En ese libro aparecía un caimán, era de una revista del siglo XIX, sobre exploraciones, viajes, había un caimán que a mí me parecía un cocodrilo, y ese cocodrilo había atrapado a un hombre que iba sobre una balsa en mitad de un río; casi le había arrancado ya la pierna. Me acuerdo perfectamente de ese grabado, de la posición de los cuerpos, el enloquecimiento y el dolor en el rostro del negro (supongo que era un esclavo) con la pierna entre las fauces de aquel enorme caimán, con los ojos muy abiertos, y justo a continuación, dijo acariciándome muy despacio el hombro, había otro grabado más terrible aún: la herida, la mordedura de caimán cuando el negro se la enseñaba a sus amos, los exploradores blancos que seguramente también debían de ser alguna clase de médicos, una herida horrible, con la piel arrancada, las marcas de los dientes del cocodrilo, en

medio del Gran Río, encima de la balsa varada entre el ramaje, y la leyenda de la ilustración decía simplemente «Herida de Apatú», ni más ni menos, daba la impresión de que los exploradores aprovecharían para examinar la dentadura y la anchura de la mandíbula de la bestia, directamente sobre la carne del negro Apatú. Ese libro, en el que me fijé por casualidad en la biblioteca debido a su formato y su extraña encuadernación, me lo llevé a mi habitación sin decírselo a nadie. Lo escondí debajo de mi almohada. Tenía doce años, si no recuerdo mal, pero no estaba demasiado crecidita, todavía jugaba con muñecas, seguía siendo una niña, sobre todo me sentía así en casa de mi abuela, donde la infancia nunca acababa de pasar del todo con tantas chucherías y tantas caricias. Cuando se hizo de noche, volví a cogerlo, para mirar las ilustraciones principalmente, había varios relatos, todos ilustrados, de viajes maravillosos, a Arabia, Siberia, pero también a Europa, y en medio de todo ello, el caimán. Creo que fue la única historia que leí realmente, todavía me sorprende que una niña tan pequeña como lo era yo pudiese leer un relato como ese, la exploración del Orinoco por parte del equipo de Jules Crevaux, oficial de marina. Lo leí no solo por el caimán, sino también por el título, *Viaje de exploración por Nueva Granada* y *Venezuela*, yo sabía que se trataba del país de mi padre, pero él jamás me había hablado de caimanes ni de cocodrilos, ni de horribles enfermedades, de fiebres, ni de indios peligrosos; de hecho, en realidad nunca me había hablado, se mostraba misterioso, huraño, más bien silencioso, y si bien me tomaba en brazos a menudo, cuando estaba conmigo, y me apretaba contra sí, más o menos como ahora, hablaba poco, como tú, se mostraba tierno pero poco expansivo, amable, eso sí, como tú, no sé por qué te hablo de mi padre, lo siento, quería hablarte del libro, de *Tour du monde*. No te has dormido, te dejas acariciar, eso está bien, no es

frecuente que los hombres se dejen acariciar, tenéis una especie de pudor, un reflejo estúpido y no permitís que os toquen cuando os estáis durmiendo. Te estás durmiendo, pero yo no puedo dejar de hablar, es cosa de la noche, en cualquier caso, soy como la Molly de James Joyce, hablo por hablar, o para arrullarte, pero no voy a contarte dónde hice el amor por primera vez, acabamos de hacerlo y cada nueva ocasión borra las anteriores, yo no tengo memoria de los cuerpos, ni mucho menos, por eso prefiero hablarte de *Tour du monde*, porque es mucho más íntimo. Fue leyendo *Tour du monde* como supe que algún día remontaría el Orinoco y como decidí –si es que alguien toma realmente esa clase de decisiones– dedicarme a curar, quise vendar esa herida de caimán, que fue la primera herida que vi en mi vida, quise curar, estar junto a los enfermos, el hombre muerto que aparecía en otro grabado del viaje de Crevaux, en una piragua, en medio del río desbordado, entre las olas, el cadáver tumbado entre el ramaje, con un trapo en la frente, con el rostro relajado, otro explorador hirsuto llora por él, y en mi imaginación de niña, creo, todo se mezcló: recorría el Orinoco y ese hombre, tendido en la piragua, era mi padre desaparecido y yo iba a curarlo. Seguramente piensas que todo esto me lo estoy inventando hoy, con todo lo vivido, con el Orinoco al alcance de la mano, o casi, a través de ti. Es posible. Pero esa novela que es siempre la memoria, se reconstruye sin descanso, esa obra cien veces corregida, me indica en el presente hacia dónde quiero dirigirme, yo ubico mis orígenes en esa ilustración y en ese libro, y no importa si me he librado de ese recuerdo o si acabo de inventármelo, mientras te lo comento, para renacer, para renacer en el Orinoco como esos indios que son el origen siempre presente del mundo, ellos que no tienen historia ni memoria, por lo que parece. Resulta difícil de imaginar ese tiempo circular. Mi padre desapareció, se fue, y lo poco que me

dejó yo lo he recuperado ahora, contigo, un olor de piel que podría parecerse al tuyo, porque siempre te he visto parecido sin querer admitirlo, yo hablo del ahora, pero en el fondo no tengo ningún recuerdo, o casi ninguno, y siempre los reinvento, es como un motor, una idea que desea materializarse. Fabricar huérfanas de padre, esa es la especialidad de las mujeres de mi familia, sin pretenderlo realmente, como es de suponer, acoger a hombres que desaparecen, que se esfuman, sin saber cómo, se largan o mueren, en nuestra familia, yo, mi madre y su madre antes que ella, acogemos a hombres que se largan o a mujeres que se juntan con hombres que se largan, y lo digo sin amargura, las cosas son así, una tradición familiar; la cual no niega la posibilidad de la felicidad, al contrario, sino que la desplaza hacia otro objeto, hacia otro objetivo, del mismo modo que las fichas del juego de las damas hacen desaparecer aquello sobre lo que cruzan de camino hacia otras fichas, yo no me lamento de nada; el niño que yo deseo tener, huérfano de padre a su vez, nacerá en alguna parte de las Guayanas o en Brasil, si llego, tal vez en Río de Janeiro, remontaré el Gran Río hasta donde me sea posible, como ya te he dicho, el Orinoco, no es más insensato que esperar tranquilamente a la muerte, como hace mucha gente, sin perder la calma, se quedan quietos aquí o allí esperando, olvidados de los viajes de juventud, y no hablo únicamente de un movimiento en el espacio sino también de un desplazamiento sentimental, del viaje del amor. Te digo todo esto para que lo sepas, a decir verdad por orgullo, para que comprendas, si es que hay algo que comprender, que no me quedaré quieta; es muy posible que os mezcle, a los dos, cuando hablo de vosotros, estáis muy presentes en ese discurso, sois más reales como personajes que todas las verdades que podría intentar explicar, y no os echo nada en cara, no siento ninguna clase de amargura ni me he sentido engañada, tú me has resultado útil, has sido amable y me has dado la fuerza

necesaria para emprender ese viaje, y sin duda ese instante de olvido que te he robado durante el orgasmo, ese minuto en el que no pensé en nada, sobrevivirá en alguna parte; tal vez sea esa la única felicidad que uno puede conservar, el único instante donde el alma y el cuerpo se tocan, como cuando se canta o se reza.

Permaneció en silencio durante un instante, deslizó su mano por mi nuca y yo me estremecí bajo el roce de sus dedos. Seguiré mi camino, dijo en un susurro, eso es todo, quiero llevar otra vida, una vida más intensa; volveré a empezar, remontaré ese río que todavía me hace soñar después de tanto tiempo, y si estoy esta noche contigo es, te lo aseguro, porque he decidido marcharme, porque me duele la pérdida, me entristece dejarte, y de este modo le doy un sentido a mi partida, cuando amas es necesario marcharse, como diría Yuri, es imprescindible un nacimiento, darse a luz a uno mismo entre sangre y gritos, desgarrándose inevitablemente, cuando amas es necesario marcharse. Me emociono y, sin embargo, lucho por mantenerme despierta, como tú.

Eso fue lo que me dijo, eso fue lo que yo quería que me dijese, antes de volver a descender hasta el calor de un París abandonado en pleno mes de agosto, antes de besarla ligeramente en los labios, un beso rápido, y bajar dando vueltas, ondulándome como repta una serpiente para esconderse entre los zarzales, asustado por el ruido de los coches que pasaban por la calle, asustado por las vibraciones que podía sentir bajo el asfalto, por el hecho de entrever el peligro en los indecisos latidos de sus entrañas, bajé las escaleras corriendo para ir a esconderme, rechazando su oferta de protección, esconderme de la doble vergüenza que suponían la cobardía y el adulterio, con el sombrero verde de ala ancha

puesto.

28

Ya está hecho, por fin soy yo misma, dentro de este cuchitril semejante a una bodega, mecida por la inmensidad de agua tormentosa ante la que se abre el ojo de buey, toda ilusión, todo espejismo se lo lleva la corriente hacia el pantanoso delta, y mientras la sangre se escapa, siento que fluye entre mis piernas a trompicones, el ciclo se reanuda, el orden de las cosas, y la tristeza que me invade, el sentimiento de pérdida, no es sino otro fluido que también va a verterse en el río; el contenido de un estómago al que la náusea obliga a salir de nuevo, un relato que se apaga. Es difícil llegar hasta las fuentes, es necesario desprenderse de cierto peso. Hay que aligerarse al máximo para disfrutar del paisaje, de las cataratas, tal como las vieron los indios, ellos que iban prácticamente desnudos en plena naturaleza, yo no te he abandonado, tú no me has abandonado, simplemente nos hemos dejado deslizar, tal vez un poco más de la cuenta, hasta el borde del agua, y ahora nos esforzamos por seguir avanzando, la intercesión del santo de los esclavos, el bastón de Hermes se hacen esperar, pero yo sé que vendrán, lo sé como sé que el caimán espera en el fondo del río, guardián de piedras preciosas que crecen lentamente entre el limo, gemas en estado germinal; el diamante perdido crece en silencio en el recuerdo, y brilla porque alguien piensa en él; ahora sé que a pesar de que las náuseas se han aplacado, de que el cuerpo está en reposo, crecerá, a pesar de su ausencia, a pesar de la jaula en la que te has encerrado como un animal para proteger tu salvajismo, la jaula donde te retuerces contra los barrotes, esos barrotes que tú mismo has

creado para defenderte, muerdes a todo aquel que se te acerca, a todo aquel que intenta domesticarte, y tu salvajismo, tu rabia ha llegado a tal punto ahora que necesita romper lo que la retiene, aquello que asegura su seguridad y que has forjado durante mucho tiempo, sabiendo que si esos muros se venían abajo serías tú el que desaparecería: son nuestras heridas las que nos crean, nuestros dolores los que nos erigen, nuestras carencias las que nos construyen, en el vacío, estamos atados a esa rueda de moler que es el deseo, nos modela torturándonos, nos da una forma que no era la nuestra, es el vacío entre dos mundos, la energía entre dos cuerpos que se repelen al tocarse, que se anulan si en alguna ocasión llegan a abrazarse, estaba previsto desde la partida, no había nada que hacer, y tampoco nada de lo que lamentarse, y el dolor que hemos sentido puede salvarnos, el dolor y el largo viaje hacia el origen, cada uno por nuestro lado, remontar ríos, movimientos a acometer, las manos a las que agarrarse cuando uno se siente caer, yo las agarro, con los dedos tendidos, ese cariño que yo misma he provocado, que yo veo crecer, como si no fuese nada, necesito esa clase de atención, de muralla contra la caída, siento de manera confusa los temblores que provoco, y resulta agradable sentirse segura gracias a esa presencia, esa piel contra la mía, construir una ilusión durante un instante, fingir haber olvidado para fundirlo todo en un único deseo, reencontrar aunque solo sea durante un segundo la plenitud y la calma, antes de que los cuchillos de la memoria descuarticen de nuevo, con más fuerza, más fuerza que nunca, es imposible por completo volver a empezar, imposible deshacerse de uno mismo, reconstruir, entre unos brazos nuevos, una existencia en vías de destrucción, todo queda muy lejos, el barco ya partió, la orilla distante, no queda otra cosa que el misterio del Orinoco, donde nada se pierde de aquello que podría haber sido, pero claro, yo lo llevo todo conmigo: los roces de mi padre, la mano

minúscula de mi hijo, y resguardada así en este puerto desconocido, cuando el carguero se dispone a partir de nuevo, acariciada por los recuerdos, me entrego por completo al viaje.

29

Ella me llamó a las dos de la madrugada.

Yo no estaba durmiendo, todavía no. Hacía demasiado calor y sudaba mis penas. El deseo, esa máquina que desgarra el alma. El padre Sergei se corta un dedo, estando en su cueva, para olvidar el deseo. El padre Sergei coge un cuchillo y se corta la carne y rompe el hueso con un golpe de la cuchilla, para que la sangre y el dolor le despierten del sueño en el que le ha sumido ese cuerpo que ahora castiga. La mujer no tiene culpa ninguna. Ella está en la cueva, pero es el mismo cuerpo del padre Sergei el que la arrastra hacia la noche. Se corta un dedo. Tolstoi se adentra en la noche, con setenta años, siguiendo al padre Sergei, una noche de invierno. El padre Sergei se mutila. Tolstoi desaparece. Tolstoi está en el dedo del padre Sergei, el padre Sergei está en el alma de Tolstoi, y yo, tumbado en mi cama, no tengo fuerzas para nada. Observo cómo las tinieblas se abaten sobre el mundo. Observo cómo envejece mi cuerpo, el vello encanecido en mi pecho, mi vientre, que crece año tras año, mi sexo, que se niega a morir. La soledad del padre Sergei en su cueva. Me miento a mí mismo. Transformo mi derrota en victoria. La sombra en luz. Pienso en lo que quería de ella y en lo que he obtenido realmente, hay cobardía en el deseo y cobardía en no saber aceptarlo. Pienso en silencio en Yuri, en su locura, en la mía. Me gustaría entender y veo, allí donde estoy suspendido en secreto, fantasmas que imagino amables y minúsculos, lo que ya vive en estado germinal, me pregunto, resulta irremediable, sobre la edad y la especie que sigue su curso, el relato se

prolonga, las palabras se extienden sobre la nada, llenando el vacío, quiero saber si, en el presente, existe alguna posibilidad de provocar un destello, de que mi vida vuelva a empezar, en el intercambio ritual de fluidos, de que encuentre un sentido, y busco la respuesta que entreveo en su vientre, nadie sabe nunca nada, el padre Sergei no me sirve de ayuda, él lo vio todo muy claro en la oscuridad de la noche, nos emocionamos, nos apretamos, nos cacheamos, pero no tenemos nada, avanzamos hacia nuestro propio deseo esperando encontrar a otra persona en sus manos y sus labios, encontrar una verdad salvaje, la vida perdida y la satisfacción infinita, pero no hallamos más saciedad, la vergüenza de haber bebido con avaricia, sin tener en cuenta otra cosa que la sed; una botella acabada aporta una inmensa embriaguez. El placer agotado deja paso al sufrimiento, no tengo nada, mis manos están vacías, tumbado de espalda con el sexo flácido, y al otro lado de la pared de cristal está Yuri, me mira acompañado por el padre Sergei, habiendo consumado su locura, habiendo llegado por fin al fondo de sí mismo, todas las cosas destruidas a su alrededor, y comprendo la vejez, la pendiente que me desliza hacia la desaparición, el vello canoso encima de mi blando vientre, no son así por causa de la edad, son blancos debido a los deseos frustrados y a la ignorancia. Yuri tenía razón a pesar de estar equivocado y ella, a la que queríamos manipular, engañar, adormecer con ilusiones destinadas a aprisionarla, ella estaba al corriente de todo y lo que pretendía era curarnos, a los dos, sin querer ver que al curarnos nos precipitaría al abismo, reteniendo a Yuri y atrayéndome a mí, ella ignoraba el poder que su cariño ejercía sobre nuestros cuerpos desfigurados por el orgullo, y ahora estoy aquí, al otro lado del espejo, frente al vacío.

Cuando sonó el teléfono pensé en Aude, fue un pensamiento abrasador, abrasador y molesto. Empujado de ese modo hacia

la vulgaridad, la suciedad, la humillación que suponía su ignorancia, la realidad vibró en ese timbre tardío, un despertar, a pesar de saber que no era ella la que estaba llamando, lo intuí, pero ella se me apareció igualmente, junto a Ilona, con toda su razonable y fría dulzura, segura de sí misma, con los dos pies bien aferrados a la existencia, arrastrada por las certezas inquebrantables relacionadas con su oficio, de un saber que le aportaba influencia sobre el universo, una seguridad que no la había preparado, sin embargo, para afrontar esta derrota, la mía, en la que ella acabaría participando, muy a su pesar, aunque el hecho de que ella lo supiese o no nada cambiaría, pues los acontecimientos seguirían desarrollándose en secreto, entre las sombras; sombras que se agrandan por la noche, poco a poco, para acabar corrompiendo el día.

Respondí al tercer timbrazo, sabiendo que era Joana. Oí su voz, entre lágrimas, y al fondo escuché los gritos de Yuri, su rabia; ella balbuceó ven, ven deprisa, por favor, está muy borracho, por favor, ven ahora mismo, y había algo desgarrador en su voz, algo escalofriante, me puse nervioso, llegaré enseguida, le dije, fue el acto reflejo equivocado, salté de la cama, me enfundé los pantalones, me metí en un taxi, sin pensarlo siquiera, alterado por esa voz que no había llegado a entender del todo, por los gritos, Yuri al borde del precipicio, siente la llamada del abismo, y ella está allí, Yuri, la sombra, le tiende los brazos, el taxi avanzaba despacio, se había quedado bloqueado en la plaza Clichy, evidentemente, detrás de un autobús, barajé la posibilidad de bajarme y echar a correr, pero finalmente llegamos, subí las escaleras de cuatro en cuatro, en sentido inverso a como las había bajado hacía unas dos horas, con el corazón a punto de explotar y un consistente nudo en la garganta. Llamé a la puerta. Nadie me abrió. Llamé varias veces. Nada. Coloqué la oreja en la puerta para ver si oía algo;

nada; golpeé la puerta con el puño, llamé al timbre, qué estaba pasando, telefoneé al móvil de Joana, después al de Yuri, oí el sonido de los teléfonos en el interior, estaban allí, estaban allí, qué estaba pasando, cuánto tiempo perdí antes de llamar a la policía y a los bomberos, no sé a quién llamé antes, pero llegaron al mismo tiempo, me pidieron explicaciones, pero yo no supe qué decirles, no sabía cómo hacérselo entender, finalmente forzaron la puerta con un corto ariete metálico, un instrumento que yo jamás había visto antes, soy médico, les dije, no sé bien la razón, porque no había motivo alguno para decirlo, Yuri también es médico, entraron en el apartamento, los bomberos a la cabeza, los vecinos salieron a los rellanos, no sabían qué estaba ocurriendo, yo también entré, Joana estaba tumbada en el sofá, muy pálida, con los ojos cerrados, el bombero me pidió que me acercase, respira, respira, entonces, la vi, respiraba lentamente, tenía una minúscula mancha de sangre en la punta de la nariz. La moví con mucho cuidado y se puso a sangrar, su boca dejó escapar un chorro de sangre, y también su nariz, tenía una blanda hinchazón en la parte posterior del cráneo, le examiné los ojos, no había parpadeo espontáneo, los globos oculares subían y bajaban muy despacio, midriasis sin reacción alguna a la luz de la linterna del bombero, llévensela ahora mismo, le dije al bombero, rápido, rápido, así lo hicieron, Yuri estaba tirado encima de la alfombra, borracho como una cuba, los policías lo despertaron, tenía los ojos anegados en lágrimas, empezó a llorar, a gimotear, yo no tuve necesidad de saber nada más, bajé las escaleras corriendo detrás de los bomberos, que me permitieron montar en la ambulancia, yo mismo llevé a cabo la perfusión en su brazo, acaricié su pálida piel, le tomé la mano, su respiración se ralentizaba, uno de los bomberos me miró apenado, por ironías del destino, como suele decirse, por el azar de la geografía hospitalaria, reconocí la entrada de

urgencias de nuestro hospital en cuanto descendimos la rampa, ni siquiera se me había ocurrido decirles dónde podían llevarla. El camillero no entendía qué estaba sucediendo, me miró con incredulidad, sin abrir la boca, yo a usted lo conozco, debió de pensar, cómo es posible que esté bajando de una ambulancia de los bomberos, vestido de calle, sin su bata, con la cara desencajada y a estas horas, rápido, no dije nada, me mordí la lengua, no tenía sentido que estuviésemos allí, en esa sala, en ese pasillo, el residente también me miró sin entender lo que estaba ocurriendo, escuchó lo que le dije, algo así como fractura de cráneo, hematoma, miró la cara de Joana, probablemente no la había visto antes, tanto mejor, y al instante desapareció con la camilla. Todo quedó en silencio, era de noche, fui a ponerme una bata, por hacer algo, en un acto reflejo, no podía andar por el hospital vestido de calle, pero no tenía nada que hacer, así que cogí el teléfono y llamé a neurología, eran las tres y media de la madrugada.

Ella salió de radiología a las cuatro; punción; respiración asistida, coma arreactivo M6, me dijo el neurólogo, no hemos logrado nada, pero todavía no está todo perdido.

Entré a verla. Estaba solo. La tomé de la mano y sonreí, le hablé durante un minuto y después bajé a recepción.

Allí estaban los policías.

Y Yuri estaba con ellos.

Querían hablar con el que había llevado a cabo el primer examen clínico. Les dije que se trataba de fractura craneal debido a una caída, que posiblemente se había golpeado con el borde de la mesita de café. Los bomberos lo confirmaron. Ustedes también estuvieron allí. No había signos de lucha ni de golpes, se tumbó ella misma en el sofá antes de perder el conocimiento. Yuri, muy pálido, tenía los ojos muy abiertos pero no dijo nada. Miró a su alrededor. Miró sin ver. Les hablé de la llamada telefónica. Yuri ya se había desmayado, mentí.

Por eso me llamó ella. Yuri todavía no entendía qué había ocurrido. La policía tomó nota de todo. Este señor dice que discutieron, pero que no recuerda con claridad. Probablemente intentó moverlo cuando él ya estaba en el suelo. Debió de ser entonces cuando cayó hacia atrás.

Yuri, con los ojos muy abiertos, se dobló por la mitad, se dejó caer y se aovilló sobre el suelo de mármol del hospital, como si fuese un perro.

30

El Orinoco se pierde entre meandros y reculadas. No hay fuente, ni tampoco puerto alguno en la soledad de su delta. En Santo Tomé de Guayana, en Puerto Ordaz, los largos barcos cargados de minerales avanzan como si estuviesen en mar abierto. También lo hacen los troncos que descienden por el Gran Río, los diamantes aferrados a sus orillas, el oro extraído de entre sus sedimentos, los transbordadores que lo atraviesan y las barcazas que lo remontan, todos parecen surcar un mar de lodo teñido por el color verde de la llanura, roto a ratos por una fábrica, una estación de bombeo, un pueblo de chabolas amarradas a un pontón donde atracan los *General Trujillo*, los *Bolívar*, los *Santa María*, al ritmo de las lluvias y las crecidas.

Al sur de Puerto Ayacucho empieza la nada interminable del Amazonas, los rápidos, las cataratas rocosas y, después, bienaventurado aquel que esté en disposición de saber dónde se encuentra, en qué afluente, en qué país, en qué río, el Inárida, el Guaviare, el Atabapo. Las ciudades se convierten en campamentos, llueve con frecuencia, el cielo está siempre gris y solo aquellos que saben descifrar el vuelo de los pájaros, o de los mosquitos, sabrán si están a punto o no de alcanzar el ecuador. Hay que andarse con cuidado no solo con los caimanes, sino también con los aventureros y los militares, los guardianes de fortines maltrechos por el agua y el hastío, y el fantasma de caciques cubiertos de polvo de oro.

El barco tiene dos sencillas cubiertas y un potente motor diésel.

A veces sufre cuando hay remolinos y deriva más de lo que

sería normal cuando sopla mucho viento.

El capitán no es más que un piloto pensativo y salvaje, desprecia a la tripulación en silencio, como si perteneciese a una especie a punto de desaparecer.

Hay que llegar hasta el final. Es una extraña mezcla entre el cielo y el agua, entre los troncos y las hojas, las palmeras, y los árboles son tan altos que nadie sabe qué pájaros habitarán en su punto más elevado. Algunos de ellos siguen al barco, en grupos de diez más o menos, muy de cerca; son pequeñas gaviotas negras bastante sociables que el segundo de a bordo disfruta atrapando con sus propias manos. Cuando tiene suerte, sonríe de oreja a oreja, con el puño cerrado alrededor de su presa; la mira durante un rato y después la aplasta como si fuese un insecto, riendo, y acto seguido la lanza al agua.

Esta región todavía no es de nadie. Tumbada en su camastro, dentro del camarote, ella ve desfilar la uniformidad de la orilla, su verde opacidad.

Aquí, el crepúsculo ya no existe.

Nada de la lenta agonía del día, de luz indecisa, de claroscuros; nada de ese momento en el que todos los niños del mundo lloran al enfrentarse a lo inexplicable, ahí, en el momento en que las sombras desaparecen durante unos minutos eliminando el relieve de los objetos, de los rostros. Aquí no existe la primera angustia de la noche, que hace que los felinos, las fieras en general, se den la vuelta dentro de sus jaulas en el zoológico o en la selva, no existe esa inquietud que le permite, a ella, ser consciente durante un rato de su cuerpo, escaparse y mirar, desamparada, hacia lo alto, contemplar la curvatura de la tierra; aquí no existe nada de eso, tan solo un estremecimiento de las ramas de las palmeras seguido del rayo verde, y en cuanto el sol desaparece, la noche se impone de golpe.

31

Alguien tiene que hacerlo, me dijo Imbert con voz queda al tercer día. Él sabía que no iba a hacerme ninguna gracia, cerré los ojos durante un par de segundos, esforzándome en pensar en ella, consciente de lo que iba a suceder tarde o temprano; añadió con voz más calmada incluso que alguien tendría que pasar por ese trago, yo bajé la cabeza, no para asentir, sino porque sabía que era la continuación lógica de su primera frase; había otras consecuencias que supe entrever en ese mismo instante: ojos, riñones, probablemente corazón, hígado tal vez: yo sabía que él iba a echarles una mano a los que estaban esperando, porque era un mal nacido y ya había prevenido a toda la ciudad de que teníamos un bonito cadáver dormido en el hospital, encefalograma plano, respiración artificial y yo sabía que no podía pedirme lo que me estaba pidiendo veladamente, no podía ni imaginarlo, era demasiado para mí, pero aun así él no dudó en pedírmelo, le dije que lo hiciesen los que estaban esperando los órganos.

Parecía molesto, pero estaba fingiendo, porque sabía de sobra que no podía pedirme algo así, ni a nadie del hospital, por otra parte, porque ninguno de nuestros carniceros lo haría, pensaba yo ingenuamente, pues todo el mundo la conocía, muchos habían trabajado con ella, nadie querría hacerlo; pero sabía que me estaba mintiendo a mí mismo, Rochant lo haría, sin pasarlo mal por ello, diría simplemente que sí, que es duro, pero que después de todo estaba muerta y, como un gran sacerdote egipcio, se limitaría a llenar las vasijas rituales una a una con los órganos del cadáver recitando su letanía: «esto es

honrar a los cuerpos y honrar a la vida, etcétera»; que nadie me lo pida a mí, todos saben que la conocía bien, yo no hago esa clase de cosas, que quede claro, hay reglas, nadie puede pedírmelo y tú lo sabes, le dije a Imbert mirándole a los ojos, y él me sostuvo la mirada unos segundos antes de responder, le fastidiaba, pero dijo: se solucionará, no te preocupes, sé que no se quedó tranquilo, pensaba en el equipo que estaba esperando, el muy capullo, pensó que en aquella situación las cosas pueden cambiar de un momento a otro: una improbable parada cardiaca, una infección cualquiera, el plazo legal que expira –así son las cosas, no se puede esperar para llevar a cabo un trasplante–, todo eso me dijo con la mirada, vino a decirme: sabes bien que las cosas son así y que no se puede esperar.

Sentado en mi silla me dije que él tenía razón: ahí estaba ella, muerta, y yo lo sabía mejor que nadie, a pesar de que su corazón siguiese latiendo; sabía a lo que se refería Imbert, entendía su razonamiento, entendía su apuro, pero también sabía de la sensación que me invadía, esa especie de lasitud, la conocía de sobra, ya hace años que vivimos juntos en este hospital; es un malestar sordo, a veces se manifiesta con la fatiga, con el sentimiento de pérdida, es una especie de lentitud, una sensación de derrota que crece a medida que avanza el día, en esos instantes, aun siendo inevitables, en cuanto entreveo lo que va a suceder, la sensación me atrapa por los hombros y me deja boquiabierto por sorpresa; mis pasos se ralentizan. La tristeza no es más que una simple carga: nada de gente deshecha, nada de lágrimas incontrolables, nada de desgarro. Nada de ruido, ningún grito interno, nada de dolor, se siente entonces el auténtico peso de la existencia, sin tristeza, perdido en la costumbre; uno hace todo lo que puede, la vida hace todo lo que puede; todo se ralentiza y se hace insulso durante un tiempo.

Sentado en mi silla me dije que, después de todo, él tenía

razón: ella está muerta, eso es todo, se trata de líneas, líneas de fuerza, hilos tendidos desde mucho antes del nacimiento que van mucho más allá de la muerte; los propósitos, de libro en libro, de relato en relato, de historia en historia, personaje tras personaje, todo lo que uno cree poseer, todo lo que uno cree evitar, todo lo que desaparece, reaparece, da la vuelta, regresa, se agotan las palabras sobre el mundo, ella ya no es más que un recuerdo y un cuerpo que es una carga, como un recuerdo, nada más, apenas hay tiempo para elaborar el duelo, pues enseguida llega otro, he visto morir, y también vivir, a tantos pacientes, todos esos cuerpos siguiendo su camino hasta donde les lleva la vida; y a ella le sucedió lo mismo, ella también vivió; una rueda del engranaje, una pieza, reemplazada al instante por la que ocupa su lugar, en la misma cama, en ese compartimiento en el centro de nuestro tablero de control, mejor ordenado que el del propio Dios, con sus nombres correspondientes, sus números, la práctica del duelo, la costumbre del duelo, profesional pero auténtica, me dio el tiempo necesario para reconstruir las cosas, me permitió librarme de la carga durante un segundo, ella está allí, sé que mañana visitaré a un enfermo que estará en la misma cama que ha estado ella, y le diré: fue su sudor, señor, el que mojó las sábanas, este mismo catéter iba hacia el brazo de Joana, este monitor registró sus últimos pensamientos, lo sé, señor, usted no tiene nada que ver con esto, créame si le digo que todo lo que uno es se lo lleva consigo cuando se va, señor, nosotros no podemos hacer nada por usted más allá de encargarnos de su cuerpo, y aún gracias, si se deja hacer, no se ofenda pero es que acabo de perder a una amiga muy querida, sí señor, muy querida, en esta misma cama, justo donde está usted.

Sentado en mi silla me dije que estaba muerta, esa palabra carente de cualquier sentido; ni siquiera merece la pena subir hasta esta habitación para mirarla, para observar sus ojos

cerrados. Todo el mundo sabe que está muerta, o casi, desde hace tres días; incluso el mejor de los neurólogos estaría de acuerdo con eso, se ha hecho oficial, administrativo, lo sé, lo comprendo mejor que nadie, pero todavía puedo ir junto a su cama para oír su respiración mientras duerme, desde el otro lado de sus ojos cerrados, de los que alguien le desposeerá en breve con extremo cuidado, esos hermosos ojos oscuros que en cuanto le sean retirados, extraídos por el valor de su córnea, uno de esos mensajeros que van en moto llevará al hospital Quinze-Vingts con gesto de hastío o de diversión, quién sabe, sus párpados ya no los protegerán durante mucho más tiempo; los embalsamadores le irán sacando los órganos, uno tras otro, nada se pierde, nada se crea, y a mí me tocan los riñones, algo sencillo en términos generales, pura fontanería, ahondaré en ese cuerpo con mi cuchillo de destripador, calma y frialdad, le hablaré con tranquilidad a una enfermera emocionada, y a Yuri le tocaría el corazón; si estuviese aquí, le sacaría el corazón sin dudar antes de empezar a sufrir interminables pesadillas, antes de pagar por sus pecados experimentando una angustia sin fin, él está bien donde está, me dije, está a solas en la sombra, está lejos, ya está pagando, no le odio, no le tengo rencor, quiero entenderle, eso es todo, solo temo por mí, por las preguntas que puedo hacerme, por acabar haciendo mi trabajo, tal vez, en el peor de los casos, la trasladarán a otro lugar, qué puedo hacer yo, haz lo que tienes que hacer, me dije, compórtate como un buen médico, un buen cirujano, un buen hijo, un buen marido, un buen padre, según el orden de las cosas, con la cuchilla en la mano, te libraré de la carne superflua, la carne enferma, de las necrosis, de las infecciones, hasta donde tú lo desees, las cosas no pueden acabar así, tiene que existir sin duda un misterio que va más allá, quiero saber por qué, casi puedo adivinar el porqué de los juegos que jugaron entre ellos en las tinieblas, por qué Yuri se hundía, se hundía y se debatía

y se esforzaba por intentar que me pusiese en su lugar, era miedo lo que sentía, y yo también tenía que sentirlo poniéndome en su lugar, tengo que volver a empezar, tengo que empezar de nuevo, las células que me han fabricado tienen que reemprender su movimiento, mi deseo tiene que ser constructivo, crear sin destruir, quiero ver la vida en acción, lo necesito, quiero remontar el río, observar cómo mana el agua violentamente de sus fuentes rocosas, cómo fluye sin oposición hacia el norte, quiero ver, saber y no puedo trabajar porque no dejo de pensar en ello.

Me sudan las manos bajo los guantes, lo han preparado todo para que no pueda verle la cara, la enfermera me observa con un deje de inquietud; hay que tomar precauciones con los muertos vivientes, hay que ir con pies de plomo, mi incisión es menos nítida de lo habitual; y soy consciente que Aude piensa en mí en estos momentos, con dolor, mientras escucha a sus pacientes, está al corriente del despiece que voy a llevar a cabo, los capilares sangran levemente, los músculos abdominales que tengo que separar para abrir una vía de entrada, ella sabe que estoy a punto de atravesar la carne, el pálido horizonte del colon, ya estoy dentro de su cuerpo, a pesar de que ya no es realmente su cuerpo; ya no hay nada aquí, nada, qué queda, me pregunto una y otra vez, tiene que quedar algo, probablemente no es más que un sobre vacío, un recipiente, al fin y al cabo he sido yo el que ha insistido en llevar a cabo esta ingrata tarea, enfrentarme al vacío, pedazo a pedazo, pieza a pieza, repartir, distribuir sus más preciadas vísceras, para que ella pueda subir a la barca solar de cedro perfumado, esta no es ella, tengo que aceptarlo, tengo que dejar de pensar, me altero cuando alcanzo la arteria, reflexiono y, de repente, sé dónde voy, sé qué es lo que deseo ver, sé por qué estoy ahí, cara a cara con la vida, se lo debo, alguien tiene que verlo, alguien tiene que comprender, se lo debo a ella, se lo

debo a Yuri, al Gran Río, y la enfermera –evito su mirada, que adivino atónita y horrorizada– alza la mano como para impedírmelo, pero yo sé manejarme con los cuerpos como nadie, voy deprisa, conozco el camino, intento no desordenar nada, la oigo hablar a mi espalda, hace diez años que operamos juntos, murmura: Ignacio, Ignacio, no, se marcha corriendo, sé que va en busca de ayuda, del anestesista que está en el quirófano de al lado, le dirá que me he vuelto loco, pero yo no estoy loco, al contrario, me siento absolutamente lúcido, quiero ver, solo se trata de eso, antes de que todo desaparezca, antes de que todo arda o se descomponga, me aprovecharé, por una vez, de los privilegios de mi oficio, tengo las manos hundidas en la muerte, en la vida, y la otra ayudante, más joven, dice con un hilo de voz: doctor, doctor, su voz parece la de una niña asustada, qué está haciendo, debe de preguntarse, qué es lo que quiere de ese cuerpo horriblemente abierto que tanto se parece al mío, cuya historia tanto se parece a la mía, no se le practica autopsia alguna a los vivos, verdaderos o falsos, se dice; aparto finalmente el último manto muscular; el útero está hinchado, tiene el tamaño de una pequeña naranja; la membrana es fina, realizo una incisión, lo abro muy despacio y sangra un poco. Esconde una minúscula sorpresa, casi sin corazón, pronto sin vida; un relato traslúcido; dos puntos negros y ciegos, fruto de tres lágrimas blancas ofrecidas al vacío.

Ignacio y Yuri buscan a tientas una verdad que justifique su existencia en un verano abrasador en el que París parece haberse vaciado. Yuri opera bajo la atenta mirada de Joana, la joven enfermera que Ignacio desea. Uno de ellos se deja arrastrar por la pasión mientras el otro se rinde a los pies del alcohol y la locura. Ambos instarán a Joana a huir, a iniciar un viaje que la llevará a Venezuela: remontar el Orinoco significará para ella la oportunidad de recomponer, desde las tibias entrañas de un barco de carga, sus deshilachadas vidas.

Al hilo de ese viaje hacia el Amazonas, la segunda novela de Mathias Enard, además de confirmar su talento literario, nos sitúa en el centro de un triángulo amoroso que se desborda, cuyos vértices son el nacimiento, el cuerpo y el deseo… siendo quizá esas tres cosas meros reflejos en las aguas empantanadas de un río mítico.

Mathias Enard nació en 1972 en Niort, Francia. Tras cursar estudios de árabe y persa, y pasar largas estancias en Oriente Próximo, en el año 2000 se estableció en Barcelona, donde participó activamente en varias revistas culturales, entre ellas la desaparecida *Lateral*. Miembro del consejo de redacción de la revista *Inculte* en París, en 2005 fue elegido escritor residente en la prestigiosa Villa Médicis de Roma. Ha ejercido de profesor de árabe en la Universidad Autónoma de Barcelona. Enard es autor de las novelas *La perfección del tiro* (2004), *Remontando el Orinoco* (2006), *El manual del perfecto terrorista* (2007), *Zona* (2008), *Habladles de batallas, de reyes y elefantes* (2011), *El alcohol y la nostalgia* (2012), *Calle de los Ladrones* (2013), *Brújula* (2016) y *El banquete anual de la Cofradía de Sepultureros* (2020). Ha sido galardonado con diversos premios, entre los que cabe destacar el Premio de la Francofonía 2004, el Prix Décembre, el Prix du Livre Inter, el Premio Goncourt de los Estudiantes en 2010 y el Premio Goncourt 2015 por *Brújula*.

Título original: *Remonter l'Orénoque*

Edición en formato digital: junio de 2022

© 2005, Matias Enard
Publicado originalmente por Actes Sud, c/ 2005, Actes Sud
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021, Barcelona
© 2006, Juan Trejo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Stocksy

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-4023-0

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse

Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Remontando el Orinoco

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Sobre este libro

Sobre Mathias Enard

Créditos